

U.A.A.

CONOMIA DENUE

EDIZIONE

CC

CLARETIE

UN
DIPUTADO
REPUBLICANO

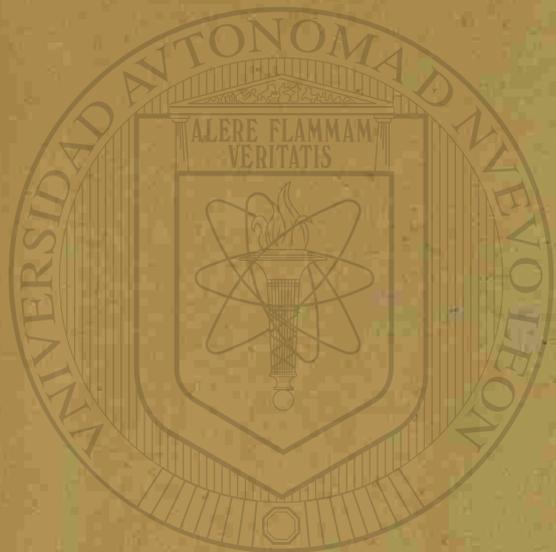
PQ2207

.C6

D468



1020026178



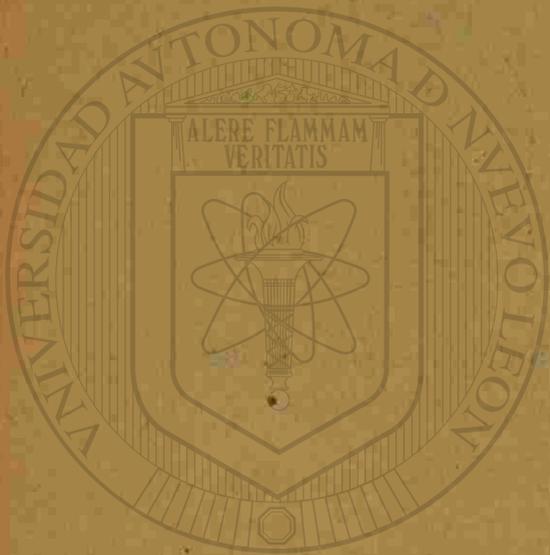
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UN DIPUTADO REPUBLICANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	
Núm. Autor	
Núm. Adg	29842
Procedencia	8
Prelo	
Fecha	
Clasif	
Cód	

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

LITERATURA

- Arambilet.**—*Aguas* (narración del día): 1 peseta.
Barbey d'Aureville.—*Lo que no muere*: 2,50.
Belot.—*Loca de amor*: 2,50.
Belot.—*La Colebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
Belot.—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
Belot.—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
Belot.—*La Piedad*: 2,50 y 3 en tela.
Bouvier.—*Las Borbonas del día*: dos tomos, 5.
Cauizo.—*Justicia y Providencia*: 2,50.
CLARETIE.—*Juan Mornas*: 2,50.
CLARETIE.—*Noris*: 2,50 y 3 en tela.
CLARETIE.—*La Fugitiva*: 3 y 3,50 en tela.
CLARETIE.—*La Querida*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
CLARETIE.—*El Señor Ministro*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
CLARETIE.—*Santiago*: 2,50 y 3 en tela.
Cubas.—*El Angel del presidio*: 1,50.
Cubas.—*El Panal de miel*: 2,50.
Cubas.—*La Mortaja de Umasa*: 1,50.
Cuentos escogidos de varios autores: 2,50.
Delpit.—*Las Represalias de la vida*: 2,50.
Dickens.—*Días penosos*: 2,50.
Dumas.—*Paulina y Pascual Bruno*: 3 y 3,50 en tela.
Eca de Queiros.—*El primo Basilio*: dos tomos, 5.
Edmond.—*La Leñadora*: 2,50.
Enault.—*Gabriela de Celastange*: 2,50.
Ennery.—*El Príncipe de Morta*: 2,50.
Feuillet.—*La Muerte*: 2.ª ed.: 3.
Feuillet.—*Los Amores de Felipe*: 2,50.
Feuillet.—*Un Matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
Feuillet.—*El Conde Luis de Camors*: 2,50 y 3 en tela.
Feuillet.—*La Novela d'un joven pobre*: 2,50 y 3 en tela.
Fortunio.—*La Virgen de Blem*: 2,50.
Gaboriau.—*Matrimonios de aventura*: 2,50 y 3 en tela.
Galería de desgraciados, por varios escritores y escritoras: 1.
Gautier.—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
Gautier.—*Novelas cortas*: 2,50.
Houssaye.—*La Comodianta*: 2,50.
Jorge Sand.—*El Castillo de Flamand*: 2,50 y 3 en tela.
Jorge Sand.—*Los Dos Hermanos*: 2,50 y 3.
Julio Simón.—*Dios, Patria y Libertad*: 5.
La Cerda.—*El Gran problema*: 2,50.
La Cerda.—*La Tela de Araña*: 1.
Mahain.—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
Malot.—*Zola la salibancuista*: 2,50 y 3 en tela.
Musset.—*La Confesión de un hijo del siglo*: 2,50 y 3 en tela.
Ohnet.—*El Gran Margal*, 2.ª ed.: 3.
Ohnet.—*Las Señoras de Croix-Mort*, 2.ª ed.: 3.
Ohnet.—*Lise Fleuron*: 2,50.
Ohnet.—*Sergio Paulin*: 3.
Ohnet.—*La Condena Sara*: 3.
Ohnet.—*Las Ferrerías de Pont-Avesnes*: 3.
Ohnet.—*Negro y Rosa*: 3 y 3,50 en tela.
Ortega Munilla.—*Orgía de hambre*: 2,50.
Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados a pluma*: 2.
Ossorio y Bernard.—*Romances de elego*: 1.
Ossorio y Bernard.—*Vinje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.
Rivière.—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50.
Soles Eguilaz.—*En el quinto cielo*: 2,50.
Trueba.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
Ulbach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*, 2.ª ed.: 2,50.
Vascano.—*Javier Malo*: 2,50.
Wilkie Collins.—*¿Señorita ó señora?*: 2,50 y 3 en tela.
X^o.—*Al lado de la dicha*: 2,50.
Zaccane.—*Los Dramas de la Bata*: 2,50.
Zola.—*Germinai*, 2.ª ed.: dos tomos, 6.
Zola.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
Zola.—*El Vientre de París*: dos tomos, 5.
Zola.—*La Confesión de Claudio*: 3 y 3,50 en tela.
Zola.—*La Fortuna de los Rougon*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
Zola.—*La Conquista de Plassans*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

JULES CLARETIE

UN DIPUTADO REPUBLICANO

(MICHEL BERTHIER)

TRADUCCIÓN Y ARREGLO AL CASTELLANO

FOR

C. DE TORRE-MUÑOZ



UNIVERSIDAD DE MÉRIDA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

29842

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

098371

Bl.

OFICINA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

PRIMERA PARTE.

I.

Era el anochecer de un hermoso día de invierno.

Dos hombres miraban hacia París desde un alto balcón de la avenida Trudaine, y distinguían aún, á través de la incierta luz del crepúsculo, la gran ciudad casi envuelta en la sombra.

París en el domingo aquel de Mayo había tenido elecciones populares, y el nombre del más joven de aquellos estaba empeñado en la lucha de los comicios.

Era un nombre querido, ilustre dos veces, llevado antes por un personaje de gloriosa fama, y á la sazón por Miguel Berthier, el orador de vibrante palabra, el heraldo de la libertad, el hombre de las grandes esperanzas.

Habitaba Miguel Berthier en una de las casas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

de la Avenida, un cuarto cuyas ventanas se abrían como anhelantes pupilas sobre el París que dominaban; y cuando él se ponía de codos sobre la barandilla de hierro, contemplaba á sus pies, como la poesía de un jardín, la doble hilera verde y salpicada de blanco de los árboles en flor.

Allí era donde á menudo se asomaba con la vista fija en el agrupamiento de casas lejanas, en chimeneas que se destacaban cual fantástico encaje, en torres y campanarios que resaltaban á través de opaca bruma, de la atmósfera caliginosa que es como el aliento de la gran ciudad.

Veía también desde allí las puestas del sol, fulgores resplandecientes en lontananza, que se asemejaban, para Miguel, á fantásticas iluminaciones, apoteosis de sus propios ensueños.

¡Qué ensueño, efectivamente, dominar la inmensa ciudad, llenarla de su voz y de su nombre! ¡Qué gloria, dirigirla su palabra siempre escuchada, mostrarla su destino, marchar á su cabeza hacia un porvenir más libre y más bello! ¡Qué de veces, allí sentado ó apoyado en el alféizar, había oído el roce de olas de las ambiciosas quimeras que al pasar por su imaginación le golpeaban en la frente!

Y solía decir, intentando simular una sonrisa:

—¡Oh! en este sitio y contemplando ese inmenso París, mi cabeza da vueltas, se desvanece.

Y volvía al mismo sitio, no obstante, y quedábase en él largas horas, soñando siempre.

Era en aquella tarde de Mayo cuando su nombre se leía en las esquinas en grandes carteles y al pié de sesudas profesiones de fe; cuando su nombre resonaba en todas las salas de votación y palpitaba en todos los labios.

Y allí estaba él todavía, en pie, esforzándose por aparecer tranquilo, y su mano, abrasada por la fiebre, se agarraba á la barandilla que le producía sensación de placer con el frío del hierro.

Miraba á lo lejos, gozando en observaciones: la noche devoraba lentamente el crepúsculo en las callejuelas angostas, ya alumbradas por el débil resplandor de algunos faroles; y mientras el otro hombre de más edad que él considerabale con cierta expresión de curiosidad y benevolencia, Miguel Berthier permanecía silencioso, como si de aquel confuso agrupamiento de casas hubiera de salir su sentencia de vida ó de muerte.

—*To be or not to be*--exclamó riendo el hombre que, de pié en el balcón, estaba al lado de Miguel Berthier.

—A fe mía tenéis razón—dijo el candidato;—

de la Avenida, un cuarto cuyas ventanas se abrían como anhelantes pupilas sobre el París que dominaban; y cuando él se ponía de codos sobre la barandilla de hierro, contemplaba á sus pies, como la poesía de un jardín, la doble hilera verde y salpicada de blanco de los árboles en flor.

Allí era donde á menudo se asomaba con la vista fija en el agrupamiento de casas lejanas, en chimeneas que se destacaban cual fantástico encaje, en torres y campanarios que resaltaban á través de opaca bruma, de la atmósfera caliginosa que es como el aliento de la gran ciudad.

Veía también desde allí las puestas del sol, fulgores resplandecientes en lontananza, que se asemejaban, para Miguel, á fantásticas iluminaciones, apoteosis de sus propios ensueños.

¡Qué ensueño, efectivamente, dominar la inmensa ciudad, llenarla de su voz y de su nombre! ¡Qué gloria, dirigirla su palabra siempre escuchada, mostrarla su destino, marchar á su cabeza hacia un porvenir más libre y más bello! ¡Qué de veces, allí sentado ó apoyado en el alféizar, había oído el roce de olas de las ambiciosas quimeras que al pasar por su imaginación le golpeaban en la frente!

Y solía decir, intentando simular una sonrisa:

—¡Oh! en este sitio y contemplando ese inmenso París, mi cabeza da vueltas, se desvanece.

Y volvía al mismo sitio, no obstante, y quedábase en él largas horas, soñando siempre.

Era en aquella tarde de Mayo cuando su nombre se leía en las esquinas en grandes carteles y al pié de sesudas profesiones de fe; cuando su nombre resonaba en todas las salas de votación y palpitaba en todos los labios.

Y allí estaba él todavía, en pie, esforzándose por aparecer tranquilo, y su mano, abrasada por la fiebre, se agarraba á la barandilla que le producía sensación de placer con el frío del hierro.

Miraba á lo lejos, gozando en observaciones: la noche devoraba lentamente el crepúsculo en las callejuelas angostas, ya alumbradas por el débil resplandor de algunos faroles; y mientras el otro hombre de más edad que él considerábale con cierta expresión de curiosidad y benevolencia, Miguel Berthier permanecía silencioso, como si de aquel confuso agrupamiento de casas hubiera de salir su sentencia de vida ó de muerte.

—*To be or not to be*—exclamó riendo el hombre que, de pié en el balcón, estaba al lado de Miguel Berthier.

—A fe mía tenéis razón—dijo el candidato;—

y en verdad que yo ignoraba que esa elección pudiese evocar pensamientos shakespearianos.... Y sin embargo, es cierto; sí, todos los recuerdos á la vez, todos.... Y si yo no fuese elegido, quedaría vivamente contrariado, no por mí....

—¿Por aquel cuyo nombre lleváis?— preguntó el amigo.

Miguel Berthier no contestó.

—Pues bien, sí,—continuó aquél.—¡Este día de Mayo es su revancha! ¡Pobre viejo Vicente! ¡Hombre honrado á carta cabal! Yo quisiera verle tan cerca de mí como vos, Miguel, lo estáis ahora. ¡Qué feliz sería!

—¿Lo creéis así?

—¡Bah! estoy seguro de que vos seréis elegido; ¿qué digo? estáis ya nombrado á la hora presente, y el primer campanillazo que resuene en la puerta será sólo para anunciároslo. Vamos, querido hijo, si queréis que en recuerdo de la antigua amistad que Vicente Berthier me profesaba os dé siempre ese nombre....

—Decid mejor ese título, señor Menard —dijo el candidato.

—¡Oh buen Miguel!—exclamó el llamado Menard.—Ha llegado ya la hora de que os mostréis digno del cargo que os han confiado millares de

sufragios de vuestros conciudadanos. Cuando se lleva un nombre como el vuestro, y se tiene talento y corazón esforzado, es necesario añadir nuevos timbres á la herencia de honor que se ha recibido. Pídoos perdón por usar este severo tono de predicador, que no me incumbe ciertamente; pero ya que vos me habéis hablado de recuerdos, todo nuestro pasado de quince años se me ha venido á la memoria. Sí: me acuerdo de aquella noche de Diciembre en la que, en compañía de algunos bravos camaradas fieles á su palabra, organizábamos con vuestro padre la resistencia legal en el Carré Saint-Martin; y entonces fué cuando Vicente, resuelto á perecer, me llamó aparte en un rincón de la barricada y me dijo: «Tú, Pedro, eres un muchacho, y la vida de destierro que nos espera si somos derrotados, como lo seremos, no es de las que seducen á una mujer, y probablemente no podrás casarte. Pues bien; prométeme que si caigo en la calle hoy ó mañana, servirás de padre á mi hijo, huérfano de madre, y que no tiene en el mundo á nadie más que á mí. Él, con sus catorce años, si estuviese fuera de su colegio, sería bastante loco ó bastante bravo para venir á pelear con nosotros.... ¡querido hijo mío!... pero su misión futura ha de ser más penosa que nuestro de-

ber presente; los tiempos venideros habrán de ser el reinado de la calumnia y la mentira, y es menester que Miguel conozca exactamente lo que nosotros queríamos y buscábamos, y repetirsele diariamente.» Y diciendo esto, el buen hombre miraba al resplandor de una mecha dos miniaturas que llevaba consigo (toda su fortuna, con algunos escudos en el bolsillo) y que eran retratos de vuestra madre y de vos, querido niño. ¡Ah! en el crítico momento de comenzarse la lucha, en la que probablemente habríamos de dejar la vida, yo le ví que besaba con transporte aquellos dos retratos. Esto no era debilidad, porque Vicente Berthier no sentía ninguna: era que él daba entonces sus postreros pensamientos á la mujer que le había hecho feliz y al hijo en quien fundaba sus esperanzas. Pero no nos batimos; la resistencia era inútil, porque el pueblo, debo confesarlo, se había mostrado indiferente..... «Seremos mártires cuando fuere necesario — gritó uno de los nuestros — pero no seamos ahora víctimas engañadas.» Y después de haber llamado á la brutal muerte con algunos disparos, partimos para la emigración, esa muerte de todos los días; esa muerte por amarguras, por desesperación, por la duda algunas veces, por la miseria otras, por el fastidio siempre. Aho-

ra, Miguel, que os hablo cuando vuestro nombre sale vencedor en el escrutinio, vuelvo á ver, como si estuviera delante de mis ojos, aquella escena de la lúgubre noche de Diciembre; paréceme ver á vuestro padre, la rojiza antorcha, los dos retratos, la silueta horrible de la barricada, el ataque inminente..... Sí, todo lo veo, todo está ahí: oigo á Vicente Berthier que me dice con su acento lemosín, con aquel acento que daba cierta expresión de sarcasmo á su heroísmo: «¡Eh! ¡tú! ¡Pedro Menard! valen más veinte mil papeletas de votos que veinte mil balas disparadas contra inconscientes soldados.»

—¡Veinte mil votos!—exclamó Miguel con sonrisa forzada.—¡Veinte mil!

—O pocos menos.....—respondió Pedro Menard, un poco sorprendido de que sólo esa cifra, entre todas las frases de su relación, hubiese impresionado al joven.

La emoción del recuerdo paternal era menos poderosa en el ánimo de Miguel Berthier que su ansiedad por las elecciones actuales: el hijo desaparecía ante el candidato.

Pedro Menard, diputado antiguo, habituado á la fiebre de lo desconocido, sentía perfectamente las angustias propias del hombre cuyo destino

está en manos del acaso, y no le duró mucho la sorpresa que había experimentado al conocer la única dirección que tomaban las ideas de Miguel; así es que cuando electores suyos le anunciaban que su nombre estaba el primero en la lista del departamento de Doubs, olvidábase de su propia personalidad para no ver en sí mismo sino el representante, el eco de aquellos que le decían:— ¡Anda!

Pero no era esto lo que sentía Miguel Berthier: la idea de la confianza que en él depositaban sus electores era menos fuerte en su ánimo que la alegría ocasionada por el pensamiento de que el porvenir se abriría delante de él, un porvenir inmenso y adecuado á sus justos deseos; quizá soñaba en lo útil y lo bueno, en la libertad reconquistada, en la dicha del pueblo; pero todas estas cosas las consideraba como sujetas á la cifra de su votación: quería conquistarlas él solo, para dárselas despues á todo el mundo.

Llevaría, además, á la lucha electoral toda su energía, su ardor juvenil, porque era en verdad un hombre entusiasta el que se presentaba enfrente de la autoridad moral y la influencia comercial de su contrincante M. Bret-Lechesne, candidato de los imperialistas.

Miguel Berthier pasaba ya de los treinta años, aunque su vida de íntimas luchas, de trabajo, de fiebre diaria no le había marcado la frente con arrugas profundas: pareceríase todavía á un joven si la expresión de su mirada, unas veces soñadora y otras duramente severa, no diese á su rostro alguna seriedad, y también algo de turbación.

Era alto, y sus movimientos denotaban gallardía y virilidad: sus cabellos, de un rubio intenso, le caían por detrás de la cabeza; sus patillas espesas y ensortijadas, se alargaban hasta cerca de la barba, y sus labios apretados, irónicos, asemejábanse á un arco tirante; sus ojos de azul claro eran inquietos, húmedos, brillantes, que interrogaban y escudriñaban; su expresión era á la par movible y resuelta, vacilante y voluntaria; todo, en suma, contribuía á dar á aquel rostro pálido una marca especial de nerviosa audacia y movilidad extraña.

A primera vista se adivinaba en Miguel Berthier una naturaleza privilegiada, activa, distinguida; interesábale todo al mismo tiempo, el arte, el teatro, la política, la literatura, y hubiese querido abarcarlo todo á la vez, seguir todos los derroteros, lanzarse atrevidamente á todas las aventuras; era uno de esos hijos del siglo menos equilibrado de la historia, uno de esos impacientes que interrogan

con su inquieta pupila á todos los horizontes y sufren escalofríos haeta en los huesos por tener que sujetarse á un solo porvenir.

Docto, laborioso, desflorando mejor que analizando todos los asuntos, había publicado con su nombre, y también bajo seudónimo, diversos estudios políticos y de crítica artística; y aun había dado á la imprenta una colección de poesías, pecado de juventud que le obligó á buscar y destruir uno por uno todos los ejemplares de su libro cuando llegó á tener la gravedad y arrogancia de hombre serio é importante.

Aquel tribuno aplaudido era, en resumen, un literato contrariado, y si bien se le examinaba, descubriase que estaba hecho, no con la madera sólida que se emplea en la construcción de buques destinados á luchar contra recias tempestades, sino con la madera blanda y flexible que manos hábiles transforman á veces en lindos objetos de arte.

Sabía Miguel Berthier disimular estas cualidades y estas desventajas con una apariencia de virilidad indomable, y era demasiado previsor para no haber conocido prontamente que la virtud que se impone con más facilidad á la tornadiza y ligera nación francesa es precisamente la que falta á la muchedumbre: la austeridad.

Y ya por cálculo, ya por cansancio y abandono, por disgusto precoz de la vida fácil, del vacío que dejan en el alma las alegrías y los placeres, alardeaba de puritanismo altivo, y sufría en silencio, cuando su sangre se rebelaba, una corriente de lava en sus venas.

Caído, sin fortuna casi, en pleno París, no teniendo en sus postreros años de colegio (su padre vivía fuera de Francia) sino un *corresponsal* en la gran ciudad, viejo escultor, amigo de David de Angers, que le sacaba del establecimiento algunas tardes, llegó á sus diez y ocho años sin haber conocido en realidad ningún placer, ninguna ventura.

Miguel, cuando supo que su padre había fallecido en tierra extranjera, continuó sin interrupción sus estudios: él solo había adquirido la instrucción sólida y fuerte que completa la de las Universidades; él solo habíase preparado á severos exámenes, sostenido sus tesis, conquistado sus grados en el foro; y él solo también, economizando sus pobres recursos, había hecho largos viajes por Europa, estudiando al mismo tiempo la vida moderna de los pueblos y el testamento de lo pasado: el arte que perpetúa *el ayer*, y la política que prepara *el mañana*.

Y luego, con ademán resuelto, lanzándose en todos los movimientos que revelaban entre la juventud oprimida por el Gobierno imperialista la necesidad de un despertar enérgico de la libertad, habíase preparado á la vida política en las conferencias de Academias de legislación y en las reuniones electorales, hasta el día en que le puso en evidencia un famosísimo proceso, la defensa de un libro incomparable, prohibido y secuestrado por abordar de frente el problema de la justicia en asuntos de religión y de política.

Y no había esperado mucho tiempo á llegar á la popularidad, porque su nombre era popular entre las muchedumbres hacía ya larga fecha; y las conferencias públicas, siempre literarias, porque al principio no estaba permitido tratar de asuntos políticos y de economía social, aseguraron definitivamente á Miguel Berthier gran autoridad sobre el espíritu de las masas.

Había hablado de sacrificios hablando de Corneille; había hecho palpitar los buenos instintos del pueblo recordando el heroísmo de las tragedias clásicas, y las galerías y la bóveda de la ancha sala Barthélemy retemblaron más de una vez con las aclamaciones del auditorio que saludaba el discurso del joven tribuno.

Miguel Berthier estaba, por lo tanto, designado á los electores parisienses, cuando Pedro Menard, el antiguo camarada de su padre, habiendo regresado á Francia después de la amnistía, se constituyó altivamente en patrono de una candidatura que tenía por significación más legítima la breve profesión de fe verbal del candidato:

—Jamás consideraré al Cuerpo Legislativo sino como el campo cerrado de la batalla decisiva, y si es menester, como antesala del destierro.

Los electores, que son á la vez muy dóciles y muy susceptibles, aman siempre las situaciones francas y las explicaciones claras, y por eso tal vez los de París no emplearon largo tiempo en averiguar el sentido exacto de la candidatura de Miguel Berthier: el resultado fué dar la razón á Menard, que había inventado la candidatura y refido por ella empeñadas batallas con la pluma y la palabra.

Miguel Berthier, sin dejar de mirar á París, pasaba algunas veces febrilmente por su cabellera sus largos y delgados dedos, y se estremeció súbitamente y contempló con fijeza á Menard cuando éste le dijo:

—Ya que os he traído un recuerdo, ¿me permitís, hijo mío, daros un consejo?

—¿Cuál?—contestó Berthier.

—Éste: nuestra vida pública, por lo mismo que pertenecemos al público y vivimos en cierto modo en casas de vidrio, debe ser recta, despejada, sin sombras, como un hermoso lago bañado por el fulgor del sol. Si queremos arribar á que nuestro partido sea, como debe serlo, el más honrado, porque es el más generoso y el que tiene mayor vitalidad, es necesario que sus directores puedan, si conviene, confesar su existencia entera, sin temor de que en ella se encuentre algo incierto ó dudoso.

—Tal es mi parecer — dijo Miguel intentando sonreír, porque aquellas palabras, en efecto, eran como un eco de sus propios pensamientos;— pero me habláis como si yo pudiese comprometer de algún modo el partido á que pertenezco.....

—No es eso; no me atribuyáis una idea que no tengo, querido Berthier. Vamos, ¿permitís que os hable con el corazón en la mano?

—Sí, ciertamente; os suplico que lo hagáis.

—Pues bien.....

Y Pedro Menard se interrumpió.

Era éste un hombre de recias espaldas y anchos hombros, robusto cuello, barba gris, frente y cráneo despoblados por la edad, ojos hundidos y como

fatigados, aunque todavía alegres, de franca mirada; no se traslucía en él nada de puritanismo fingido, nada de austeridad supuesta ocultando hipócritas ardores; su fisonomía de valiente y de honrado, un poco ruda, sin delicadezas ni disimulos, expresaba una autoridad tan vigorosa como su ancha y fuerte mano.

Menard no vacilaba, sin embargo, en exponer por completo su consejo: miraba al joven y retorcía su bigote con la punta de los dedos.

Miguel le obligó á continuar.

—Seguid; ¿por qué calláis?—le dijo.

—¡Tenéis una querida!—exclamó entonces Menard con brutal franqueza, dulcificada por un acento cariñoso.

Miguel, que era pálido, se transformó en lívido, y mordióse el labio inferior sin responder; mas casi al punto respondió con dureza y desagrado:

—Yo creía tener el derecho de vivir como quiera, y esperaba que nadie en el mundo, nadie, pudiera sospechar que amaba á una mujer, y quién era la mujer que amaba.

—«Esconde tu vida» dice el prudente; mas en París, ya lo sabéis, nada hay escondido largo tiempo.

—¿Y entonces?

—Entonces, sencillamente, es menester, como se dice en frase vulgar, regularizar su posición.

—¿Cómo?—exclamó Berthier.—¿Vos pensáis en ello?

—Cabal: he aguardado á que fuérais elegido para aconsejároslo, y creed, Miguel, que vuestro padre, ya que de él hemos hablado, os daría igual consejo.

—¿Y quién os ha dicho que soy elegido?—dijo Berthier con acento colérico y mirando hacia la calle, en la cual no se veía á nadie que se acercara á la casa, nadie sino transeuntes indiferentes.

—¡Bah! dentro de pocos minutos conoceréis el resultado: ó soy un visionario, ó vuestro rival Brot-Lechesne ha sufrido una derrota en los comicios. De consiguiente, ¡pensad en esto! Ayer todavía erais libre, pero hoy pertenecéis á los que os han elegido, porque han depositado en vos lo más sagrado que el hombre tiene: el derecho de pensar y de hablar; mas recíprocamente os piden que seáis digno de lo que os dan; y tened entendido, querido mío, que el pueblo, á pesar de su educación viciosa, de la que no es culpable porque no está emancipado, lo que más admira es la virtud, ese ideal tan fácil á los ricos y tan difícil de encontrar para el pobre. Por eso cuando le decimos nos-

otros que la República es ó debe ser, no solamente la libertad, sino la honradez en la familia y en el Estado, nos escucha, nos aplaude y nos sigue. ¡No le demos pretexto, porque nos parecemos á los predicadores de comedia, siempre en disposición de replicar: «¡Haced lo que os digo, y no os inquietéis por lo que hagol»

Miguel, que en cualquiera otra ocasión se hubiese irritado al saber que, no obstante sus precauciones, la novela de su vida era tan conocida como su historia pública, respondió lentamente:

—Es la primera vez que se hace una alusión á la mujer de quien habláis..... ¿Cómo habéis sabido eso?

—¿Cómo se sabe todo lo que se refiere á las personas que sobresalen por encima del vulgo? La multitud es implacable en su curiosidad, y trata á sus favoritos como el niño á sus juguetes. ¡Es necesario que sepa lo que hay dentro de ellos!

—¿Y qué?

—¿Y qué? pues que Miguel Berthier, caballero particular, podía guardar hasta ayer la querida que tenía; pero Miguel Berthier, representante del pueblo, debe ser mañana tan invulnerable en su vida privada como en su vida pública. He ahí mi parecer.

—Pero ¿conocéis la mujer á quien he elegido?

—No.

—¡Es la virtud, la honradez personificadas!

—¿Cierto?

—Cierto. ¡Pobre niña! ¡Ya quisiera yo no tener en la vida otras decepciones sino las que me ha dado su amor! Entonces sería demasiado favorecido por la suerte.

—¡Ah! pues siendo así, el medio de conciliarlo todo es muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Casaos con ella.

Miguel Berthier miró á Menard con asombro y dureza.

—¿Me decís eso seriamente, Menard?

—Muy seriamente. ¿Jamás habíais pensado en tal desenlace?

—Jamás.

—¿Por qué me decís entonces que esa mujer es la honradez, la virtud personificada?

—Lo digo y lo repito.

—¿Luego no la amáis?

—La amo, y profundamente.

—¡Pues no os comprendo!—añadió Menard.—

Sólo hay una manera de amar á una mujer, y es: respetarla y obligar á todo el mundo á respetarla;

y vos no amáis así, porque consentís en que sea vuestra querida esa mujer, y os asombráis y casi os rebeláis cuando os digo que la hagáis vuestra esposa.

—Es, que puede haber en las diferencias de educación tales obstáculos, que un matrimonio entre dos personas que se aman.....

—Sea considerado por una de ellas como desigual—concluyó Menard.—¿No es eso lo que queríais decir? Mi querido amigo, no habrá desigualdad sino cuando la mujer sea moralmente indigna de vos. ¿Qué importan las diferencias que indicáis? Si esa niña, cuyo nombre ignoro, no ha amado á nadie sino á vos, ¿queréis rebajarla á la condición de mujer caída con el pretexto de que no podéis vos descender hasta ella?

Miguel no respondió: habíase apartado del balcón y paseaba por el gabinete de trabajo, prestando escasa atención á lo que Menard le decía.

Sólo pensaba en las elecciones, cuyo resultado no llegaba todavía: allá en su pensamiento veía el joven Berthier las salas llenas de humo de cigarro y de atronador ruido, en las que se efectuaba el escrutinio; seguía por las calles á los que llevaban las listas á las alcaldías; contemplaba las redacciones de los periódicos, sitiadas por mu-

chedumbre curiosa, y los kioscos rodeados de impacientes que se disputaban los carteles, y leía claramente en hojas volantes, húmedas todavía, que exhalaban el acre olor de la tinta de imprenta, el nombre de su rival Brot-Lechesne, seguido de esta palabra elocuente, siniestra para el derrotado: *Elegido*.

—¡Ea!— exclamó de repente Menard.—Ya veo que no me escucháis: convenidos; pero me escucharéis más tarde. Nuestra conferencia tendrá por lo menos el mérito de que nos ha hecho pasar los minutos más difíciles cuando se espera alguna cosa con vivo deseo, que son los últimos. Sin embargo, os repetiré francamente que si vuestra querida es digna de vos, debéis darle vuestro nombre; y si, por el contrario, es indigna, ya os he dicho lo que debéis hacer: eso está bien claro.

—¡Escuchad!— exclamó entonces Miguel, que había oído un clamor confuso á lo lejos, el cual llegaba hasta allí como sordo ruido.—¿Qué es eso?

Ambos salieron al balcón en dos pasos.

Más allá de la casa, bajo los árboles, movíase una masa negra que llenaba las aceras y se extendía por la Avenida, exhalando voces y gritos que ni Menard ni Berthier pudieron comprender.

Miguel pasó por la frente su mano, y gotas de sudor frío surgían de la raíz de sus cabellos.

—¡Ved, ved!— exclamó Pedro Menard, mostrándole la gran masa humana que se acercaba.— ¡Esas son las golondrinas mensajeras de la victoria!

Miguel Berthier no contestó. ¿Si Menard se equivocaba? ¿Si aquella muchedumbre iba solamente á consolarle de su derrota?

¡Esta sospecha le ponía nervioso!

Y además, ¡cuánto tardaba en subir la escalera! ¡Como él vivía en piso tan alto! ¡Bah! suponiendo que hubiera sido elegido, ya procuraría mudarse á otro cuarto mejor y más bajo.

Pero ¿por qué no había de salir él mismo al encuentro de aquellos hombres? ¡Oh, insigne prueba de desfallecimiento! ¿Cómo recibir la noticia en la escalera, ante las puertas que se abrirían de la vecindad?

Estaba inmóvil, mudo, con un tropel de pensamientos en su espíritu que le abrasaban y le traspasaban las sienes como con un hierro candente.

De pronto resonó un campanillazo violentísimo, audaz, vigoroso, urgente, lleno de alegría y de promesas.....

Pedro Menard corrió hacia la puerta.

—¡Venid!—le dijo.

—¡No!—contestó Berthier.—Justino va á abrir. Esperemos.

Hubiese deseado lanzarse hacia la puerta, y se imponía la paciencia de no dar un paso en busca de lo desconocido que llegaba, deseando, si era la derrota, conservar todavía un momento más su última ilusión, su última partícula de fortuna: su esperanza.

II.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre era repetido de segundo en segundo en la sala del colegio municipal, transformada en sección electoral, con la regularidad de la péndola de un reloj.

Nunca, desde el establecimiento del Imperio, dos candidatos habían encarnado con más fidelidad el uno un sistema y el otro un principio: Brot-Lechesne, fabricante de calzado y notable comerciante, representaba la adhesión incondicional al Gobierno, la ceguedad llevada al servilismo; Miguel Berthier, el hijo del proscrito de Diciembre,

personificaba en su viril energía la reivindicación de la libertad.

Todo París se había apasionado por este último candidato desde que surgió del fondo de las asambleas populares: el entusiasmo, la fiebre, el delirio con todos sus arrebatos latían en el cerebro y en el pecho, como la sangre en las arterias, al escuchar las arengas de aquel hombre que había jurado no entrar en la Asamblea, si en ella lograba entrar, sino como espectro amenazador del pasado.

¡Hasta en las Tullerías se tenía miedo de su popularidad creciente!

París había votado, y se abrieron luego las cajas cuadradas de sellos rojos para verificar el escrutinio, y las papeletas de la votación, contadas previamente, se entregaron á secretarios benévoloos que se repartían el trabajo de comprobar los sufragios, unos desdoblado los boletines y leyendo en voz alta los nombres inscritos, y otros consignando uno por uno en largas hojas de papel los sufragios obtenidos.

Era la noche, aquella noche de Mayo que había sucedido á un día de calor intenso, y quedaba ya el pavimento de la sala cubierto de papeletas arrojadas allí, manchadas, pisadas, como residuos

—¡Venid!—le dijo.

—¡No!—contestó Berthier.—Justino va á abrir.
Esperemos.

Hubiese deseado lanzarse hacia la puerta, y se imponía la paciencia de no dar un paso en busca de lo desconocido que llegaba, deseando, si era la derrota, conservar todavía un momento más su última ilusión, su última partícula de fortuna: su esperanza.

II.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre era repetido de segundo en segundo en la sala del colegio municipal, transformada en sección electoral, con la regularidad de la péndola de un reloj.

Nunca, desde el establecimiento del Imperio, dos candidatos habían encarnado con más fidelidad el uno un sistema y el otro un principio: Brot-Lechesne, fabricante de calzado y notable comerciante, representaba la adhesión incondicional al Gobierno, la ceguedad llevada al servilismo; Miguel Berthier, el hijo del proscrito de Diciembre,

personificaba en su viril energía la reivindicación de la libertad.

Todo París se había apasionado por este último candidato desde que surgió del fondo de las asambleas populares: el entusiasmo, la fiebre, el delirio con todos sus arrebatos latían en el cerebro y en el pecho, como la sangre en las arterias, al escuchar las arengas de aquel hombre que había jurado no entrar en la Asamblea, si en ella lograba entrar, sino como espectro amenazador del pasado.

¡Hasta en las Tullerías se tenía miedo de su popularidad creciente!

París había votado, y se abrieron luego las cajas cuadradas de sellos rojos para verificar el escrutinio, y las papeletas de la votación, contadas previamente, se entregaron á secretarios benévoloos que se repartían el trabajo de comprobar los sufragios, unos desdoblando los boletines y leyendo en voz alta los nombres inscritos, y otros consignando uno por uno en largas hojas de papel los sufragios obtenidos.

Era la noche, aquella noche de Mayo que había sucedido á un día de calor intenso, y quedaba ya el pavimento de la sala cubierto de papeletas arrojadas allí, manchadas, pisadas, como residuos

de la batalla electoral, como hojas marchitas del voto ó de la tempestad.

La gente se agrupaba alrededor de los escrutadores para ver mejor, y se subía á los bancos, á las mesas, á los pupitres de los escolares.

La ansiedad que aprieta al corazón ante un grave suceso del acaso, la febril angustia del misterio, agitaba todas las manos, encendía todas las miradas, hacía estremecerse de impaciencia á todos los pechos, revelándose la zozobra en suspiros de disgusto, en palabras cortas, en ademanes bruscos.

Los escrutadores proseguían, no obstante, con lentitud su trabajo, como gentes investidas de funciones extraordinarias y nuevas para ellos; y cuando las papeletas desplegadas formaron dos ó tres montones sobre la mesa de la presidencia, era fácil prever el resultado de la votación.

—«¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier! ¡Miguel Berthier!.....»

Este nombre se repetía invariablemente, apenas sin interrupción momentánea, como sucede en el juego de la ruleta cuando se obstina en darse un mismo *color*; y era recibido con explosión de risa este otro nombre, si alguna vez salía de las urnas: «¡Brot-Lechesne!»

¡Pobre Brot-Lechesne!

—Berthier será elegido—decíase en todos los lados de la sala.—¿Quién duda de ello?

—¡Elegido por formidable mayoría!

—¡Qué éxito!

—¡Qué derrota á Mr. Brot-Lechesne!

—¡Hundido para siempre el fabricante de calzados!

—¡Y qué soberbia lección para el Ministerio!

—¿Lo habéis meditado bien? Berthier, el hijo de Vicente Berthier, enemigo personal del Emperador..... Nunca, nunca la oposición ha obtenido un triunfo tan brillante.....

Porque la elección de Berthier era la afirmación solemne de la libertad, la revancha del derecho contra la fuerza, la significación de la voluntad nacional francamente presentada al que se decía dueño de la nación, jefe del Estado.....

¡Qué poderío para el candidato cuyo nombre salía de las urnas entre semejantes aclamaciones! ¡Con qué prestigio, qué autoridad, qué brillantez, aquel Miguel Berthier había de entrar, erguida la cabeza, en el Cuerpo Legislativo!

—Por lo menos—decía un viejo obrero frotándose las manos—habrá allí uno de los *buenos*.....

¡No debemos temer que éste desfallezca!

—Pero ¿tú le conoces?

—No. He conocido á su padre, y «el que á los suyos se parece.....» ¡Se me ha dicho que es uno de los *de verdad*, de los *sólidos*!

—¡Oh! ¡Entonces!.....

Por un lado, afirmaciones y propósitos enunciad^{os} con la credulidad profunda, casi infantil, sublime, del pueblo; por otro lado, sospechas indicadas con alguna ironía, verdaderos indicios de duda.

En la calle, á la puerta de la escuela-colegio electoral, los agentes municipales no se tomaban la pena de despejar la calle, y la muchedumbre esperaba silenciosa, y el semblante de los que esperaban parecía dirigir á los que salían con semblante risueño esta interrogación:

—¿Y qué? ¿y qué?

—¡Es Berthier!

—¡Berthier! ¡Bravo, bravo! ¡Que sea enhorabuena!

Y en seguida la noticia se comentaba con acaloramiento.

—¿Cuántos votos de mayoría?

—No se sabe aún, pero el triunfo es soberbio.

—¿Y en las otras secciones?

—¡Oh! mayor.

Y la muchedumbre manifestaba alegría vivi-

sima, y gentes que no se conocían antes comunicábanse gozosas la buena nueva y la comentaban con ardor.

—¿Cuántos votos de mayoría?

—No lo sé, pero muchos, muchísimos..... ¡es soberbio!

—¿Y las otras secciones?

—¿Las otras? ¡Magníficas, magníficas!

—¡Ah! pues si fuésemos á casa de Berthier.....

—¡Vaya una idea!

—Esperemos á oír la cifra final.....

—¡No, no! ¡á casa de Berthier!

—¡Le daremos antes que nadie la noticia!

—¡Y pronunciará un elocuente discurso!

—¡A casa de Berthier, á casa de Berthier!

Y formándose en el acto enorme grupo de convencidos, de curiosos, de patriotas ardientes, de desocupados, de los eternos espectadores de todas las comedias parisienses, echó á andar por en medio de la calle, agrandándose inmensamente en el camino, hacia el domicilio de Miguel Berthier.

Uno de los que eran empujados por aquella ola humana, un hombre del pueblo, encontróse con otro pobre diablo, compañero suyo de taller, que andaba lentamente, casi apoyado en los muros de las casas, mirando al suelo, llevando de cada mano

á un niño, y el más pequeño caminaba con gran trabajo y sufría á veces fuertes golpes de tos.....

El primero de estos hombres se acercó á su camarada y le dijo:

—¿Tú no sabes, Renaud?

—¿Qué he de saber?

—¡Miguel Berthier!

Y su rostro estaba resplandeciente de alegría al pronunciar ese nombre.

—¿Y qué, hombre?—replicó el otro.

—¡Que ha sido elegido!

—¡Ah!—exclamó Renaud mirándole con expresión de vaguedad, de tristeza y cansancio.— Tanto mejor para él..... pero ¿qué me importa eso á mí? ¿Tiene trabajo que darme tu Miguel Berthier?..... Vamos, chicuelos, un poco de fuerza en las piernas..... Y tú, Isidoro, no tosas tanto.....

Y el desdichado se alejó casi arrastrando á sus dos hijos y murmurando entre dientes:

—¿Qué, Berthier? ¿Qué tengo que ver con Berthier? Después, ¿y pan?

—¡Oh rabia!—exclamó entonces el otro obrero, corriendo á reunirse con los que marchaban hacia la casa de Berthier.—¡Sacrificaos luego por el pueblo! ¡Miguel Berthier! ¡Un hombre que es capaz hacerse matar por nosotros!

III.

Abrióse bruscamente la puerta de la habitación de Berthier, y una oleada de gente invadió el gabinete del candidato, gritando con atronadoras voces!

—¡Diez y ocho mil votos!

—¡Elegido!

—¡Soberbia victoria!

—¡Hundido Brot-Lechesne!

—¡Viva nuestro diputado!

—¡Qué día! ¡qué jornada!

Miguel Berthier sentía deseos de abrazar á todas aquellas gentes: sus ojos se enturbiaban, hinchidos de lágrimas; sus sienes latían fuertemente; creyó un momento que iba á desvanecerse, golpeado en sus oídos por chorros de sangre.

Pero tuvo fuerzas para quedar en pie, y apoyando su mano izquierda en actitud de tribuno sobre la mesa de ébano guarnecida de paño rojo y atestada de papeles, exclamó con voz cuyos estremecimientos ahogaba entre los dientes:

—Ciudadanos, gracias, gracias; pero nada de

felitaciones, os lo ruego, porque no las merezco yo, sino vosotros.

Lo que decía Berthier era una de esas frases que sirven de exordio ó de conclusión, según el caso, á cualquier discurso; y quizá también era sincero, juzgando que efectivamente los electores habían cumplido su deber y hecho alarde de gran valor eligiendo entre la generación presente al hombre que mejor que otro podía defender la causa del pueblo y la libertad.

Había en la multitud algunos representantes de la clase media, *bourgeois* del distrito, estudiantes, obreros, confundidos todos con los creyentes, los patriotas y los desocupados que les habían seguido; y todos con la cabeza descubierta contemplaban á Berthier con más respeto aún que curiosidad: inclinábanse los electores llenos de fe ante aquel hombre que acababan de enaltecer confiándole un mandato, y les parecía que era ya superior á ellos mismos, que les dominaba, que le habían hecho su dueño y señor.

Aquello era como el sentimiento de Pigmaleon conmovido ante su obra.

Un hombre se destacó de la muchedumbre, viejo obrero vestido con la blusa de albañil, las manos manchadas de yeso, y en una de ellas su

gorra polvorienta, cargado de hombros, encorvado y con espesa barba gris en forma de un collar.

Berthier adivinó en él uno de esos trabajadores honrados que aman un limpio y alegre hogar, mujer honesta y obedientes hijos.

—Perdón y excusa—dijo el obrero sin timidez, aunque sin el aplomo habitual de los oradores populares;—¿queréis permitirme, señor, responderos á la idea que habéis adelantado, eso dē que nosotros hemos hecho hoy una buena obra y merecemos las felicitaciones? Si, es verdad; porque estamos persuadidos de que vos sois un hombre, lo que se llama un hombre..... y que defenderéis nuestros intereses como es menester, sin desfallecimientos. Tened en cuenta, señor diputado, que estamos cansados de revoluciones, porque siempre, vencidos ó vencedores, pagamos los vidrios rotos..... ¡Observad! Mi padre atrapó una bala en 1830 que le rompió un brazo, y yo he estado á punto de salir con la cabeza rota en 1848. No habría necesidad de eso si tuviésemos representantes bien resueltos para hacer comprender á los gobernantes que gobernar mal es suicidarse. Les diréis esto en la Asamblea ¿no es verdad? Id y votad, señor Berthier, y no habrá solamente millones de electores que os den sus votos, sino millones de bravas

gentes, á menudo engañadas y siempre llenas de confianza, que buscan hace mucho tiempo al hombre que deba defenderlas.

—Gracias—contestó Berthier con emoción que no pudo disimular sino á medias, porque la cordial y ruda franqueza del albañil le hizo comprender la grandeza del cargo que aceptaba.

—Nada temáis—añadió—porque seré digno de vuestra confianza y siempre estaré á la altura de mi misión; marcharé de frente contra el despotismo con la espada en la mano, sin preguntarme siquiera si alguien me sigue; y en la hora del peligro, como dijo el poeta.....

Y paseó entonces su mirada fulgurante por aquella muchedumbre, y añadió con altivo gesto de orador:

« Si uno sólo quedase ante el peligro,
Ese sería yo, ¡yo, ciudadanos! »

Su voz, su acento profundo, varonil, lleno de energía, hizo brotar un relámpago de esperanza en las miradas febriles de los que le escuchaban, y arrancó á la multitud aplausos y vítores.

—¡Viva Miguel Berthier! ¡Viva la libertad!

Entonces Miguel pretextó una terrible jaqueca por efecto de trabajo forzado, por haber tenido

que preparar apresuradamente la defensa de un periódico democrático perseguido en provincias, y rogó que le dejaran sólo.

—¡Cómo!—exclamó una voz, la del bravo albañil.—¡Eso es demasiado justo!

Y Berthier estrechó las manos de aquellos hombres, les saludó afectuosamente, tuvo alguna palabra elocuente para ellos, les acompañó hasta la escalera, y apoyándose en la barandilla les siguió con la mirada mientras descendían, orgullosos unos, inclinándose otros, y admirando todos al nuevo diputado, á *sz* diputado.

Miguel experimentó verdadero alivio al regresar á su gabinete.

Pedro Menard le esperaba allí, sentado en la chimenea, destacándose su cabeza en la viva luz de las lámparas que Justino había encendido.

—¡Uff!—exclamó Berthier—¡Ya han marchado!

Esta exclamación pareció á Menard bastante extraña: ¿era sencillamente el cansancio lo que en tan graves momentos embargaba el corazón del joven, de aquel joven transformado de un momento á otro en verdadera potencia?

La multitud estaba aún en la Avenida Trudaine, al pie de la casa, y su murmullo continuaba

subiendo, mezclado de ardientes clamores de entusiasmo; é inclinándose un poco sobre el balcón podíase ver la masa negra agitándose á la luz de los mecheros de gas.

—¿Si querrán que me asome?— dijo Berthier. Y bruscamente cerró las maderas.

Y en seguida, tendiendo ambas manos á Pedro Menard, le dijo con súbita efusión:

—¡Oh amigo mío! ¡qué feliz soy!

Y la alegría se reflejaba sin sombras en el rostro juvenil de Miguel; sus ojos tenían la expresión de encanto, mezclada con algo de sorpresa, casi de incredulidad, que tienen los del niño á quien se regala el juguete deseado, los del artista que llega á la realización de un ensueño adorado.

Era la vida, la vida más brillante, lo que se manifestaba ante ellos.

—¿Lo véis?— dijo Pedro Menard.—¿No os lo decía yo hace poco? ¿no soy buen profeta?

—Tenéis razón, Menard, y ahora tengo la palanca que ha de remover al mundo..... Sí, cuando se piensa en que muchas veces decimos en un salón ó escribimos en un periódico, sin eco alguno frecuentemente, lo mismo que lanzado al público desde la tribuna parlamentaria tiene el carácter de gran suceso, ¡qué gloria subir á ella!..... La tribu-

na, ¡qué pedestal y qué trampolín! Cualquier estúpido que logra permanecer en ella siquiera diez minutos, parece que se convierte súbitamente en grande hombre..... ¡tal vez porque está alta! ¡Ah, mi querido Menard! Y lo cierto es que ya era tiempo de que se acabase toda esta fiebre electoral: estaba en verdad cansado de reuniones, de discursos, de cartas, de explicaciones, de delegados..... harto ya de la vida de candidato, que es la más penosa del mundo, y que me hacía parecer, desde hace algunas semanas, á un presidiario que arrastraba una urna en vez de un grillete....

Y Miguel se dejó caer en un sillón y extendió sus brazos y sus piernas todo lo que pudo, para estirarlos y descansar mejor.

Menard se levantó, y buscando su sombrero, que antes había dejado en una silla, miraba con cierto disgusto, y con el rabillo del ojo, como se suele decir, á Berthier, dolorosamente impresionado de los sentimientos que manifestaba aquel hombre después de triunfo tan espléndido.

—¿Queréis algo?— le preguntó Miguel.

—Sí, mi sombrero.

—¿Os marcháis?

—Os dejo, porque necesitáis estar solo.

—Casi, casi es cierto— replicó Berthier;—por-

que si no tengo jaqueca, eso no, tengo en mi cabeza un tropel de ideas que corren, corren.... Voy á salir un poco á tomar el aire.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —contestó Miguel.

Y Menard, limpiando maquinalmente con el brazo derecho su sombrero de copa y anchas alas, que ya había encontrado, añadió, rascándose debajo de la barba:

—Bien hecho, querido Berthier, en ir á tomar el aire; pero acordaos de que, á contar desde hoy, no tenéis el derecho de estar cansado.... ¿Sonreís? Pues no me burlo.... Y además, pensad en nuestra conversación anterior. No insisto, porque es fastidioso desempeñar el pedantesco papel de *Tiberge*.... Conque hasta mañana.... por la mañana.

Y después de estrechar con fuerza la mano á Miguel, salió de la habitación.

Mas al bajar la escalera asaltóle el amargo pensamiento de que Miguel, en la explosión de su ardiente alegría, no había dedicado el menor recuerdo á Vicente Berthier, y se asombraba y á la vez se irritaba.

Pero la mano de Miguel, que había estrechado, ¿no estaba enardecida, abrasadora? Realmente el joven tenía fiebre; y luego, con tantas emociones,

¿quién no tiene derecho á estar fatigado, enervado, hartó?

—¡Bah!—murmuró el antiguo proscrito.—El día ha sido bueno y la elección excelente. Vamos; todo llega en este mundo; hasta la justicia, y todo también concluye, hasta la fuerza. París ha votado bien. ¡Viva la nación!

Y perdiéndose luego entre la sombra de la Avenida, algunos antiguos refranes marseleses se le subían á los labios y le acompañaban en su camino.

*
*
*

Efectivamente, Miguel tenía necesidad de estar solo, de mirar cara á cara á su conciencia, á sus pensamientos, á sus esperanzas, á sus ambiciones, á sus recuerdos.

Temiendo que sus amigos fueran á felicitarle, como era verosímil, lanzóse á la escalera casi detrás de Menard, después de decir á su criado Justino:

—No me esperéis. Cenaré en un *restaurant*.

Ya en la calle, sintióse acosado hasta la médula de los huesos por la tentación de ir á los *boulevards*, atravesar por en medio de la muchedumbre que repetía su nombre, pasar de largo, acariciado

29842

UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UES
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

su oído con el eco de la victoria, sin que nadie sospechase que estaba allí, que aquel transeunte, aquel desconocido, aquel anónimo..... era él.

Quería ver de cerca al París que le pertenecía, los cafés, los comercios, las luces, todo lo que ahora era suyo.

Pero ¿cómo presentarse y no ser reconocido? La fotografía había popularizado mucho tiempo antes sus facciones, y un periódico de caricaturas, que vende cien mil ejemplares, le había representado sobre un velocípedo, dejando *distanciado* enormemente al candidato *adicto*, el fabricante Brot-Lechesne, que perdió sus zapatos en la carrera..... ¡Miguel Berthier comenzaba á experimentar los inconvenientes de la gloria!

Perdióse, por lo tanto, en calles desiertas, ávido de silencio, de sombra, de soledad, hablando maquinalmente en voz alta, amenazando al poder, declarando guerra mortal á los abusos, escalando con el pensamiento todas las cumbres y eminencias, entre aplausos, aureolas y músicas.

Y si encontraba un transeunte que llevaba en la mano cualquier periódico, apretando el paso tal vez para conocer cuanto antes el resultado de las elecciones; si veía á las gentes de codos en balcones y ventanas, hablando y fumando tranquila-

mente, acariciaba su insensato orgullo diciéndose:

— Todos esos te conocen, Miguel; todos hablan de tí y pronuncian tu nombre; quizás te han aclamado y esperan que ejecutes grandes hechos.

Había seguido su camino sin objeto fijo, y llegó poco á poco ante una casa del *boulevard Clichy*, cuyo ancho portal se abría en un jardín sobre enarenada avenida.

Al extremo del jardín estaba la casita de un solo piso, oculta entre los árboles, y para llegar á ella era preciso abrir la puerta de una empalizada verde y subir además los pocos peldaños de una escalera de piedra.

Miguel se paró algunos momentos enfrente del portal, y vió al final de la avenida una luz que se filtraba suavemente como una estrella, á través de las ramas.

— ¡Pobre muchacha! — dijo. — ¡Me espera! ¡Con cuánto apresuramiento palpitará su corazón!

Vaciló todavía antes de entrar, mirando con satisfacción el follaje que se mecía lentamente en la sombra de la noche, y cuyo suave aroma le embriagaba, haciéndole olvidar los olores de aceite y de petróleo, las emanaciones humeantes que había respirado muchas semanas en la atmósfera pe-

sada de las reuniones electorales, que se celebraban por lo general en las salas de baile de las afueras, á la luz de viejos quinqués, y ante un público numeroso que interrogaba y escuchaba.

— ¡Basta ya de esos clubs! — pensó Miguel. —

La vista de este jardincito me causa placer, y ¡palabra de honor! no sabía yo que tenía aficiones tan bucólicas.

IV.

Los jardines son raros en París, porque se cree que un terreno dedicado á las flores es terreno perdido.

Los grandes parques de antaño han sido despedazados, cortados por nuevas calles; los grandes árboles que estaban aprisionados entre altos muros han caído.

Y los jardines son, no obstante, como la sonrisa de las ciudades: una flor, una planta verde y lozana parece que ilumina la callejuela más sombría.

París tiene *squares* británicos, jardines oficiales, flores muy limpias, alfombras de césped, castaños embutidos en el asfalto y con castañas *de imita-*

ción; pero un verdadero jardín, sencillo, libre y discreto, un jardín embalsamado, un rincón en que esconderse, olvidar y soñar, al que no llegan los ruidos de los carruajes, ni el murmullo monótono de las muchedumbres, ni el eco desacorde de organillos y canciones callejeras, un refugio en la sombra, un nido de enamorados y de poetas; eso es lo que no tiene París, el París de la moda, de la *fashion*, del *chic*, de la fiebre.

Es necesario subir al pie de las cumbres, al pie de la colina de Montmartre, para encontrar un pedazo de tierra que sonría con sus flores y plantas.

Ciertas casas del *boulevard* Clichy permiten ver todavía, al fondo de alguna calle de blanca arena, árboles de hermosa verdura, castaños adornados con grandes conos de florecillas blancas, albaricóqueros que suben á lo largo de los muros y abren al sol y al céfiro sus flores de un color pálido, encantador y tierno.

En uno de estos jardines habitaba sola aquella mujer de quien Pedro Menard había hablado á Miguel Berthier, y el joven convirtió aquel rincón del *boulevard* Clichy en su oasis y su refugio. ¡Allí tenía sus ensueños!

Después de un momento de vacilación, Miguel atravesó el umbral de la casa, empujó la puerta

de la empalizada y subió la corta escalera; entonces se abrió una puerta interior, dibujóse en la penumbra una forma blanca y resonó una voz de mujer que gritó preguntando:

—¿Qué? ¿qué?.....

—¡Elegido!—respondió Berthier.

—¡Elegido!

Dos manos finísimas aplaudieron con movimientos rápidos, y Miguel, henchido de alegría, sintió que dos brazos rodeaban su cuello y que entre caricias se le decía:

—¡Qué dichosa soy y qué orgullosa estoy!

Miguel entró en la casa.

Bajo una lámpara de pantalla de ópalo había una labor de *quipure*, al lado de un cestito forrado de satin azul.

—¿Trabajabas?—preguntó Berthier.

—Para matar el tiempo..... ¡estaba tan inquieta! Hacía esos cuadros de *quipure* que tanto te gustan, para las ventanas de tu gabinete de estudio.

—¡Querida Lía!

Sentóse el joven cerca de la niña, y la dijo:

—¿Sabes una cosa? ¡Muero de hambre!..... Parece que la victoria da apetito.

Lía sonrió, y abriendo una puerta le mostró una mesa redonda con mantel extendido, dos cu-

biertos, vino centellante en botellas, rojos cangrejos y una cesta de frutas primerizas.

—¿Luego me esperabas?

—¿Qué? ¿no sabía yo que vendrías en cuanto hubieras terminado los graves asuntos que nos separaban? Me amas siempre, ¿no es verdad?

—¡Que si te amo!

—¿Mucho?

—¡Mucho! ¡Con todo mi corazón!

Y la besó en la frente, la condujo con dulzura hacia el comedor y sentóse enfrente de ella..... bien satisfecho de poder decir que estaba lejos de los que le buscaban y aclamaban.

Miguel miró á Lía, cuya frente alumbraba la lámpara suspendida del comedor, y ella, algo pálida, le acariciaba, le bebía con sus dos grandes ojos.

Lía ostentaba un cutis ardiente, con el dorado colorido de las razas orientales; su nariz era larga y fina; sus labios rojos, arqueado el superior y movibles, serios unas veces y otras sonrientes, mostraban dientes de nácar engastados en rosas; su linda barba tenía un gracioso hoyuelo; su frente sin arrugas, coronada de dos ojos negros impregnados de dulzura, con largas pestañas que se bajaban á menudo para tamizar en ellas la luz ó

para apagar el fuego de las pupilas; sus cabellos eran oscuros, y levantándose por encima de la frente en dos *bandeaux*, se arrollaban por detrás en gruesa trenza y daban á la fisonomía infantil de la niña el carácter clásico de una medalla griega.

Lía, que era judía, presentaba el tipo israelita suavizado: era la hermosura transformada en gentileza, la severidad cambiada en gracia, el estilo convertido en encanto; y este encanto consistía en un abandono que acariciaba castamente, en la franqueza de la mirada y del beso, en una armonía seductora y graciosa.

—¡Cómo me miras!—dijo la muchacha, algo sorprendida de la atención con que Miguel la examinaba. —¿Qué tienes, dí?

—Nada: que eres muy bella.

Miguel pensaba en lo que le había dicho Menard, y deducía que este hombre, aunque fuesen incontestables su honradez y su cariño, no tenía ningún derecho para mezclarse en asuntos que no le pertenecían.

—Si quieres—le dijo él—mañana nos iremos por los campos á tomar el aire..... Tengo ardiente deseo de ver follaje, verdadero follaje sin polvo, y de ofrecer mis mejillas á la luz del sol.

—Sí, sí—contestó Lía con infantil entusiasmo.

—Hace ya mucho tiempo que no hemos salido de este París..... No me quejo, porque tienes tus ocupaciones y tu vida pública; y además es preciso ocultarnos para que el mundo no nos pida cuentas de nuestra dicha. El mundo es malo y se ocupa mucho en los que no se ocupan en él para nada; en mí, por ejemplo..... Y será la primera vez que yo saldré del brazo de un diputado..... ¡Un señor diputado!..... Procuraré ver si te ha hecho variar esta repentina grandeza..... Pero no, no; eres el mismo, siempre el mismo; mi dulce amado, siempre mi amado!

Miguel Berthier se acordaba invenciblemente de la escena del drama de Goethe en que el Conde de Egmond aparecía en la morada de Clara, envuelto en una capa de caballero sobre rico traje español, y la flamenca niña le decía, retrocediendo desvanecida:

«¡No me atrevo á tocaros!..... ¡Ah! ¡El Toisón de Oro! ¡terciopelos! ¡bordados!..... ¿Eres tú Egmond, el Conde de Egmond, el gran Egmond que tanto ruido hace?—No, Clara, no soy ese hombre: el Egmond de quien hablas es triste, grave, frío, obligado á cubrirse el rostro con doble máscara; pero el Egmond que está delante de tí es sincero, feliz, tranquilo, amado.....»

Y él también, cuyo nombre se leía entonces en la primera plana de todos los periódicos, el vencedor en la jornada, el elegido de millares de hombres, el tribuno que hacía fruncir el ceño al Ministro de lo Interior y poner zozobra y alarma en la frente y en el ánimo de los personajes de las Tullerías; él también se decía que no era el Egmond obligado á observarse sin cesar, triste, siniestro, taciturno, «mientras el mundo le consideraba como libre y feliz.»

Y Lia le miraba con sus grandes y dulces ojos, en los que Miguel Berthier podía leer también las palabras de Clara:

«—¿Qué me importa morir? ¿Tiene el mundo alegrías y dulzuras que puedan compararse con éstas?»

V.

Miguel Berthier, cuando hacía sus primeros ensayos en el foro y publicaba estudios de crítica y versos en los periódicos del barrio latino, como *La Joven Francia*, vivía en la plaza de la Sorbona, en el segundo piso de un hotel de estudiantes.

La habitación del conserje solía estar ocupada

por la administración del hotel, y antes del entre-suelo, en una especie de nicho abierto en la medianería de la casa, que formaba la puerta de una habitación interior muy *confortable*, habitaban los propietarios del hotel, señor y señora Hermann.

El principal ornamento de la habitación de los esposos Hermann era un cuadro de madera con ganchos numerados, de los que pendían las llaves de los cuartos de la casa: cada inquilino, cuando salía, colgaba allí su llave, la cual volvía á coger, cuando entraba, de las manos arrugadas de la señora Hermann, quien añadía siempre alguna sonrisa amable que le hacía arrugar la boca bajo una nariz hebraica semejante al hocico de su perro.

Su marido Hermann, á quien llamaban «el Padre Hermann», era de más edad, aunque más bello, representando con sus cabellos blancos y su barba gris á un profeta bíblico vestido con nuestro desgarbado traje moderno.

Los dos eran judíos, y Miguel Berthier pudo ver algunas veces en aquella habitación, cuando subía á la suya, varios tipos israelitas, sórdidos, de encrespados cabellos y labios gruesos, que se parecían á los árabes desfigurados por la vida europea: eran parientes ó amigos de los Hermann, que se reunían allí para celebrar cualquier fiesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y él también, cuyo nombre se leía entonces en la primera plana de todos los periódicos, el vencedor en la jornada, el elegido de millares de hombres, el tribuno que hacía fruncir el ceño al Ministro de lo Interior y poner zozobra y alarma en la frente y en el ánimo de los personajes de las Tullerías; él también se decía que no era el Egmond obligado á observarse sin cesar, triste, siniestro, taciturno, «mientras el mundo le consideraba como libre y feliz.»

Y Lia le miraba con sus grandes y dulces ojos, en los que Miguel Berthier podía leer también las palabras de Clara:

«—¿Qué me importa morir? ¿Tiene el mundo alegrías y dulzuras que puedan compararse con éstas?»

V.

Miguel Berthier, cuando hacía sus primeros ensayos en el foro y publicaba estudios de crítica y versos en los periódicos del barrio latino, como *La Joven Francia*, vivía en la plaza de la Sorbona, en el segundo piso de un hotel de estudiantes.

La habitación del conserje solía estar ocupada

por la administración del hotel, y antes del entre-suelo, en una especie de nicho abierto en la medianería de la casa, que formaba la puerta de una habitación interior muy *confortable*, habitaban los propietarios del hotel, señor y señora Hermann.

El principal ornamento de la habitación de los esposos Hermann era un cuadro de madera con ganchos numerados, de los que pendían las llaves de los cuartos de la casa: cada inquilino, cuando salía, colgaba allí su llave, la cual volvía á coger, cuando entraba, de las manos arrugadas de la señora Hermann, quien añadía siempre alguna sonrisa amable que le hacía arrugar la boca bajo una nariz hebraica semejante al hocico de su perro.

Su marido Hermann, á quien llamaban «el Padre Hermann», era de más edad, aunque más bello, representando con sus cabellos blancos y su barba gris á un profeta bíblico vestido con nuestro desgarbado traje moderno.

Los dos eran judíos, y Miguel Berthier pudo ver algunas veces en aquella habitación, cuando subía á la suya, varios tipos israelitas, sórdidos, de encrespados cabellos y labios gruesos, que se parecían á los árabes desfigurados por la vida europea: eran parientes ó amigos de los Hermann, que se reunían allí para celebrar cualquier fiesta.

para recitar las plegarias de la Pascua y gritar después:—¡ El año próximo venidero, en Jerusalén!

Miguel tuvo curiosidad por asistir á tales fiestas, y cierto día vió al lado de Hermann una muchacha morena y graciosa que, cuando él se acercó, levantóse á una señal del viejo y entregó al inquilino la llave de su cuarto, que descolgó de la tabla numerada, diciéndole:

—¿Es ésta, caballero?

Miguel quedó un instante enfrente de la joven, mudo, asombrado, estupefacto, y la contempló como si contemplase un bello cuadro.

—Sí, esa es mi llave —dijo por fin.— Gracias, señorita.

Y al tomar la llave rozó con sus dedos la mano de la muchacha, quien saludó afable y fué á ocupar un asiento al lado de la señora Hermann.

—¿Quién será esta niña?—se preguntó Miguel mientras subía á su cuarto, y seducido por aquella aparición.

Era la hija de los Hermann, que había vivido en un pueblo de las inmediaciones de Metz y en casa de una tía suya por consejo de los médicos, regresando de aquel hermoso país de Lorena completamente curada, con las caricias del sol, de la dolencia que había sufrido.

Lo que más interesó á Berthier fué la mezcla de gracia y majestad que encontraba en la muchacha, parecida á la vez, en sus bellos diez y nueve años, á una *transiberina* y á una *miss*.

Miguel no había amado hasta entonces, porque sus fáciles conquistas de estudiante le produjeron amargo desaliento, y aquella niña iba á ser el primer amor verdadero del joven.

La simpatía se engendra pronto en ciertos seres que pertenecen de algún modo á la misma raza, y el amor entró en el corazón de Lía á la par que se infiltraba en el de Miguel.

Si la muchacha parecía á Miguel seductora, Lía consideraba al joven como encarnación de la elegancia, de la belleza varonil, de la inteligencia superior, de todo lo que puede agradar á una mujer.

Pero Lía se confesaba que era una locura pensar en Miguel, ella, pobre muchacha, y él todo un caballero..... que sin duda era rico y llamado á más altos destinos.

¿Podía pensar en casarse con Berthier? Evidentemente no: lo mejor era, por lo tanto, echar á vuelo sus ensueños de amor y no volver á pensar en aquel hombre nunca, nunca.....

Ella sufría, no obstante, desde aquel encuentro,

y deploraba haberse ausentado del pueblecito lo-renés, y echaba de menos las verdes colinas, los viñedos, los muros blancos y los tejados rojos, las orillas del Mosela, en las que respiraba sin angustia y vivía sin ilusiones.

Su madre, al verla palidecer poco á poco y, como en otro tiempo, estar pensativa y triste, había dicho al viejo Hermann:

—París la mata..... En la primavera próxima la enviaremos otra vez á la aldea.

La primavera llegó, y Lía no estaba ya en casa de sus padres: se había rendido, rendido con la embriaguez de los que arriesgan su vida por demostrar que aman; había seguido á Miguel Berthier, que, ciego de amor, la robó, la llevó á otra casa, la hizo su querida, y tal vez entonces se dijera:

—¿Por qué no he de hacerla mi mujer?

Cuando el viejo Hermann recibió una carta en que Lía imploraba su perdón, dijo á su mujer:

—¡Oh Sara! Ya podemos vender este hotel y retirarnos. ¿Para qué ganar más dinero, si ya no tenemos hija?

—¿Y si Lía vuelve?—preguntó la madre.

—Si Lía vuelve.....—contestó el anciano dulcemente;—yo sé que hay padres que perdonan, y

otros que consienten en vivir deshonrados; pero, ya sabes, Sara, que soy un bestia, algo feroz tal vez, y no quiero volver á verla..... porque si la viese delante de mí, ¡palabra de honor! la mataría.....

—¿Pero sabes lo que te dices?—interrumpió la madre.—Si Lía volviese, tú la recibirías y serías dichoso.

Cuanto á Lía, después de haber escrito varias cartas que no obtuvieron respuesta, para consolarse, para sofocar sus remordimientos, para olvidar el hogar abandonado, tenía el amor de Miguel.

Al lado de éste la hermosa niña sentíase renacer y engrandecerse: quería que la educase, la instruyese, la enseñara todo lo que ella ignoraba.

—Será un poco largo—añadía;—pero ¡tenemos tanto tiempo delante de nosotros, viviendo juntos uno al lado de otro!

Y sin embargo, á medida que los años pasaban y la situación de Miguel se elevaba, Lía aceptó el papel obscuro de la mujer que se sacrifica y permanece en la sombra, sumisa, ignorada, como una esclava.

No quería nada de la vida de su amado, ni su nombre, ni su reputación; olvidaba sus ensueños de otras veces y hasta sus recuerdos como una

tentación que se combate; no pensaba en el porvenir, porque tenía plena confianza en Miguel, como en el honor más puro y fuerte.

Solía decirle:

—¡Nos amaremos toda la vida!

Y deseaba que él añadiese siempre:

—¡Y después de la vida!

—¡Y después de la vida!—respondía entonces sonriendo Miguel, añadiendo alguna vez:—¡La eternidad, querida Lía! Pero ¿no crees que eso pueda parecer un poco largo?

—¡Malo!—replicaba ella algo triste, aunque siempre confiada.

VI.

La mañana en que Miguel Berthier, elegido el día anterior, pensaba ir al campo con Lía, dirigióse los dos, antes de salir de París, á la casa de la avenida Trudaine; y Miguel, que tenía prisa por marchar, leyó rápidamente algunas cartas y miró al montón de tarjetas para él que estaban depositadas en el cuarto del portero.

Aquello era un concierto de felicitaciones, un desfile de pretendientes; reaparecían después de

muchos años viejos camaradas de colegio para escribir ¡Bravo! en un ángulo de la cartulina; personajes importantes le habían dejado sus tarjetas dobladas; antiguos amigos le felicitaban en forma no tan austera como la de los cumplidos semi-oficiales, y hasta varios le pedían ya un despacho de tabaco.....

—¡Cuántas tarjetas, Dios mío, cuántas tarjetas!—exclamaba Lía amontonándolas en una copa de porcelana del Japón.—¡Ay, Miguel! Espero que serás querido!

—Si la décima parte de esas felicitaciones fuese expresión de sinceridad—respondió Berthier—ya lo sería mucho. Vamos, vamos pronto, porque tengo miedo de los importunos, y milagro será que no encontremos dos ó tres subiendo la escalera.

Experimentó doble bienestar moral y físico al asomar la cabeza por la ventanilla del vagón, al sentir, cuando pasaba por la línea de fortificaciones, que iba á estar realmente libre por espacio de algunas horas. Después de la inmensa alegría del triunfo, el deleite de olvidar que había triunfado.

Pasaron en Raincy, casi desierto los días de trabajo, dulces horas de descanso, y la pobre Lía

experimentaba el placer sin límites de estar en libertad, fuera de su linda prisión del boulevard Clichy.

Marchaba alegre delante de Miguel, arrastrando por el camino su blanca enagua que recogía las pequeñas ramas caídas y tallos de hierba; algunas veces se volvía y contemplaba sonriendo á Berthier; el sol se filtraba por la sonrosada sombrilla que la muchacha hacía dar vueltas sobre su cabeza, como si sus rayos esplendentes quisieran besarla en la frente y teñirla de púrpura.

Corría, miraba las casas, las quintas, los bosquillos, y decía riendo con la ingenua jovialidad de una niña:

—¡Gallinas! ¡mira, gallinas! ¡Qué hermoso es todo esto! Y también hay pollos; ¿ves, Miguel? parecen lindas bolitas que andan.

Cuando pasaban por una calle umbrosa, él sacudía con su bastón las ramas de las acacias en flor, y ella levantaba la cabeza para recibir en el rostro la lluvia de aromas que caía.

Sentados luego muy juntos, cogidas las manos, bajo la influencia del bello sol de Mayo, aspirando el aire tibio y perfumado, Lía exclamaba gozosa:

—¡Qué dicha, Miguel, qué dicha! Te amo, y mi corazón sonrío de placer.

Por la tarde volvieron á subir en el vagón, tristes por volver á París, y apenas se habían instalado, cuando dos hombres, de aspecto de *bourgeois*, subieron al mismo coche y tomaron asiento al lado de Lía y Miguel.

A poco rato uno de aquellos viajeros pronunció el nombre de Berthier, y éste oprimió suavemente un pié de Lía para advertirla de que no se moviese.

—¿Luego habéis votado por él?—dijo el otro viajero.

—Sí.

—Pues yo no: he votado por Brot-Lechesne, que es uno de los nuestros, un hombre de casa abierta, un buen industrial, casado, padre de familia, respetable y respetado; mientras que esos leguleyos son como los periodistas: ¡no se sabe cómo viven! ¡siempre tienen algo de misterioso!

Miguel se preguntaba si aquellos hombres le habrían reconocido, y si debería en tal caso tomar parte en su conversacion; pero ni siquiera le habían mirado, y además, ¿qué podría hacer en presencia de Lía?

Una pregunta, sin embargo, le chocó poderosamente:

—¿Está casado Mr. Berthier?—dijo un viajero á otro.

—No.

—Pues ¿cómo vive?

—Muy honradamente. Quizás tenga en su vida íntima alguna *anécdota*; pero ¿quién no la tiene?

—Un hombre público no debe tenerla—replicó el severo elector de Brot-Lechesne.—Nosotros no estamos en igual caso, porque nuestra vida privada á nadie importa y podemos hacer lo que queramos; pero ¿aspiramos acaso á ser elegidos diputados?

El tono sentencioso de aquel hombre recordó á Miguel Berthier el consejo severo de Pedro Menard: miró instintivamente á Lía, y habríase podido ver, si la luz hubiese ayudado, que el rostro de la niña se cubría súbitamente de mortal palidez.

Al llegar á París, ella se cogió del brazo de Miguel con la energía que debe tener un hombre que se ahoga al agarrarse á un cable salvador, y le dijo en voz breve, ya fuera de la estación:

—¿Has oído lo que decían esos hombres?

—Sí.

—¿Te ha causado pena?

—No—respondió él con extraño acento.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Lía con voz de llanto.—¡Cuánto daño hacen los estúpidos sin saberlo!

—Es que los estúpidos, niña mía—contestó Miguel—constituyen el número y la fuerza, y conviene tal vez no despreciarlos.

Lía le miró bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¡Esa palabra es terrible! *Nada* oculta siempre algo triste. ¿Es que dejarás de amarme?

—¡Loca! ¡eres loca!—dijo Miguel.—Ya sabes nuestro convenio: ¡Siempre!

—¿Siempre?

—¡Y más allá todavía!

La muchacha lanzó un grito de alegría, llena de confianza, y mientras ambos caminaban por las oscuras calles del *boulevard Clichy*, el nuevo diputado comparaba las advertencias de Menard con las frases de los dos desconocidos, y deducía que la razón y la necesidad estaban en ellos demostrando que aquella Lía á quien amaba podría ser obstáculo.....

—¿Un obstáculo?—murmuraba mirándola.

Y pensaba en que una débil criatura, una niña tan linda, tan dulce, tan buena, no podía ser ja-

más un obstáculo: cuando él quisiera desatarla, y pronto, la cadena de flores.....

—Lo cierto es—concluyó mentalmente—que la novela de mi juventud ha muerto, y nadie, nadie me impedirá ir por el camino recto á mis propósitos. ¡No, nadie!

Y maquinalmente oprimía con su brazo el lindo brazo casi desnudo de su querida.

Pero en su pensamiento resonaban sin cesar, como doble amenaza, dos voces distintas: la de Pedro Menard y la de aquel viajero que encontró por casualidad, aquel anónimo desaparecido entre la muchedumbre; y las dos voces le decían:

—¡Guárdate de los juicios de la multitud! ¡guárdate especialmente si la has pedido sus favores!

Como el día anterior se había hastiado de la lucha, Miguel se había cansado del reposo, del idilio perfumado y dulce que desapareció de la mañana á la noche; y al regresar á París y aspirar su atmósfera saturada de acres olores, de excitación á la lucha, como el soldado que oye los sonidos del clarín del combate, decíase en voz baja: «¡A las armas! ¡á las armas!»

—Adiós—dijo á Lía dejándola en el vestíbulo de la casa del boulevard Clichy.

—¿Me dejas sola?

—Sí. Desde mañana, tú lo sabes, la vida vuelve á recobrar sus exigencias. Ya te lo he dicho repetidas veces, querida niña; no me pertenezco.

—Es verdad—contestó Lía—y no me pertenezco más, bien lo adivino..... Vamos, tú, á tu vida, á tu trabajo; yo, á mi rincón, á mi rinconcito..... Pero cuando busques su consuelo, ya sabes dónde le hallarás, Miguel, porque te guardo un corazón que es todo tuyo..... el de una mujer que morirá el día en que no la ames.

—¡Morir!—se dijo Berthier al entrar en su casa de la avenida Trudaine.—¡Bah, bah! se puede vivir de amor..... alguna vez; pero morir, ¡jamás!

VII.

Miguel Berthier, en los días que siguieron á su triunfo electoral, fué el *lion* de París.

Los fotógrafos solicitaban del diputado el favor de una visita, cinco minutos de su tiempo, «un relámpago, un segundo, lo puramente necesario para sacar un nuevo *cliché*», porque «América (de-

cían) nos pedirá retratos por gruesas»; un *reporter* había ido á la casa de la avenida Trudaine para contar los volúmenes que tenía la biblioteca de Berthier, y recogió del suelo un pedazo de papel arrugado para dar en su periódico el facsímile de un autógrafo del personaje en boga; biógrafos entraron allí de varias clases, desde el que desea obtener detalles precisos, auténticos é inéditos, hasta el que, después de tomar los apuntes, pedía prestados en guisa de epílogo veinte francos.

Las invitaciones caían como lluvia en la casa, y el nuevo diputado no podía dar un paso, entrar en un teatro, pasear por el Bosque, etc., sin que los cronistas de la grande y pequeña prensa periódica señalasen su presencia en todas las partes donde se encontraba, y también en las que no había puesto los pies.

—En lo sucesivo—le dijo un día Pedro Menard—vais á vivir en una casa de cristal.

Miguel conocía perfectamente que Menard decía la verdad cuando el viejo republicano, austero y altivo, le aconsejaba que cumpliese sus deberes para con la mujer que en la vida pública de un hombre de Estado podía ser un peligro.

Encontrábase Berthier delante de este rudo problema: ó su querida era indigna de él, y enton-

ces debía abandonarla sin vacilar, ó merecía toda su estimación, como ya tenía su cariño, y en tal caso debía casarse con ella.

—Sí, casarme con Lía—se repetía Berthier.

Esta última solución la consideraba como franca y sencilla, aunque hasta entonces no se había presentado seriamente al examen de Miguel; porque la verdad es que él no acarició jamás, antes de ser elegido, ni la idea del matrimonio ni el propósito de la separación: se dejaba vivir como se dejaba amar.

—¡Bah!—concluyó por decir.—Ya veremos más adelante.

Acordóse también de que una noche, en momentos de vaga tristeza, como preguntase á Lía que á dónde les conduciría su amor, ella le respondió:

—¿Qué importa eso, Miguel? Nos ha conducido, por de pronto, á donde estamos, es decir, á la alegría para mí, que no vivo sino para amarte.... Dejemos deslizarse los días, sin querer indagar el porvenir. Somos jóvenes, y me amarás mientras no tenga arrugas, ¿no es verdad? Pues bien; me amarás siempre, porque espero morir antes de tener un cabello blanco. ¡Eso es!

Miguel, por último, se decidió á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL

5
"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

lución del problema íntimo de su vida á la clase de las que entre los prácticos alemanes se llaman *cantidades despreciables.....*

Y en seguida se dedicó afanosamente, con áspera voluntad de acción, á preparar su campaña política en la legislatura que debía comenzar á principios de Noviembre.

¡Ah! quería presentar á la Cámara, en una serie de hechos agrupados no sin violencia, el cuadro general del rebajamiento interior y exterior del país bajo el régimen personal: el asunto era muy vasto, y podía suministrarle un *maiden spech*, como dicen los ingleses, un discurso magistral y brillante.

Los amigos de Pedro Menard hablaban de antemano del próximo *debut* parlamentario de Miguel, un *debut* enérgico, viril, audacísimo, entusiasta; y en el gabinete del nuevo diputado, en una mesa colocada cerca de la mesa del despacho, estaban amontonados muchos folletos multicolores, que contenían todo lo que se había publicado en Francia y en el extranjero acerca de las grandes cuestiones de Alemania, de Méjico, de la expedición á China, del régimen dictatorial.....

Lefa, estudiaba, tomaba notas; engolfábase en aquella oleada de folletos, en aquel piélagos de pa-

peles, documentos acusadores, noticias y cifras estadísticas que le producían vértigos.

—¡Qué hermoso ensueño!—solía exclamar.—
¡Defender la libertad y salvar á la patria!

Su cabeza ardía; creeríase que iba á estallar.

Disfrutaba alguna vez de grato esparcimiento, en dulce coloquio con la pobre Lía, que le hallaba sobreexcitado, nervioso, ardiente, y le decía:

—¡Oh Miguel! ¿qué necesidad tienes de trabajar con tanto ahinco, tú que eres elocuente, que sabes encontrar súbitamente la palabra que encanta á una mujer y el apóstrofe que arrastra á las masas populares?

Una mañana halló entre su correspondencia un pedazo de cartulina que, bajo un grabado arcaico muy bello, tenía escritas estas palabras: *Banquete de los Doce*.

—¡Pues no me acordaba de eso!—exclamó Berthier leyendo la inscripción.

Era uno de esos banquetes periódicos en donde se reúnen y fraternizan políticos y bolsistas, literatos y pintores, aristócratas y hombres del pueblo, y que reemplazan perfectamente á los salones en que no se logra entrar y al *foyer* cerrado para unos y abandonado por otros.

—El *Banquete de los Doce*.....

—Pues claro: es el último miércoles del mes—
dijo Lía—y hoy es miércoles.

Y arrollaba con sus lindos dedos el pedazo de
cartulina.

—¿Irás, Miguel?

—¡Dios me libre!

—Pues mal hecho: eso te distraería, y además,
á los postres, apuesto á que se te dedica un *toast*.....

Ya me contarás todo.

—¿Un *toast*?

—¿Por qué no?

Miguel pensaba en que, después de los halagos
de la popularidad, no le desagradaría recibir los
homenajes de sus compañeros de juventud.

—¿Irás?

—Iré.

—Pues no me llames egoísta si luego tomo
para mí todo ese tiempo que ahora doy á tus
amigos.

VIII.

Lo que más lisonjeaba á Berthier, mientras se
dirigía á casa de Brébant, era la seguridad de en-
contrar en ella uno de sus condiscípulos, Gontran

de Vergennes, á quien amaba mucho, y solamente
le veía en el *Banquete de los Doce*.

Había otros comensales interesantes con Ber-
thier, que era el hombre político; Emilio Meyer,
pintor, premio de Roma, un israelita célebre por
las numerosas pinturas murales que había hecho
en iglesias católicas; Pablo Vignerón, pintor de gé-
nero, que ganaba un año con otro más de ochenta
mil francos pintando figurillas en traje español
ó italiano, ó bien al *dernier chic* parisiense y á la
moda turca; el músico era un alsaciano, Limman-
sohn, que representaba la nueva música, tenía mu-
chas obras inéditas, y manejaba la férula de la crí-
tica en un periódico importante, en el cual había
dicho que «Rossini hubiera hecho mejor en pasar
la vida hilando macarrones», y que Mozart sólo ha-
bía dejado á la posteridad una obra importante: el
Don Juan; seguían el periodista Olivier Renaud,
el doctor Gerveix, el banquero Verneuil, el poeta
Jorge Sariolis, Carlos Dumas, Carlos Vargnier.....

Entre todos ellos, Gontran de Vergennes era
el más íntimo de Miguel Berthier: hombre de
sociedad y de conversación delicada, rico en
otro tiempo, había gastado la mayor parte de
su fortuna en lejanas expediciones, viajando por
placer y por el ansia de lo desconocido, unas ve-

ces por el polo Norte y otras en busca de las fuentes del Nilo; encantaba á los comensales del *Banquete de los Doce* con sus relatos, fieles como la verdad y fantásticos como el sueño.

Era lo contrario de Luis Dalerac, á quien sólo se oían algunas frases, y frases hechas, insulsas, manoseadas, como las monedas que han circulado mucho; abogado por oficio, apretado en su corbata negra, con aspecto de comparsa en todos los duelos oficiales, aparecía siempre dispuesto á todo; en una misma tarde, por ejemplo, visitaba á cualquier ministro y al jefe de la oposición, y se inclinaba ante los dos enemigos encarnizados con la misma docilidad y la misma sonrisa complaciente.

Los invitados estaban ya á la mesa, después de la hora previamente señalada, cuando Miguel Berthier llegó; un camarero abrió las dos hojas de la puerta del salón ante el nuevo diputado, y al punto resonó un clamor estruendoso, alegre, seguido de exclamaciones y aplausos:

—¡ Es él!

—¡ Aquí está el elegido!

—¡ Hurra por Berthier, representante del pueblo!

—¡ Viva *Su Inviolabilidad* Miguel Berthier!

—Querido amigo—dijo Gontran de Vergennes, mostrando á Berthier el sillón de honor desocupado—he aquí tu puesto; esta noche el *Banquete de los Doce* ratifica la elección del sufragio universal, y yo te cedo mis derechos á la campanilla. En la Cámara serás presidido por Mr. Schneider; pero aquí ¡mil diablos! aquí nos presidirás tú.

—No, no—contestó Miguel alegremente—que estoy muy satisfecho con ser presidido. ¿La campanilla? Hombre, no la cedas, porque es casi un cetro.

—Fuera modestia, que suele ser antifaz de una ambición desmedida—gritó Gontran riendo—y á la mesa, caballeros, que tenemos hambre.

—«¡ Hemos estado á punto de desfallecer!» como dijo Luis XIV—añadió el periodista Renaud—y lo cierto es que, á semejanza del Rey-Sol, nuestro apetito es espantosamente real.

—Por mi parte —dijo Dalerac, inclinándose ante Berthier—hubiera esperado gustoso más tiempo.

Fué preciso que Miguel aceptase la presidencia.

La mesa tenía el aspecto agradable y aperitivo que se observa en casa de Brebant: frutas de vivos colores, copas de fino cristal sobre mantel

blanquísimo, un magnífico centro que representaba la Fama y ostentaba en la banderita de su trompeta el nombre de Berthier, dos canastillas de lozanas flores; un buen golpe de vista, en suma, como decía el *maitre d'hôtel*.

Á los postres, el primer *toast* fué en honor de Miguel, y éste respondió con una improvisación brillantísima en la forma de conversación íntima, verdadera obra maestra de oratoria que encantó á los compañeros.

Dalerac tuvo, desgraciadamente, la pésima idea de pronunciar otro discurso, mientras se tomaba el café, sobre las «Condiciones de una buena organización del sufragio universal en los pueblos libres y en los que no lo son.»

—¿Pero esto es una conferencia?—gritó uno.

—¡Es deplorable!—exclamó el periodista.—

¡Ahoguemos en kumel esta semblanza de provincias! ¡Pronto, pronto!

—¡Aquí hay kumel—añadió otro;—pero no calumniéis á las provincias!

Pero Dalerac continuaba impasible su discurso; era como un chorro de agua fría, un chorro continuo, y se tomó el partido de dejarle hablar y escucharse, mientras el músico Limmansohn preludia en el piano una pieza inédita.

—¡Apuesto á que es de Auber lo que tocas!—dijo alguien con ironía.

—¿Auber? ¡quita allá! No me acuerdo nunca de tal zárzuelista. Ya conoces mis dioses: Wagner y Berlioz.

—¡Oh, Wagner! Es todavía un musiquillo....

Gontran se había levantado, y apartándose con Berthier á una ventana abierta, fumando un habano, comenzó á hablar al diputado de la situación que le creaba la lucha en que había vencido.

Miguel se impresionó al conocer las observaciones y los consejos de Gontran, que coincidían con los de Pedro Menard; el hombre de mundo, escéptico y alegre, y el antiguo representante del pueblo coincidían sin conocerse, en la manera de apreciar los deberes sociales.

—Es un hecho curioso—dijo Miguel á Gontran, después de haberle manifestado la opinión de Menard.

—Es que—respondió Vergennes sonriendo—sólo hay una manera de apreciar bien esa cuestión: ¡la buena!

18.

Miguel miraba al *boulevard* henchido de transeuntes, la carretera surcada por carruajes, las tiendas brillantes, los kioscos iluminados, semejantes á enormes linternas chinas; y encima de todo aquel ruido, de aquella confusión, veía á las estrellas que centelleaban en un cielo azul blanquecino.

—Has llegado, como yo, amigo mío—añadió Gontran—al punto final del camino; ha sonado la hora de pararte y crearte un hogar.

—¿Tú? ¿tú te casas?

—Dentro de dos meses: eres la primera persona á quien se lo anuncio. Me casaré en Poitou con una muchacha muy buena, muy inteligente, ni demasiado linda ni fea, piadosa sin ser devota, que no se burlará de mis dolores reumáticos si me los envían las noches que he dormido en la arena del desierto, lo que es probable, y que me ayudará á educar bien á mis hijos si los tuviere....

—¡Adiós viajes, Gontran!

—Dalos por concluidos: estoy cansado, muy cansado.... He visto muchas cosas, muchas, y he

aprendido que nada vale tanto en este mundo como las colinas de Bellevue y los bosques de Viroflay. Eso es lo que realmente enseñan los viajes: á amar con vivo ardor á nuestro país, como las queridas nos impulsan á apreciar debidamente á la mujer propia.... Pero dime, Berthier—añadió Gontran tirando su cigarro—¿qué piensas hacer esta noche?

—Ya lo ves; hemos comido juntos.

—Bien. ¿Y después?

—Iré sosegadamente á mi casa, abriré un libro....

—¿A esta hora? ¿si no son las diez? Has venido de corbata blanca, como yo; permíteme que no te deje.

—¿A dónde iremos?

—A casa de una mujer adorable, querido mío, la Baronesa de Rives, que ofrece un té á algunos amigos íntimos y arde en deseos de conocerte.... Sí, sí, á tí, á tí mismo.... Te diré: la Baronesa es una de esas mujeres que gozan hasta el delirio cuando logran poner en su álbum el retrato de una celebridad.... con una dedicatoria autógrafa.

—Pues la enviaré el retrato con la firma.

—¡Esas cosas tienen inmenso precio cuando las da la misma persona, el héroe! Conque ¿vienes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque la Baronesa, á quien conozco perfectamente por su reputación, pasa por ser una de esas mujeres que me parecen detestables: ¡una mujer política! ¡una gran señora que hace las famas de la tribuna parlamentaria, como otras fabrican en sus salones las famas literarias y académicas! ¡Bah! ella es la *Madame de Warms* de los Pitt y los Chatam en agraz.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pues sencillamente, hombres á quien ha querido seducir.

—¿Y que tal vez han resistido? ¡Malaventurados! La Baronesa de Rives es adorable. ¿Ves, Miguel, cómo se pierde el buen gusto en nuestra Francia?

—No es eso; lo que se pierde ó transforma, por lo menos, es la honradez.

Gontran se echó á reír.

—Pero ¿dónde diablos—dijo—has visto que haya ahí la menor cuestión de honradez? Si no fueses mi más íntimo amigo, te diría que el puritanismo, cuando se lleva á la exageración, ni vale ni prueba nada. ¿Qué serían las convicciones que flaqueasen con la sonrisa de una mujer hermosa?

¿qué sería la vida siuviésemos que alejarnos de una recepción como la de la Baronesa, con el pretexto de que la gracia de la acogida no se acomodaría con las leyes de Dracón? Yo que he vivido, viviré y moriré en el amor absoluto de la libertad y del odio á todos los despotismos, ¿entiendes? yo te respondo de que no hay mujer alguna en el mundo que me haga cambiar de opinión ó desviarme un solo paso de mi derrotero. Lo que prueba, mi buen Miguel, que mi virtud es una buena muchacha, pero también, lo digo sin vanidad, una honrada mujer.

—Es verdad—respondió Berthier, seducido por franqueza tan gallarda.

Y añadió alegremente:

—Al hecho: Atenas bien vale Esparta.

—Conclusión—replicó Gontran de Vergennes:

—voy á Atenas, y tú me acompañas.

—¡Un momento, diablo! También se me ha dicho que la de Rives era familiar de Compiègne.....

—Si va á Compiègne para divertirse, ¿la juzgarás por ello criminal?..... Porque parece que allí se divierten..... Pero se te ha engañado, porque la Baronesa no ha puesto los pies en el palacio imperial. No podría ponerlos sin su marido, y su marido..... ¡Ah, su marido!.....

—¿Qué? ¿está separada?

—De hecho, sí; legalmente, no. Es una loca de mucho talento, y según creo, de mucho corazón, que ha tenido la franqueza, no amando á su marido, de declarárselo.

—Y de probárselo, cuentan por ahí..... ó de probárselo á otros.....

—¡No sé nada de eso! Ya sabes que vengo del Congo, y la calumnia mundana todavía no ha pasado por allí.....

—¿Luego crees sinceramente que se ha calumniado á la Baronesa?

—Sinceramente. Pero, ven acá; ¿sabes tú cuál es mi *credo* absoluto? pues yo creo que no se debe creer en nada.

—Y su marido, ¿en qué cree?

—¡Véte á preguntárselo á él! Vive en provincia, en Berry, y nuestro amigo Varognier debe conocerle. Es hombre honradísimo, y se lisonjea de impulsar la agricultura por la vía del progreso; ha dejado el sol parisiense á su mujer, y él ha aceptado ó buscado la sombra de provincias. ¡Lleva quizás allí el luto de su amor!

—¡ Como Mr. de Montespán!

Y Gontran, cogiendo del brazo á su amigo y empujándole hacia la puerta, le dijo riendo:

—Ven, ven, triunfador; ven á ganar otros laureos y en uno de los más amables salones de París. Voy á hacer que conozcas á una mujer lindísima y á presentarle á ella lo que se llama «un hombre del día.»

—Sea. Pero dime: dentro de dos meses, cuando estés casado, ¿la presentarás tu mujer?

—¿Yo? ¿pues no te he dicho que pienso en vivir lejos de aquí, en Poitou? ¡Un lindo pueblo, diantre! Las mañanas y tardes de verano, un paisaje de Corot. Visitaremos al alcalde, al juez de paz, al notario, que está traduciendo las *Odas* de Horacio..... en versos alejandrinos..... Y ¡cuánto gozaremos con invitar á esas buenas gentes á jugar al dominó en nuestro viejo castillo!

Esta manera de responder, no contestando á lo que le preguntaba, excitó vivamente á Miguel, en vez de hacerle retroceder: deseaba ya ver de cerca á la Baronesa de Rives.

Por culto que fuese, por elegante que pudiera parecer, Berthier no ignoraba que existía más alto que él un mundo desconocido, un mundo cerrado al que con su renombre de orador republicano debía parecer algo muy temible, un poco salvaje, y no le desagradaba la idea de presentarse ante ese mundo y mirarle cara á cara.

Tampoco ignoraba, como había dicho á Gontran, que la Baronesa había atraído, según se murmuraba, al partido cuyo ideal extraño encarnaba un ideal todo concupiscencia, lujo, fiebre, á más de un hombre independiente y de talento: tal escritor de áticas crueldades, por ejemplo, cuyos artículos herían y entristecían al César, había dejado enmohecer sus flechas desde que fué presentado á la Rives, hasta parecer que ya no las arrojaba de punta, sino que acariciaba con la pluma á los que antes hería con el hierro.

—Vamos á casa de la Baronesa—dijo resueltamente.—¡Hasta mañana los asuntos serios!

Gontran miró por la ventana hacia el boulevard.

—Mi cochero está ahí—respondió.—En diez minutos nos llevará al boulevard Malesherbes.

—¿Boulevard Malesherbes?—repitió Dalerac aproximándose rápidamente á Gontran.—Apuesto á que vais á casa de la señora Baronesa de Rives.

—¿Pero todavía estáis ahí?—replicó Gontran.—¿Habéis acabado ya vuestro discurso?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Para rogaros que me presentéis, querido Vizconde—contestó Dalerac.—¡Ardo en deseos de ver de cerca á mujer tan distinguida!

Gontran vacilaba.

—No temáis nada—añadió Dalerac—porque tengo guantes nuevos y traigo en el bolsillo mi corbata blanca.

Y sacó de un papel satinado su corbata de batista, cuidadosamente plegada en cuatro dobles.

—¡Dejadle ponerse la corbata!—dijo Miguel riendo.—¡Excelente! un segundo debutante en la misma noche.

—Venid, pues, Dalerac—dijo Gontran riendo también.—Precisamente mi berlina tiene bigotera.

X.

La Baronesa de Rives habitaba en el boulevard Haussmann, cerca de la Capilla Expiatoria, un amplio cuarto de primer piso, que había hecho amueblar en poco tiempo con mucho dinero y con esa *vanalidad* que caracteriza á los interiores sin carácter de nuestra época, menos suntuosos que las elegancias afeminadas del siglo XVIII, la severidad del reinado de Luis XIII y la exquisita gracia del Renacimiento.

La casa Bourtibourg y Compañía se había encargado de amueblar la magnífica habitación de la Baronesa, ni más ni menos que si se tratase de una sencilla *anónima*....

—En todos estos cuartos se encuentran siempre los mismos objetos—decía Gontran por el camino á Miguel;—y si se da carta blanca á los tapiceros y adornistas, no se podrá entrar en una casa sin encontrar allí un salón encarnado, una araña de cristal, los mismos jarrones de China y del Japón, los mismos barro cocidos de Carpeaux.... ¡Ah! te abandono el mobiliario de la Baronesa; pero ella, ella es una mujer adorable, muy parisien-se, muy práctica, muy astuta..... ¿Sabes cómo ha pagado la factura del tapicero?

—No.

Dalerac escuchaba atentamente, aparentando no oír lo que Gontran decía.

—Pues sencillamente haciendo dar la cruz de la Legión de honor á M. Bourtibourg, y transformando al mismo M. Bourtibourg, hoy retirado de los negocios industriales, en candidato á la diputación; y como él es rico, y *representa*, según se dice por ahí, le ha recomendado al Ministro de lo Interior, quien le ha recomendado al prefecto de Melun, quien le ha recomendado á los alcaldes,

guardas de campo y paisanos pudientes; y he aquí que Enrique Bourtibourg, antiguo tapicero, es hoy diputado—de la derecha, por supuesto—como tú eres representante del pueblo en la izquierda, lado del corazón..... Así, amigo mío, se fabrica un legislador y se paga al mismo tiempo la factura de un fabricante de butacas.

—Pues digo francamente que tu Baronesa de Rives.....—empezó á decir Miguel.

—Mi Baronesa de Rives—interrumpió Gontran—es una mujer de la época: parisiense por la gracia, americana por el método, capaz de escribir un billete como Madame Sevigné, y de dar quince y raya como calculista al matemático Barème.

—Me hablas de una dama del gran mundo como si hablases de una actriz de los Bufos..... ¿No es difícil, por lo tanto, hacerse amar de la Baronesa?

Dalerac aguardaba la respuesta con evidente curiosidad.

—¿Hacerse amar de la Baronesa?—contestó Gontran.—¡Difícilísimo! Creo firmemente que no ama á nadie, ni ha amado.

—¿Luego es un monstruo?

—¡Es tal vez un ángel!

—No comprendo una palabra—dijo Berthier sonriendo.—Eres demasiado parisiense para mí!

—Es que yo no la comprendo más que tú—replicó Gontran.—Es una curiosa, una mujer que se fastidia..... ¡Ah! ; cuando una mujer de su temple se fastidia!..... Pues bien; sobre ese fondo de carácter, pinta á tu gusto las excentricidades que te dicte la fantasía, y tal vez podrás entonces definir á la Baronesa. Ten entendido que su salón es de los más agradables de París, y que ella tiene verdaderos cortesanos: yo la he visto una noche rodeada de un presidente de República sudamericana, un cardenal, el jefe de los fenianos irlandeses, un ministro en ejercicio y tres ministros futuros, media docena de excelentísimos señores, pintores de renombre, miembros del Instituto, hombres de ciencia, cronistas de periódicos..... ¡Bah! te presento, amigo mío, en el salón de la Recamier.....

Al bajar del carruaje á la puerta de la casa de la Baronesa, Miguel parecía vacilar; pero Gontran le dijo:

—Vamos, Espartaco, déjate halagar por la tentación.

Y los tres subieron la escalera, alfombrada con rico tapiz.

—¿También esto se lo ha dado el diputado Bourtibourg?—preguntó Miguel con acento de burla.

—¿Y qué te importa esto?—contestó Gontran.

—Lo importante es—añadió Dalerac, que hundía sus pies en la alfombra—que el tapiz sea bueno.

XI.

Miguel Berthier, cuando entró en el salón de la Baronesa, experimentó la misma sensación que había manifestado Dalerac; las alfombras que holaba con sus plantas le parecían singularmente mullidas; sentíase transportado á una atmósfera nueva saturada de tenue perfume de heliotropo, que revelaba á la mujer antes de verla.

La Baronesa estaba medio tendida en un sillón bajo, de ancho respaldo, y á su lado se veía á un hombre gordo, de edad madura, colorado, ancho de hombros, con una cinta roja en el ojal del frac y con patillas bien recortadas y muy negras para que no hubiesen sido teñidas.

Levantóse la Baronesa cuando fueron anunciados el Vizconde y sus dos amigos, y Gontran hizo la presentación de éstos, demostrando en su acento

que Miguel era el verdadero presentado y que Dalerac entraba en el salón á manera de comparsa.

Miguel examinó rápidamente á la mujer que tenía ante su vista, sonriendo con extraña sonrisa, una sonrisa encantadora que la hacia levantar un poco el lado izquierdo del labio superior, dando más seducción, más picaresca gracia á aquella elegante fisonomía de joven rubia, esbelta, de airoso talle y lindos contornos: su cutis era admirable; sus dientes brillantísimos; su mano pura como un bello mármol clásico; todo su conjunto representaba el completo desarrollo de la mujer hermosa, de veintiocho á treinta años.

Vestía un traje de crespón de China, azul pálido, guarnecido de encajes blancos y lazos de azul más claro, que dibujaba provocativamente la esbeltez del cuerpo; en el ángulo de su corpiño, y sobre la gasa que mal encubría un pecho blanquísimos, juvenil, ostentaba una rosa natural; sus hombros desnudos parecían escaparse de un cuello de cisne, con suaves ondulaciones; su garganta surgía pura, sin adorno, elegante, incitando á besarla, del abierto escote; sus largos pendientes de diamantes y turquesas caían á los lados de las mejillas, delicadamente contorneadas.

Miguel se sintió fascinado por el conjunto de

aquella fisonomía, que hacía soñar, y encontró realmente encantadora á la linda Baronesa, al ser acogido por ella de la manera más amable, con ademanes y movimientos flexibles y seductores.

Sentáronse, y ella se reclinó en un sillón delante de Berthier; y mientras éste admiraba las líneas y los contornos deliciosamente demarcados de aquella hermosa mujer, y llegaban á sus oídos, á través de los portiers medio levantados, los acordes de un piano, ella exclamó riéndose, y como si hablase con alguien que estaba en otro salón y á quien no se veía:

—¿Habéis concluido de descifrar el *Chilperic*, Nadeja?

—Es su hermano Tancredo quien la incita á eso—dijo entonces el hombre gordo.

—¡Ah, mi querido Bourtibourg!—dijo la Baronesa con alguna ironía.—Tenéis dos hijos bien cumplidos.

—Sí, cada uno de ellos representa un millón que anda—replicó el padre, encantado de su obra.

Dalerac le contemplaba con respeto, y Gontrán, que cambió una mirada con la Baronesa, se mordía el labio para no reirse.

Esta se volvió entonces hacia Miguel y con sonrisa halagadora que descubrió sus dientes ad-

mirables, unidos y frescos como la nieve, le dijo:

—Hace mucho tiempo, caballero, que vuestra reputación me había dado el deseo de conoceros personalmente.

Berthier se inclinó y dijo:

—Esa especie de fama, señora, tiene tantos inconvenientes, que debe tener también sus compensaciones, y una de ellas es la simpatía desconocida que excita por nosotros en ciertos corazones, de la cual podemos felicitarnos pocas veces, porque desgraciadamente no la conocemos.

Estas frases de retórica enunciaban alguna vanidad que no podía ocultarse á una mujer como la Baronesa.

—El caballero Bourtibourg, diputado—dijo ésta presentando al hombre gordo y condecorado; — y puesto que ambos estáis destinados á encontraros en el Cuerpo Legislativo, y tal vez á combatir—añadió con su dulce sonrisa—estoy encantada de hacer el duelo menos terrible. Espero, señores, que os acordaréis, en los arrebatos de la lucha, de que antes os habéis saludado por vez primera en mi casa.

—Yo conocía de nombre á este caballero—dijo entonces Berthier; —porque os habéis presentado contra uno de mis amigos: Savignotte.

—¿Savignotte? ¡Ah, pobre diablo!—dijo Bourtibourg riendo á carcajadas por el estilo de un comisionista.—¡Le he hundido, aplastado! Pero entre Savignotte, un publicista, según él se titula, y yo, los electores no podían vacilar.

—Pues han vacilado mucho—dijo Miguel—y vuestra victoria es más completa por haber sido más disputada.

—Gracias al Gobierno—dijo riendo la Baronesa al ver el gesto de Bourtibourg.

—¡El Gobierno, el Gobierno! ¡Buenas cosas ha hecho allí el Gobierno, Baronesa!

—¡Oh, oh, Bourtibourg! No seáis ingrato: sin el ministro, sin el prefecto y sin mí....

—¡Eso es!—interrumpió el hombre gordo con mal humor—decidle á Mr. Berthier que mi elección merece anularse, y como diputado de oposición me tomará por cabeza de turco en los debates de actas.

—No, querido colega—contestó Berthier con acento ligeramente burlón—lo que se dice ante mí en casa de la Sra. Baronesa de Rives, es sagrado como una confidencia.

—Estoy encantada de ver que no me había engañado—murmuró la Baronesa.

—¿Engañado, señora? ¿por qué?

—Sí; porque yo sostenía que no erais tal como se me decía, un exagerado, un botafuego, un iconoclasta.....

—¿De veras? ¿quién os había dicho todo eso? Por mi honor os juro, señora, que no he llevado la cabeza de la Marquesa de Lamballe clavada en el hierro de una lanza.

La conversación se mantuvo largo rato con generalidades, cuando un criado, apartando el portier, anunció al Conde y á la Srta. de Morangis.

—¡Diablo!—dijo Gontran al oído de Miguel—ya puedes decir que tienes suerte; vas á ver á la niña más linda de París.

XII.

Levantóse la Baronesa, tendió su mano al Conde de Morangis, quien con la gracia de un cumplido caballero á la antigua usanza, se la besó galantemente.

Era Francisco de Morangis hombre de cincuenta años, alto, de fisonomía franca y demostrando altivez; par de Francia en el reinado de Luis Felipe, y par de Francia en la oposición; miembro del Instituto y legitimista acérrimo bajo el Imperio,

y se consolaba de las decepciones de la política con trabajos literarios que le habían valido una plaza de número en la Academia de Ciencias morales y políticas.

Era célebre especialmente por su obra *La Vida conventual en la Edad Media*, en la que había expuesto eruditamente los progresos que la civilización debe á esos monjes desconocidos que, buscando en el claustro un refugio contra las brutalidades de la fuerza, salvaron las letras y las artes en aquella época de guerra y exterminio; si bien el autor se olvidó en absoluto de enumerar todo lo que el pudor monacal ha destruído, averiado, devastado en manuscritos y obras antiguas.

Un lazo bastante estrecho unía á Mr. Morangis con la Baronesa: ésta era prima suya, una prima lejana que en otro tiempo fué su prometida, y á quien sinceramente había amado, procurando luego olvidar con los años aquel amor, para permanecer fiel á la memoria de la mujer que le había hecho padre de Paulina.

Esta era la niña de quien Gontran había dicho á Miguel, al oído; ¡«Vas á ver la muchacha más bella de París.»

Cuando ella entró en el salón, del brazo de su padre, delicadamente vestida con traje blanco

adornado de guirnaldas de rosas de matices pálidos, y una flor en sus cabellos castaños, con el rostro serio, sus ojos de azul obscuro sombreados por largas pestañas negras; cuando inclinó con expresión adorable al beso de la Baronesa de Rives su tersa frente, de una pureza grave que parecía ligera sombra de algún dolor prematuro, entonces sintióse Miguel impresionado con honda admiración, como delante de una estatua griega.

La mirada de la señorita de Morangis se encontró casualmente con la de Berthier, y fueron los ojos del hombre los que primero se bajaron; no porque hubiera en los de la niña algo de provocador ó atrevido, sino porque su misma tristeza y la penetrante luz que irradiaban les hacía parecerse á los de un juez.

—¡Cuán bella sois, querida Paulina!— exclamó la de Rives, después de haber contemplado á la señorita de Morangis.

Miguel Bethier estaba fascinado en la contemplación de las dos mujeres, tan diferentes y tan hermosas: la muchacha que permanecía seria y grave, como si la vida la hubiese hecho tropezar desde el primer paso, y la mujer que conservaba todavía, natural ó fingida, su sonrisa feliz y triunfante.

—¡Adorables las dos! pero ¿cuál es más bella?

Y él se contestaba á esta pregunta, imaginándose un duelo de pasión en que cada una de ellas, la Baronesa y la niña, sería llamada á tomar parte, y preguntándose luego á qué lado se inclinaría la victoria.

Cuando miraba á Paulina, á sus ojos azules y límpidos, su belleza de Diana impecable, se decía: «¡Triunfará!»; pero en seguida examinaba á la Baronesa, su sonrisa enigmática, su irresistible atractivo de cómica que ocultaba tanto encanto, y se respondía: «¡No, ésta será la vencedora!»

La impetuosa entrada de los dos hijos de Monsieur Bourtibourg cortó las reflexiones de Miguel: la señorita Nadeja, que había descifrado el final de *Chilpéric*, al oír la voz de Paulina, su compañera de convento, corrió al salón, seguida de su hermano Tancredo, pequeño, sonrosado, rubio, con mucha pomada en el pelo, el chaleco excesivamente escotado y una flor en el ojal primero de la solapa del frac; Nadeja tenía diez y nueve años y Tancredo veinticuatro. ¡Eran dos muñecos de alfeñique!

—¡Paulina!—gritó Nadeja, abrazando á la señorita de Morangis.—¡Qué contenta estoy de verte!..... Pero deja que te mire: ¡qué lujo! ¿te has hecho coqueta?

—No—contestó Paulina.

—Pues ¿quién te ha decidido á ponerte un poco á la moda, á tí que jamás te has ocupado en trapillos y blondas?

—¿Quién? nadie.

—¡Nadie, nadie! ¿Y Mr. de Morangis?

—Habéis adivinado, señorita—dijo Mr. de Morangis;— Paulina se ha engalanado por mí. Es menester agradecer á su padre, ¿no es cierto?

—Cierto, cierto—contestó Mr. de Bourtibourg.

—Ya lo oyes, Nadeja: he ahí el deber de una hija bien educada.

Mas la señorita de Morangis, al poco tiempo de haberse sentado, levantóse súbitamente y pidió permiso á la Baronesa para retirarse.

—Pero, Paulina—dijo la de Rives—aparecéis y desaparecéis en seguida..... Ayudadme siquiera á servir el té.

Paulina se excusó con gracia, diciendo que estaba fatigada y que era necesario presentarse, aunque sólo fuera durante cinco minutos, en casa de Madame de Pojenval, una amiga íntima que marchaba á Trouville; y el tono, aunque discreto, de las pocas frases que añadió Mr. de Morangis á la excusa de su hija, hizo creer á Miguel Berthier que se trataba quizá de algún proyecto de casamiento....

¡Qué idea! ¡No sabía él un cuarto de hora antes si Paulina existía!

La Baronesa besó á la joven y dijo:

—Os perdono, hija mía;—y dirigiéndose á Mr. de Morangis, añadió:—aunque Paulina habla sinceramente, es uno de esos ángeles á quien se debe pedir perdón.

A estas palabras—y Miguel lo notó—el semblante de Mr. de Morangis palideció intensamente; el Conde intentó sonreír y dar gracias, mas sólo se dibujó en sus labios una expresión de tristeza; parecía que su prima le había tocado en una herida secreta y mal cicatrizada.

—¿Qué será esto?—pensó Berthier.

Paulina saludó á la Baronesa, besó á la señorita de Bourtibourg, é inclinóse con gracia, dirigiendo una mirada circular, ante las demás personas que había en el salón.

Cuando hubo desaparecido como un ensueño de la fantasía, Miguel pudo oír que Gontran y Dalezac exclamaban á la vez:

—¡Adorable!

—¡Oh! mi prima es encantadora—dijo la Baronesa—y más rica que si fuese horriblemente fea. ¡Uno de los más buenos partidos que conozco!

—En efecto—dijo Bourtibourg, como hombre que intentaba hacer un negocio;— el Conde de Morangis debe tener muy regular fortuna.

—Cinco millones..... tal vez seis.....

—¿Y la señorita Paulina es hija única?

—Única.

La mirada de Bourtibourg buscó la de su hijo Tancredo, como para indicar al joven la pista que debía seguir.

—Y con esa fortuna—añadió la Baronesa— Mr. de Morangis es bien desventurado..... ¿Por qué? porque esa niña tiene horror al mundo, verdadero disgusto, y quiere sencillamente..... entrar en un convento.

—¿En un convento?

—Sí; es vocación decidida: mi pobre Paulina quiere ser monja.

—¡Pero todo eso es una novela!—dijo sonriendo Miguel Berthier, más asombrado que aparentaba estarlo.

¡Ah! ¡cómo se había borrado en su pensamiento el dulce perfil de Lia, perdido en una especie de penumbra, al lado de aquellas dos mujeres, la Baronesa, de sonrisa irresistible, y la bella y poética Paulina!

—¡Bah!—dijo riendo la de Rives.—La melan-

colia de Paulina sólo durará algún tiempo: hasta el día en que encuentre al hombre que deba amar. Después, nada de nieblas; ¡el sol espléndido! ¡Ah, señores! ¡qué hermosa misión para vosotros! ¡Quitar esa muchacha al convento y hacer latir de ventura su noble corazón! Los antiguos paladines no hubieran vacilado, prestando juramento de conquistar esa niña.

—Tanto más—añadió Gontran—cuanto que al cabo de la empresa están la manzana de oro y el tesoro encantado. ¡Cinco millones!

—¡Lo que es eso, no se encuentra á cada paso ni bajo la herradura de un caballo!—dijo Bourtibourg.—Mi hija y mi hijo sólo representan dos millones, y ya valen la pena.

Un criado llevó una mesita de té, con pastas y emparedados en bellos platos de Sevres que ostentaban el escudo de armas de la Baronesa.

Ésta sirvió el té, mientras Nadeja presentaba las pastas azucaradas con una dulce sonrisa; y cuando la Baronesa llegó á Miguel, ofreciéndole una taza, miróle con su enigmática sonrisa, acariciadora y agresiva.

Berthier sintió por vez primera la influencia poderosa, dominante del ojo azulado de aquella mujer, al mirarla entonces erguida delante de él,

como con su mirada, hubiera querido desafiarle, seducirle, adivinarle.

Miguel se estremeció, y la Baronesa tuvo entonces en sus labios y en sus pupilas un doble relámpago de triunfo.

¡Sentíase interiormente dominadora!

Desde el primer momento había clavado la llama de su mirada, como puñal agudísimo, en el corazón del joven diputado.

XIII.

Al poco rato la Baronesa, que había salido un momento, reapareció en el salón, llevando entre sus manos un lindo tintero, una pluma de oro y un cuadernito azul con cantos dorados.

—¡Bravo, Baronesa!—gritó Gontran entonces, en viendo el cuaderno.—El elegido de París está obligado á hacer paladinamente su profesión de fe.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Miguel, que no comprendía.

—Después del suplicio del *Album*—dijo la Baronesa de Rives sonriendo con deliciosa malicia—no conozco otro tan desagradable como el del *Libro de las confesiones*.....

Miguel adivinó que se trataba de un autógrafo. ¡Estaba acostumbrado!

—He aquí de lo que se trata—dijo la Baronesa á Miguel:—es menester contestar á las preguntas escritas en este cuaderno, y contestar francamente..... Ya veréis que en mi *Libro Azul* hay personas muy notables que no han vacilado en consignar sus secretos: seguid ese ejemplo, Mr. Berthier; abí tenéis pluma, tintero y una mesa..... Os damos cinco minutos para vuestra confesión.

Miguel hojeó maquinalmente el *Libro Azul*, no sólo para buscar respuestas gratas, sino para conocer las que sus predecesores habían escrito; y obedeciendo á la regla general, envolvióse en su propia austeridad, dejando adivinar lo cierto á través de este manto.

—Veamos—dijo la curiosa Baronesa cuando el diputado acabó de escribir.

Y tomó el cuaderno, acercóse á la chimenea, y á la luz de las lámparas, mientras Berthier, un poco pálido, miraba los dibujos de la alfombra, leyó en alta voz lo siguiente:

«—¿Cuál es vuestra virtud predilecta?—La fidelidad.

»—¿Cuál es vuestra cualidad favorita en el hombre?—La caballerosidad.

como con su mirada, hubiera querido desafiarle, seducirle, adivinarle.

Miguel se estremeció, y la Baronesa tuvo entonces en sus labios y en sus pupilas un doble relámpago de triunfo.

¡Sentíase interiormente dominadora!

Desde el primer momento había clavado la llama de su mirada, como puñal agudísimo, en el corazón del joven diputado.

XIII.

Al poco rato la Baronesa, que había salido un momento, reapareció en el salón, llevando entre sus manos un lindo tintero, una pluma de oro y un cuadernito azul con cantos dorados.

—¡Bravo, Baronesa!—gritó Gontran entonces, en viendo el cuaderno.—El elegido de París está obligado á hacer paladinamente su profesión de fe.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Miguel, que no comprendía.

—Después del suplicio del *Album*—dijo la Baronesa de Rives sonriendo con deliciosa malicia—no conozco otro tan desagradable como el del *Libro de las confesiones*.....

Miguel adivinó que se trataba de un autógrafo. ¡Estaba acostumbrado!

—He aquí de lo que se trata—dijo la Baronesa á Miguel:—es menester contestar á las preguntas escritas en este cuaderno, y contestar francamente..... Ya veréis que en mi *Libro Azul* hay personas muy notables que no han vacilado en consignar sus secretos: seguid ese ejemplo, Mr. Berthier; abí tenéis pluma, tintero y una mesa..... Os damos cinco minutos para vuestra confesión.

Miguel hojeó maquinalmente el *Libro Azul*, no sólo para buscar respuestas gratas, sino para conocer las que sus predecesores habían escrito; y obedeciendo á la regla general, envolvióse en su propia austeridad, dejando adivinar lo cierto á través de este manto.

—Veamos—dijo la curiosa Baronesa cuando el diputado acabó de escribir.

Y tomó el cuaderno, acercóse á la chimenea, y á la luz de las lámparas, mientras Berthier, un poco pálido, miraba los dibujos de la alfombra, leyó en alta voz lo siguiente:

«—¿Cuál es vuestra virtud predilecta?—La fidelidad.

»—¿Cuál es vuestra cualidad favorita en el hombre?—La caballerosidad.

»—*¿Y en la mujer?*—La dulzura.»

La Baronesa hizo un mohín delicioso, algo burlón.

«—*¿Vuestra ocupación favorita?*—Trabajar, estudiar.»

—Y hablar—murmuró Gontran.

«—*¿Y el rasgo principal de vuestro carácter?*—El deseo de ser amado.»

—Eso es muy lato, vanal—dijo la Baronesa.—Pero, en fin, hay aspiraciones más irrealizables.

«—*¿Y vuestro color y vuestra flor predilectos?*»

Miguel, después de mirar los colores del traje de la Baronesa, había escrito:—«El azul y la rosa.»

«—*Si no fueseis lo que sois, ¿quién quisierais ser?*—Mirabeau.»

—¡Lo esperaba!—exclamó la Baronesa.

«—*Dónde preferís vivir?*—Aquí.»

—¡También lo esperaba—dijo la de Rives.

«—*¿Cuáles son vuestros héroes favoritos en la novela?*—Julián Sorel y Rastignac.»

—¡Ah! ¡bah!—murmuró la lectora.—Sin embargo, los dos son egoístas y fríos.

—Pero lograron sus deseos—pensó Berthier.

«—*¿Y vuestras heroínas en la historia y en la novela?*—Carlota Corday y la Duquesa de Langeais.»

—No está mal—dijo la de Rives.

—Olvida á Isabel la tendera—murmuró Tancredo por lo bajo al oído de Gontran.

—Y María Antonieta—dijo la señorita Nadeja, que era desde hacía poco tiempo, y sólo por seguir la moda, devota de la reina guillotizada.

La Baronesa leyó rápidamente otras preguntas y respuestas, y al terminar la lectura exclamó:

—¡Bravo, Mr. Berthier! Si hubieseis fijado está confesión en las esquinas de París, habríais sido nombrado diputado sólo por las respuestas.

—Un poco puritano el buen Berthier—murmuró dulcemente Dalerac al oído del joven Tancredo.

—Y vos, Dalerac—replicó Gontran, que había oído la frase anterior—sois un verdadero amigo suyo.

—La franqueza ante todo, querido Vizconde.

—Pues guardaos, caballero—añadió la Baronesa.—Este pequeño *Libro Azul* ha sobrevivido á muchas crisis y visto muchas transformaciones humanas. Lo que aquí se escribe es indeleble. ¡Quién sabe si os arrepentiréis algún día de haber gastado en él algunas gotas de tinta!

—¡Jamás!—exclamó Berthier con firmeza.

XIV.

Cuando los tres amigos hubieron salido de casa de la Baronesa, el tribuno parecía dispuesto á no volver á poner los pies en aquella morada.

—Pero ¿por qué?—le preguntó Gontran, después de marcharse Dalerac.—Has tenido allí un éxito inmenso; como te le deseo en la Cámara. ¿Te fastidia la familia Bourtibourg, porque éste es diputado ministerial? Pues ese respetable tapicero, tu adversario, te dará su hija cuando quieras. ¡Te ha saludado con una majestad!..... Tus respuestas del *Libro Azul* le han dejado estupefacto. Y observa, Miguel, que Nadeja es linda y tendrá *un millón* de dote..... y á excepción de su manía por coleccionar retratos de María Antonieta y objetos que pertenecieron á la Reina (sencillo modo de imitar á la Emperatriz), esa linda muchacha, bastante *cocodette*, no es más imbécil ni más mundana que las nueve décimas partes del total de mujeres de este tiempo.

—No se trata de eso—respondió Miguel.—No

volveré á casa de la Baronesa..... porque la Baronesa no me agrada..... ¡Tiene una sonrisa que ataca á los nervios!

—¡Ah, ya! pues, chico, la hermosa Francina de Rives ha producido en tu ánimo indeleble impresión.....

—¿Cómo? ¿se llama Francina?

—¿Lo ves? Si así no fuera, ¿te inquietarías por saber su nombre? ¡Y apuesto á que te parece lindísimo, adorable, encantador!

—Calla, que no pienso en la Baronesa.

—¿En la señorita de Morangis?

—¿Y por qué he de pensar en esa niña?

—Porque es arrebatadora..... Además, ¡la empresa de salvarla de la frialdad del claustro!.....

—Sálvala tú.

—Yo soy demasiado alegre.

—Y ella está demasiado triste..... En conclusión, Gontran, tú sabes que no puedo casarme.

—¿Cómo?

—¡Lía!—exclamó Berthier, revelando en un solo nombre el secreto de su vida.

—¿Lía? Pensaba en que eso había concluído hace rato—dijo Gontran, no sin algo de asombro.—Pero ¿no ha concluído?

—No.

—Pues dura demasiado..... para un amor que no debe durar siempre.

—¡Quizá! Mas cuando ese amor tiene en el corazón hondas raíces.....

—Se ahonda más el agujero y se hace mayor esfuerzo para arrancarlas..... Ya te contaré algún día cómo se hace eso.

Los dos amigos se separaron. Gontran se dirigió hacia la calle de Aumale, donde vivía, y Miguel marchó por la de Douai, entonces casi desierta, para entrar en su domicilio de la avenida Trudaine.

El diputado estaba febril y sentía palpar con violencia sus arterias en las sienes y en las muñecas.

—¡Si yo tuviese el valor necesario para imponer al mundo á Lía, mi felicidad estaría ahí! ¡No hay mujer más adorable que esa niña!

Y pensando en esto, en vez de llamar en la puerta de su casa, torció su camino y se dirigió hacia el boulevard Clichy, murmurando estas palabras:

—La pediré, como otras veces, el descanso en el amor; la suplicaré que calme aún más las angustias con sus besos. ¡Querida amada mía, tú sola eres el ángel custodio de mi corazón conturbado! ¡Lía, Lía, Lía!

Y enviaba apasionados besos al recuerdo de la hermosa judía, como á un fantasma adorado.

XV.

Lía estaba en el lecho, con un libro en las manos, leyendo: acariciábala el tenue resplandor de una bujía, y su perfil se dibujaba sobre los almohadones en que ella hundía suavemente sus desnudos hombros.

Miguel la consideró como cien veces más bella que Paulina de Morangis y cien veces más seductora que la extraña Baronesa de Rives.

—Buenos días, Lía—dijo Berthier, acercándose á ella con los brazos abiertos.

Lía se arrojó en ellos, le besó, le preguntó, le contempló con ardiente entusiasmo.

—¿Cómo, caballero? ¿venís con traje negro y corbata blanca? ¿Todavía un sarao?

—¿Qué te importa saber de dónde vengo? Mi alegría está aquí, aquí sólo, en este saloncito.

Y observó entonces que aquel saloncito era azul como el salón entapizado de satén en casa de la Baronesa de Rives, aunque no tenía su lujo exuberante.

—Pero ¿quién me dará—se decía interiormente Miguel—el valor necesario para quedar aquí siempre, siempre?....

Y contemplando á Lía, que se hubo rendido á su amor sin contar con nadie, decíase también que la pobre niña era tan digna de respeto, tan honrada, por lo menos, como Paulina de Morangis, que tenía el disgusto de la vida y la locura del claustro, y como la Baronesa de Rives, separada de su marido engañado, que lloraba tal vez su existencia olvidada en el fondo del Berri.

Mas al punto la realidad se levantaba enfrente de él, fría, punzante; un matrimonio con la pobre niña, hija de un judío que tenía en el barrio latino un hotel de dudosa clase, sería explotado por sus enemigos, que comentarían maliciosamente la noticia.

¡Vaya un legislador, el que arreglaba de tal modo sus asuntos íntimos antes de ocuparse en los asuntos públicos! Esta manera de legitimar el pasado, ¿no podía tomar las proporciones de un escándalo?

—Pero ¿á qué pensar en esto?—se dijo Miguel.

—¡Ya veremos mañana!

¡Mañana! ¡Así se dejan pasar los días y los años!

Á la mañana siguiente, cuando Lía sacaba su

cabecita de linda avecilla por entre las blancas sábanas, y echaba hacia atrás sus cabellos rizados que le caían sobre la frente, Miguel la comparó con la Baronesa de Rives, irónicamente elegante, y después con la grave, altiva y simpática á pesar de todo, Paulina de Morangis....

Berthier era uno de esos hombres á quien suele invadir súbitamente una tristeza irresistible, nerviosa, llena de amargura, cuando detienen su pensamiento en una idea cruel.

Lía, que conocía demasiado á su amante para no adivinar que algún negro pensamiento cruzaba por su espíritu, le dijo:

—¡Estás sombrío! mírame.... ¡Ah! no eres el mismo. ¿Qué tienes, Miguel?

—Nada.

Lía, creyendo todavía en su poder, comprendió que era necesario arrancar la tristeza de aquel espíritu inquieto.

—¡Todavía—dijo—no soy feal!

Y desapareció en seguida, para volver poco después transformada.

—Si ya no me amas—le dijo entonces sonriendo—¿aquí tienes otra mujer.

Lía se había puesto un vaporoso traje de africana: un largo peinador blanco que modelaba su

cuerpo, y cuya abertura dejaba percibir la piel nacarada del pecho y la garganta, en la cual brillaba un collar de cuentas de oro.

Su belleza resplandecía de un modo extraño; sus ojos negros eran más vívidos, y sus blancos dientes más brilladores.

Miguel la miró, comparándola todavía con Paulina y la Baronesa, y besándola en la frente, la dijo con una sonrisa que ella jamás le había visto:

— ¡Tú eres siempre la más bella!

Y en seguida se excusó de tener que marchar.

— ¿No almorzarás conmigo? — le preguntó Lía.

— No: se me espera.

Lía observó una dureza no acostumbrada, y replicóle:

— Me burlaba hace poco, Miguel; pero ahora tengo miedo de decir verdad: ¡no me amas!

— ¿Estás loca?

— Ó lo que es igual para mí: vas á dejar de amarme..... No, no; yo estoy loca, tienes razón..... Me amarás siempre como yo te amo. Parte, amado mío, y no te inquietes por mí; pero, yo te lo ruego, ¡sé bueno y concédeme las migajas de tu tiempo!..... ¡esas migajas que hacen mi ventura!

Miguel salió, y Lía se puso á la ventana para

verle marchar; mas la pobre niña, cuando aun estaba Miguel al alcance de su vista, sintió que sus grandes ojos negros se llenaban de lágrimas.

XVI.

Gontran habia adivinado la verdad: era evidente que el recuerdo de Francina de Rives absorbía profundamente á Berthier; y este hombre, poco habituado á las refinadas seducciones de ciertas mujeres, aunque al principio intentó rebelarse contra la especie de poder magnético irritante de la Baronesa, concluyó por someterse á él con abandono, con verdadera voluptuosidad.

Aguijoneado por la necesidad de confianzas que experimenta el alma en algunas ocasiones, hablaba con deleite de aquella mujer; habló de ella hasta al austero Pedro Menard, que le dijo francamente :

— ¿La de Rives? no hay mujer más conocida; ella es la que ha convertido á la causa del Imperio al polemista del *Correo del Domingo*, Berger-De-lanoue.

— Pero ¿tan consagrada está á la dinastía?

— Es mujer muy peligrosa — añadió Menard; — eso es todo lo que sé.

— No es suficiente — pensó Miguel.

Y desde aquel día empezó á adquirir los informes que pudo suministrarle, acerca de Francina, la chismografía parisiense, informes casi vanales.

Era hija del Marqués de Rouone, rey del *turf* en la época de Luis Felipe, y arruinado luego por especulaciones desventuradas, y casóse por obedecer á su padre, con el baron de Rives, elegante, erudito, espiritual, que adoraba á su mujer y la ocultaba como avaro que guarda un tesoro.

Mas ella había soñado con el matrimonio una vida activa de placeres y de fiestas, ricas *toilettes*, palco en la Ópera, y las recepciones en la corte la sedujeron más que el marido; y éste, adivinando que su amor no bastaba á su mujer, se decidió á formar parte, no obstante su repugnancia, de la corte que venciera despues del golpe de Estado; Francina hizo brillante entrada en el mundo oficial; en las Tullerías y en el Hotel de Ville logró los mayores éxitos de la vanidad, todos los triunfos de la mujer.....

¿Y después? Después la tentaron todos los frutos prohibidos, todos los caminos peligrosos; tenía

sed de las locuras de la pasión, y más allá de la realidad que encontraba, entreveía fiebres, delirios insensatos, no los delirios del paraíso perdido, sino los del paraíso que pierde.

Y desde entonces Francina había vivido rodeada de admiradores, festejaba, aceptada por la sociedad más aristocrática del Imperio, ejerciendo su influencia en las más altas esferas, unas veces atacada y otras defendida.

Miguel supo todo esto casi al mismo tiempo, y Francina así presentada (¡se miente tanto en París!) le parecía más mujer, y por consiguiente más accesible á sus miradas, tal vez también á sus esperanzas.

Y después de haber jurado no volver á casa de la Baronesa, fué poco á poco el huésped más asiduo de los salones de Francina de Rives, quien lo recibía tan pronto con marcada preferencia y halagadora sonrisa, como con la frialdad y cortesanía exquisita que ella tenía para Luis Dalerac ó Tancredo Bourtibourg.

Miguel salía algunas veces del salón de la Baronesa diciéndose que esta mujer merecía sin duda todo lo que la maledicencia la otorgaba; y luego, á la mañana siguiente, Francina tenía ante sus ojos el aspecto de un ángel, y se revolvió con trans-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

portes furiosos contra esa cosa infame que se llama calumnia.

El deber se levantaba de cuando en cuando delante de él bajo múltiples formas, ocupándole su tiempo, su libertad, su aislamiento.

Los electores de la circunscripción que derrotaron á Brot-Lechesne organizaron cierta noche, en honor del candidato victorioso, un banquete intervenido por la policía, en una sala de baile del boulevard exterior, y el cual era presidido por un orador popular muy aplaudido, tenedor de libros de la casa Bourtibourg.

Lía quiso acompañar á Miguel hasta la sala del banquete, y le dijo:

—Tan pocas veces estamos juntos, que será una felicidad para mí dar algunos pasos contigo. Es ya de noche, y noche muy obscura. ¿Quién te ha de ver?

Miguel consintió, y los dos fueron juntos hasta la puerta de la sala del banquete, preparado en un anexo al establecimiento de un almacenista de vinos, boulevard de la Chapelle.

Lía balbuceaba frases incoherentes, como si hubiese querido hacer á Miguel algunas confidencias que no se atrevía á formular por completo; y Miguel, preocupado con el banquete y con el dis-

curso que iba á pronunciar ante sus electores, no prestaba atención á las frases reprimidas de Lía.

La idea de que Berthier amase á otra mujer no pasó un momento por el pensamiento de la pobre muchacha: estaba segura del cariño de aquel hombre, y no era celosa.....

Pero su corazón latía con fuerza. ¡Qué sorpresa! ¡qué emoción! ¡qué alegría! Ella caminaba del brazo de Miguel, oprimiéndole con estremecimientos llenos de caricias, mirándole con sus dulces ojos de gacela, espiando el momento favorable para comunicarle el dulcísimo secreto que llenaba su alma de una alegría inesperada, arrebatadora, inmensa.

¡Si Miguel la hubiese comprendido con media palabra!..... Pero entonces el pensamiento del joven estaba muy lejos de Lía; conocíalo así ésta; lo veía claramente en la fisonomía extraña del joven.

—Esperemos—se dijo mordiéndose el labio inferior.—¿Qué importa? siempre será una felicidad decirselo!

A la entrada de la sala del banquete, Lía le dijo al oído:

—Vamos, hasta ahora..... No me olvides, y esta noche, cuando vayas á mi casa, te daré una buena noticia.....

—¿Qué?

—No quiero decírtelo ahora.

—Pero ¿qué te sucede?—insistió Miguel.

—Un secreto, es un secreto: lo conocerás luego y serás dichoso, Miguel. Entra, entra ahí..... Hasta luego..... ¿no faltarás?

Los dedos de Lía oprimieron la mano de Miguel; mas éste no se tomó el trabajo de adivinar lo que constituía aquel secreto de su querida.

Miguel se adelantó hacia la sala del banquete, y al aparecer delante de los doscientos ó trescientos convidados que la llenaban, fué aclamado con vivo entusiasmo.

Lía le vió desaparecer en aquel recinto, tal vez asustada de que corriese allí algún peligro.

XVII.

La mesa del banquete estaba dispuesta en forma de herradura, y en el centro había tres puestos de honor reservados: uno para el presidente Favrejolles, otro para Pedro Menard y el tercero para Miguel Berthier.

El joven tribuno comparaba aquella sala de paredes desnudas de todo decorado, y aquella larga

mesa de pino cubierta con blanco mantel que exhalaba aún olor á jabón, con la sala del restaurant del *Banquete de los Doce* y con el *boudoir* y el salón azul de la Baronesa; y sentíase más á su gusto en aquella reunión varonil y franca, entre obreros de hermosas cabezas, de expresión enérgica, que habían reunido á escote el importe del banquete que le ofrecían, y que le contemplaban á la luz de los mecheros de gas con el sincero embeleso de las almas cándidas, infantiles.

El banquete, inaugurado con breve discurso del presidente, fué ruidoso, ardiente: habíase colocado delante de Miguel un ramo enorme de flores tricolores, en cuyo centro azul capullos de *no me olvides* forman estas dos letras: R. F.; y Miguel, que miraba aquellas letras con la preocupación del orador que busca *efectos* de elocuencia, como el pintor busca efectos de color, se decía alegremente:

—¡Bien, bien! esas flores servirán para mi peroración.

Y así fué: aquellas flores dieron motivo para un nuevo triunfo al retórico, inspirado por el encuentro de una imagen, como un poeta de la palabra.

Desde que Miguel comenzó á hablar, su auditorio fué conquistado, arrebatado en alas de tanta elocuencia; y cuando todos los convidados le acla-

maban con ovación inmensa, él tomó el ramo de flores, contempló las dos letras que formaban las azules *no me olvides*, y gritó con el acento declamatorio pero conmovedor de Lamennais en las *Palabras de un creyente*:

«—Pobre ramo, ¿quién eres?

»— Soy un ramo de flores que te recuerda tu deber de no olvidar jamás á la República.

»—¿Olvidarte yo? ¿pensáis en eso, hermosas florecillas azules de los verjeles de Francia?»

Y continuando así, casi lírico, como si recitase un poema, dió á su discurso el sabor de un trozo de literatura y el acento arrebatador de una oda. Conocía perfectamente el instinto artístico del pueblo de París, y á ese instinto se dirigía.

Y saludando luego á la aurora de la libertad naciente, exclamó con voz enérgica:

—Estas flores se marchitarán..... pero lo que durará eternamente es mi reconocimiento y mi adhesión á vosotros que me habéis elegido, y á la libertad que todos queremos dar á Francia.

Mas aun no se habían acabado los bravos frenéticos en que prorrumpió el auditorio con las últimas frases de Miguel, cuando en el fondo de la sala se levantó un hombre de pálido rostro, muy delgado, con barba y cabellos rojos, mirada casi

exaltada; una especie de Cristo trágico, cuyo enérgico y huesudo rostro salía por encima de un gabán negro, raído y abotonado sobre el pecho.

Este hombre exclamó con acento de resolución enérgica:

—La igualdad y la dicha de todos, ciudadano Berthier, es lo que esperamos de vos, y no de los caciques y los *viejos barbas* de la democracia.

Los convidados se asombraron al principio de la audacia de aquel desconocido que usaba de la palabra después de haber hablado Berthier; mas pronto sintieron un movimiento de simpatía hacia aquel hombre, pálida encarnación del sufrimiento, que les impresionaba profundamente á todos, como si fuese una reivindicación viviente.

—Un millón de personas— continuó el viejo orador— dispone aún de lo que pertenece á más de veinte millones de semejantes suyos, de sus iguales. ¡Que desaparezcan de una vez estas irritantes distinciones! ¡Que no haya entre los hombres otras diferencias que las de la edad y el sexo! ¿No se contentan todos con un mismo sol, una misma atmósfera? Pues ¿por qué no ha de bastar para cada uno la misma cantidad y calidad de alimentos y la misma educación, como tienen las mismas necesidades?

Y aplaudido, aclamado, aquel hombre continuaba lívido, resuelto, impasible, con la mirada fija y sonriente á la vez, como un mártir que se mantiene en pie ante el furor de los verdugos.

Miguel sentíase asombrado: su ideal, la libertad, ¿conducía acaso hasta la quimérica perspectiva del comunismo? Lo que él juzgaba que era sublime, convertíase en grosera satisfacción de apetitos; lo que detestaba en el cesarismo encontrábalo allí, en los que le habían elegido; él hablaba al corazón, y se le aplaudía, y aquel hombre hablaba al vientre, y también era aplaudido.

Miguel tuvo escalofríos, como la zozobra de un porvenir muy lúgubre; estaba con miedo, mientras los comensales, electrizados, pedían á voz en grito el nombre del que les había hablado; y el pálido orador, frío, convencido, respondía con voz estridente:

—¿Qué os importa mi nombre? Me llamo Juan Levabre; pero mi verdadero nombre, cuando hablo así, es: *El Pueblo ó El Pobre*.

Pedro Menard fué el que contestó á este orador convencido y víctima de la injuria: apóstol de la idea, opuso á la teoría de la igualdad la religión del deber, y mostró á las generaciones pasadas inmolándose por encontrar la libertad para las gene-

raciones futuras, y procuró hacer comprender á las rudas inteligencias de sus oyentes que el fin de un hombre libre es preferible á la igualdad engañadora que los césares, como los utopistas, hacen resplandecer delante de las masas ignaras.

Había tal convicción en las palabras de Pedro Menard, que los convidados sintieron una reacción súbita en favor de aquel grito de una conciencia sin mancha; y los aplausos demostraron que el antiguo compañero de Vicente Berthier había sabido tocar al auditorio en buen sitio, en el lado del corazón.

El banquete concluía con este inesperado triunfo, y Miguel, que añadió aún algunas frases á manera de epílogo, abrazó al presidente en representación de todos los concurrentes, y se alejó del brazo de Menard entre nuevos aplausos del auditorio.

—¡Viva Berthier!—decían aquellos hombres.

—¡Viva Menard! ¡viva la República!

—¡Viva la Humanidad!—gritó entonces el comunista Juan Levabre, que seguía con su mirada tenaz á Berthier, fijando en él sus ojos ardientes.

XVIII.

Miguel tenía prisa por estar fuera de aquel sitio, y sufría una irritación nerviosa desde que Juan Levabre había sido aplaudido.

—Tenemos razón para atacar el despotismo— dijo á Pedro Menard;—pero los soldados de que disponemos para tomar la fortaleza son acaso terribles.

—Pero nosotros debemos ir á la cabeza por el camino derecho, y no seguirles.

—¿Y lo que dijo Ledru-Rollin? «Es menester que les siga, por lo mismo que los mando.»

—Tontería, querido Miguel: una frase de ingenio que causa extrañeza oír en labios de un hombre de corazón. Lo menester es no seguir nunca un movimiento que se desaprueba, porque seríamos brutalmente atropellados y pisoteados por las turbas: ¡y esto es justicia!

Separáronse después de estas frases de Menard.

Aun tenía Miguel en la mano algunas flores del ramo del banquete, y las aspiraba maquinalmente, siguiendo el camino de la habitación de la Baronesa.

¿Por qué iba allí antes que á casa de Lía?

Parecíale que acababa de asistir á un trágico espectáculo, y la figura pálida de Juan Levabre le perseguía como visión cruel; por eso tenía necesidad, después de aquella aparición, de la sonrisa enigmática y tentadora, pero adorable, de la Baronesa.

En el momento de llamar á la puerta, ésta se abrió para salir el Conde de Morangis y su hija Paulina, que se asemejaba en algo á la estatua de la belleza, honrada y grave, y con un doté de cinco millones.....

Quitóse Miguel lentamente el sombrero y miróla con la expresión de un respeto entusiasta que hizo brillar sus ojos de azul pálido; y ella, ruborizándose débilmente, respondió á aquella mirada con una muy profunda que produjo en Berthier el desvanecimiento que se experimenta cuando se levanta el telon de un teatro y nos deja ver una decoración brillantísima.

¡Qué maravilloso lenguaje el de los ojos!

Y Miguel permaneció allí algunos momentos, mirando por el hueco de la escalera á aquel hombre y á su hija, y escuchando con deleite el rumor que producían las faldas de Paulina arrastrándose por los alfombrados peldaños.

—¡Bah!—pensó Miguel.—Casarse con ella valdría más que amarla.....

Entonces pensó de pronto en Lía, en el amor de su vida; y la pobre Lía volvió á ser para Miguel Berthier un obstáculo, una cadena, y ¡cuán duramente sentía entonces el peso de tal amor!

—¡Bah!—murmuró;—olvidemos eso..... ¡todo se olvida al lado de la Baronesa!

Precisamente Francina estaba en uno de sus días de bondad, y recibió á Miguel con más amabilidad que otras veces; pero éste se sorprendió de encontrar allí á Dalerac, quien parecía haber avanzado mucho, gracias á sus madrigales, en la intimidad de la Baronesa.

Miguel sintió despecho al verle, una especie de mordedura, y preguntóse si aquel eterno cortesano de largos cabellos aplastados llevaría sus aspiraciones hasta amar á la Baronesa.

Y ¿por qué no? Dalerac era muy capaz de ambicionar tal apoyo; y cuanto á Francina, ¡hay mujeres tan caprichosas!

Miguel aprovechó un momento de conversación íntima para preguntar á la de Rives qué la decía Dalerac.

—¡Cómo! ¿eso os interesa?

—Mucho, señora.

—¿Sabéis, Berthier, que debéis ser absolutamente temible en amor?

—¿Por qué, señora?—dijo Miguel, sintiendo pasar por sus venas una llama.

—Porque si estáis ya tan inquieto en la amistad, Otello debería ser un bendito, comparado con vos, en asuntos de amor.

Dalerac habíase deslizado hasta el salón inmediato, donde Mr. Bourtibourg explicaba al abogado la manera de dar ciertos matices á las telas para forrar muebles..... Y la mayoría de los *habitués* al salón de la Baronesa formaba círculo alrededor de Nadeja, la linda *cocodette* que tenía un dote de millón.

—Yo espero—dijo de repente la Baronesa á Miguel, sin aparentar que daba importancia á sus palabras—que no estaréis tan celoso de vuestra querida..... ¡Se dice que es preciosa!

Miguel se puso atrozmente pálido: Francina jamás le había hablado de Lía, nunca había hecho alusión á aquel lazo de amor que Berthier consideraba como ignorado de casi todo el mundo. ¿Cómo lo sabía la Baronesa? ¿Con qué intención irónica evocaba ahora la imagen de otra mujer?

Y como él, estupefacto, no contestase, Francina añadió, dejando caer una á una sus palabras

con halagador acento, como cuando se vierte gota á gota un licor peligroso:

—Vamos, no disimuléis conmigo..... como con los otros..... Ya veis que no me preocupa lo que hacéis, y que lo sé todo, absolutamente todo.

Y sus ojos de fulgores azulados continuaban sonriendo.

¡Los otros! Había en estas dos palabras el misterio adorable de un secreto participado con ella y muy escondido: Miguel, fascinado, se decidió á confiar en aquella mujer que le pedía con dulce sonrisa el secreto de su vida, y habló de Lía sin nombrarla, y á medida que hablaba, en aquel salón elegante, y acariciado por la sonrisa tal vez un poco burlona de Francina, pensaba en que la pobre niña era indigna de ser comparada con la irresistible criatura cuyo perfumado aliento sentía caer tibio sobre la mano.

Y luego la Baronesa, que leía con terrible claridad, con intuición femenina, lo que pasaba en el espíritu de Miguel, no vaciló en burlarse con dulces precauciones y adorables perfidias de aquel amor oculto, humilde novela, vida de dos en que Berthier hubo encontrado la dicha y de la cual se sentía dispuesto á renegar bajo la mirada de Francina.

—Mr. Berthier—dijo ella después de corto silencio—á un hombre como vos no le conviene un amorcillo de estudiante, y creo firmemente que ninguna griseta ha influido para nada en la vida de Pitt ó de Roberto Peel. Que Mirabeau haya amado á Sofia, se comprende, porque aquel amor lleno de dolores exhala olor de rayo y rumor de tempestad; pero ¿concebís á Mirabeau amando á Bernerette, ó á lord Chatam subiendo á la tribuna del brazo con una aldeana de Mürger? Ciertas almas necesitan amores elevados y aventuras de gran resonancia, y esa..... muchacha..... por mucha que sea su abnegación, no creo que pueda comprenderos; y.....

—¿Y.....?—preguntó Miguel, que estaba trémulo, como suspendido de las palabras de la Baronesa.

—¡Y ayúdaros!

Y pronunció Francina estas dos palabras muy rápidamente, como si no les diese importancia alguna; pero hicieron estremecer á Miguel Berthier, quien veía en ellas un mundo de promesas.

Y como la Baronesa mirase á las flores que él apretaba maquinalmente entre los dedos, sin haber querido dejarlas, ó no habiendo pensado en

ello, cuando entró en el salón, díjole así, tocándolas con el abanico:

—¿Qué es esto?

—¿Esto?..... Los restos de un ramo que me han ofrecido mis electores.

—¡Ah, ya! ¿conque no solamente os dan palmas y laureles, sino también flores?..... ¿Y que vos conserváis para regalárselas á alguna persona querida?

—¿A quién?—exclamó Berthier, que sentía como un nudo en la garganta.

—¿A quién? pues sencillamente á la persona de quien hablábamos antes, y que vos amáis.....

—¿Yo?

—¿Por qué haber conservado en las manos, si no fuera por eso, unas flores que tiñen de verde vuestro guante?

Miguel sintió que palabras de amor le subían á los labios, y un leve temor, quizás el remordimiento, las detuvo: quedóse mudo, y sólo sus pupilas respondían.

—¿Queréis probarme—añadió Francina—que esas flores no son para..... *ella*? Pues dádmelas.

—¿A vos?

Y se las dió con un ademán de ardiente amor.

—En verdad—continuó la Baronesa, tomando

lentamente las flores—que el ramo de los correccionarios de Miguel Berthier debe asombrarse de estar en manos de la Baronesa de Rives. ¿Pero no os he dicho que éramos enemigos políticos?

Y su sonrisa se transformaba, cada vez más aguda, más irónica, casi terrible.

—Vamos, no quiero privaros por completo de estos pedazos de hierba..... ¡Partámoslos!

Llevóse las flores á la boca y las besó ampliamente, mordiéndolas y humedeciéndolas con sus labios; y luego, irguiéndose, deslizó la mitad en su corpiño y dejó caer la otra mitad en las manos abiertas de Miguel, que estaba á sus pies medio arrodillado.....

XIX.

Cuando intentaba, loco de alegría, estrecharla en sus brazos, entró bruscamente en el saloncito Gontran de Vergennes, seguido de los Bourti-bourg padre é hijo, mientras Nadeja permanecía en la antecámara escuchando á Dalerac que pronunciaba una frase latina..... para cumplimentar á la niña por el exquisito gusto de su *toilette*.

Miguel apenas tuvo tiempo de recobrar su

habitual aplomo y esconder entre sus guantes las florecillas, frescas todavía con el beso de Francina.

—¡Ah!—dijo la Baronesa al ver á los recién llegados.—¿Os habéis decidido ya á venir á mi lado? ¿Tan interesante ha sido vuestra conversación?

Gontran se inclinó y contestóla con irónica sonrisa:

—Perdonad, Baronesa; pero he estado escuchando á M. Bourtibourg, quien nos explicaba con mucha erudición misterios de tapicería.

—¡Historia antigua!—dijo Bourtibourg con la importancia de un hombre que lanza desde la cumbre de su fortuna miradas desdeñosas á su pasado.

—¡Ya!—exclamó la Baronesa.—¡Cómo que sois, Bourtibourg, un verdadero artista en vuestra clase!

—No soy; ¡era!.....—rectificó el ex tapicero con un acento que marcaba exactamente la seriedad de su papel de legislador y demostraba que el industrial ya no existía.

—Y yo creo, Baronesa—dijo Gontran—que vuestra conversación era interesante por otro concepto muy distinto.

—¡No lo niego!

—Ni yo os pediré, nada temáis, que os dignéis repetirme la última *palabra* de Miguel Berthier..... ¡No por cierto!..... No soy..... ¿cómo se llama ese nuevo oficio periodístico?..... ¡Ah, ya! No soy un *reporter*.

—¿Y por qué no lo habéis de pedir, querido amigo?—respondió Francina.—¡Dios mío! Hablábamos de cosas muy insustanciales, pero muy interesantes..... hablábamos de la nueva comedia que se representa en el Teatro Francés.

—¿Los *Falsos matrimonios*?

—¡Justamente! Y de las personas que entregan su vida á yugos que no se desatan.

Miguel estaba como sobre ascuas, pensando en que Francina fácilmente hubiera podido ocultar el objeto de su conversación con él que acababa de terminarse casi con un beso.....

Hallábase reciamente combatido entre el amor todavía poderoso que profesaba á Lía y su pasión irritante por la Baronesa, que poco á poco se convertía en agudísima dolencia.

Despidióse á poco rato, y cuando Francina intentó detenerle, tuvo deseos de contestar:

—Dejadme marchar hasta que pueda estar solo con vos en este salón.

Pero no necesitó decirlo tan claramente, porque ella le comprendió, y al estrecharle la mano con fuerza, le daba la más elocuente de las respuestas.

Cuando salía, oyó detrás leve ruido de pasos, y en seguida una voz que pronunciaba su nombre; volvió la cabeza y vió á Dalerac que le llamaba:

—Eh, querido amigo, ¿tenéis mucha prisa? Porque deseo hablaros.....

—¿A mí?

—Sí, á vos..... ¿Me permitís ser franco?

Miguel no ignoraba que se debe desconfiar de las gentes que ponen la franqueza en la primera línea de su programa.

—Sin duda alguna — contestó, mas colocado á la defensiva.

—Pues bien, caro amigo: ahora que sois..... ¡ya se puede decir!..... el semidiós del salón de la Baronesa.....

—¿El semidiós?

—¡El dios, el dios entero!—se apresuró á rectificar Dalerac.—Pues bien; ahora que estáis aquí en favor. ... ¡Ah! ¡eso está á la vista, es natural!..... Pues bien; sí, hacedme el favor de..... ¡no sé cómo explicarme!..... de..... ¿Pero no somos los dos abo-

gados?..... Pues bien; de apoyar mi causa cerca de la Baronesa.....

—¡Vuestra causa! ¿qué diablos queréis decir?

—Nada temáis, que no soy un rival: se trata de interesar á la Baronesa en un proyecto. Escuchadme: encuentro á la señorita Bourtiburg encantador, ¡encantadora de veras!..... Y como la Baronesa ejerce tanta influencia en Bourtibourg, podría decidirle.....

—¿A que os diera su hija, Dalerac?

—¿Qué se ha de hacer? Tengo anhelo de un hogar, de la dicha tranquila á la luz de la lámpara..... ¡El matrimonio, amigo mío, es el puerto de refugio!

Y Miguel, dulcificando su acento, respondió á Luis:

—Ya veré, ya veré; esperad; tened paciencia.

—Toda la que queráis, si consentís en ser mi protector: confío en vos. Pero ¿no es verdad, querido amigo, que la señorita Bourtibourg es encantadora?

—Y rica..... —añadió Miguel, quien se había mostrado con Dalerac más brusco y más seco que de costumbre, quizá por su deseo de poder analizar á su gusto todas las impresiones que en aquella noche había recibido.

El primer sentimiento que experimentó, hallándose ya solo, fué de alegría. ¿Francina le amaba? ¿era verdad? ¿era solamente posible? Y si no le amaba, ¿cómo había podido manifestarlo con tanta vehemencia en una mirada y en un beso?

Entonces Miguel acercó á sus labios las flores que ella había besado y mordido, y parecía que tenían más aroma porque las había tocado la boca de aquella mujer.

Entró en su casa y guardólas en el primer libro que encontró á mano, en un tratado que se titulaba *Esclavitud voluntaria*.

—Amante de la libertad—exclamó dirigiéndose á aquel autor.—¿No tienes quizá sonetos de amor?

Y luego pensó en lo que había dicho la Baronesa: Mirabeau necesitaba á Sofía; un tribuno, á una amante superior, un espíritu altivo, una mujer distinguida.

¿Y Lía?

Escondíase, desaparecía poco á poco, se desvanecía entre las nieblas de su alma la dulce figura de Lía Hermann.

Pero ¿por qué casualidad inevitable todas las personas que se acercaban á Miguel se encarnizaban contra ella? Los amigos del amante son siempre enemigos de la querida; más entonces no eran

únicamente sus compañeros los que le aconsejaban la ruptura con Lía: era Pedro Menard, en nombre del estricto deber; Gontran de Vergennes, en nombre de la sociedad; Francina de Rives, en nombre del mismo amor y de la aristocracia en el amor.

Lo absoluto y lo relativo se unían para rechazar á Lía, y la pobre niña tal vez esperaba en su casita á Berthier, mientras Berthier ya pensaba en otra.....

A la mañana siguiente, por costumbre, Miguel se dirigió al *boulevard* Clichy, y encontró á Lía triste, pálida, como fatigada.

Preguntóla con un tono que se parecía más á cortesanía que á cariño:

—¿Qué tienes?

—¿Qué tengo?—respondió Lía.— Te dije ayer que mi secreto me abrasaba los labios, y no te has apresurado á preguntarme cuál es mi secreto..... No, no has venido, y toda la noche he estado temblando de miedo, y temía una desgracia, porque la puerta de aquella sala de figón tenía algo de horrible.... y volví allá, para esperarte, para venir contigo..... Pero las luces estaban apagadas, y se me dijo que nada había ocurrido, y entonces me decía:—¿por qué no viene, por qué no viene,

Dios mío?.... ¡Si tú supieses la fiebre que he pasado!

Miguel intentó calmarla haciéndola comprender todavía que la vida política tenía exigencias y deberes imperiosos, y hablándola así manifestaba cierta irritación y amargura.

Lía no pidió un consuelo, ni una sonrisa, porque veía claramente el cambio que se operaba en el espíritu de Miguel Berthier, y por primera vez se preguntó:

—¿No me amarás ya?

¡Oh! ella no podía creer que su ventura corriese el menor peligro; la eterna promesa, el ritmo dulcísimo de la canción de amor resonaba aún en sus oídos como la más tierna de las caricias: *¡Siempre!*
¡Y más todavía!

Y además, ¡qué alegría! ¡qué locura de alegría!
¡Ella iba á ser madre!

Este era el secreto, el inmenso secreto que no había revelado á Miguel; el secreto con que anhelaba sorprenderle amorosamente, diciéndoselo al oído, á media voz, entre un beso.

¡Cuánto la amaría Miguel! Mejor dicho: ¡cuánto los amaría! Porque la pobre niña se imaginaba ya meciendo suavemente á su hijo que le aplicaba al seno los sonrosados labios.

Lía estaba resuelta á decirselo todo el día anterior, cuando Miguel iba al banquete que le daban sus electores; pero ¿cómo lanzar al viento un secreto tan dulce, mientras caminaban, cual si fuese un incidente de la conversación, y cuando habían de separarse á los pocos segundos?

No: ella había tenido el valor de esperar todavía más, de retrasar el momento anhelado, para saborear más ampliamente su triunfo; figurábase de antemano la alegría de Miguel, sus trasportes, sus lágrimas de ventura, sus besos.

Y entonces, después de haber escuchado las frías palabras con que Berthier respondía á sus quejas, aun acariciadoras, le atrajo suavemente hacia la ventana que daba al jardín, cuyo perfume de hojas y flores subía hasta ellos, y sonriente, pálida, con labios trémulos por la emoción, le dijo en voz baja y lenta:

—Miguel, ¿no me preguntas cuál es el secreto de que anhelo hablarte?

—Sí;—respondió Berthier con alguna turbación.

Presentía alguna cosa inesperada, seria; veía en aquel sereno rostro de mujer, en aquella fisonomía riente y á la vez soñadora, en la cual se reflejaban el capricho de un niño mimado y los

encantos de la mujer que sufre, una expresión nueva, una especie de severidad, cuyo fondo era, no obstante, la alegría.

—Pues oye—respondió Lía, gozando en aspirar el contento de su amante, en beber los vívidos fulgores de su mirada;—muchas veces te he visto en nuestros paseos fijar tus ojos en las cabecitas rubias ó morenas de los niños..... ¡porque son tan lindos los niños!..... Y aun me parecía que mostrabas, Miguel mío, vivo deseo, ¿es verdad? vivo deseo de gozar de la alegría paternal que veías en otros hombres.....

Lía se detuvo súbitamente, porque Berthier, pálido como una mortaja, apretando los labios y abriendo mucho los ojos, la contemplaba con expresión de extravío.

—¿Estás encinta?—preguntóla bruscamente.—
¿Vas á ser madre?

Lía tuvo miedo, porque la voz de Miguel era ronca, tal vez amenazadora.

¿Cómo? ¿era esa la inmensa alegría que la pobre muchacha esperaba?

Las dos manos de Miguel tomaron las manos de Lía, que estaban heladas, y el joven repitió su pregunta en voz fuerte, enérgica.

—Sí—contestó Lía, procurando retener las lágrimas.—Sí, voy á ser madre.

Aquella revelación súbita, semejante á un rayo, anonadó á Miguel, que mientras hablaba su amante sólo veía esta idea: la paternidad llegaba entonces á interrumpir su existencia con un nuevo deber que llenar, con un obstáculo espantoso.

Lía, siendo madre, no era ya su querida, sino el árbitro, la dueña de su existencia.

Pocas semanas antes, él se hubiese dicho:—
«¡Mejor! antes de nacer mi hijo, Lía será mi mujer.»

Peró ahora retrocedía ante semejante revelación, y lo que entonces hubiera sido una alegría inmensa, era hoy un suceso que le aterraba.

Pasóse una mano por la frente, miró á la joven y le dijo con cruel sequedad:

—¿Y qué?

—¡Nada!—respondió Lía con voz de ahogo.

—¿Te figuras acaso que esa noticia no me ha hecho tan feliz como esperabas?

—Sí, sí, justamente, eso es: yo esperaba que me hubieras echado al cuello tus brazos, que me hubieras besado con frenesí, que me hubieras repetido mil veces que me amabas. ¡Y me has mirado con un relámpago de furor! ¡Como si yo hubiese cometido un crimen!..... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Si supieses, Miguel, cuánto daño me has hecho!

Y le miraba á través de lágrimas, con la mirada desolada de los seres que ven romperse delante de ellos un abismo, y cuando creen poner el pie en terreno firme, la tierra se abre y á dos pasos ven una profunda grieta....

Miguel entonces, ahogando su primera emoción, procuró tranquilizar á Lía: besóla en las manos, y le dijo, sin sentir lo que decía, que estaba gozoso de aquella paternidad tan deseada.

Mintió, y no sabía quizás por qué mentía.

¿Por qué? Él amaba aún á Lía, y el olor penetrante de las lágrimas que había en las mejillas nacaradas de la joven llenaba su cerebro con el perfume deliciosamente amargo del llanto de las mujeres.

Por un momento volvió á encontrar en Lía la compañera adorada de sus primeros amores, y olvidaba, también por un momento, la sonrisa enigmática de Francina, y sus ensueños de pasión, y sus realidades ambiciosas.

Y llegó á murmurar en voz baja que aquella nueva le había hecho feliz, sí, muy feliz, ¿lo escuchas, Lía? porque el nuevo ser le reuniría con más estrecho lazo....

—¡Oh!—respondió la joven mirándole con pupilas todavía no enjutas y echándole al cuello sus

mórbidos brazos.—¡Oh, Miguel! demasiado comprendo que te enojas cuando digo que ahora eres todo mío, porque serás todo para él..... Pero villano será el que suponga que un ángel de Dios puede perjudicarnos. Créeme, amado mío: la mujer que ahora te habla es la que más te amará en el mundo, y la verdadera felicidad para tí la guardo ya en mi seno: es el hijo que te sonreirá, que rodeará tu cuello con sus bracitos, más fuertes que los míos. Y si tú le escuchas, él te probará alguna vez que los triunfos de la vida pública valen mucho menos que una afección sólida, que la abnegación de un cariño verdadero como el que palpita para tí en el corazón de esta pobre Lía.

Y Lía ya no lloraba: su rostro estaba como iluminado por la confianza, sonriente, rejuvenecido después del llanto, como pedazo de cielo azul después de la tempestad; y hacía repetir á Miguel, apoyando la cabeza en el pecho de su amada, la palabra consoladora y también inexacta de todos los amores humanos:

—¡Siempre, siempre, siempre!

XX.

Asustóse Miguel Berthier de aquella revelación que amenazaba transformar un lazo temporal en vínculo definitivo: el deber ¡qué deber! se levantaba erguido ante su vista; iba á ser padre.

Y este pensamiento que inunda de alegría á los hombres más altivos y rígidos, no solamente le dejaba frío, sino que le exasperaba: habíase rendido á la piedad al ver correr las lágrimas de Lía, y hallado en el fondo de su corazón un postrer átomo de cariño, último eco de amor; mas apenas estuvo solo, dueño de sus pensamientos, calculó con severo golpe de vista las consecuencias de suceso tan sencillo que se le aparecía como espantosa catástrofe.

—¡Todo ha concluído! ¡un hijo! Lo que era un capricho se convierte en deber; la fantasía se convierte en ley..... ¡Ah! Pedro Menard tenía razón: yo hubiera debido romper más pronto.

Pero ¿era posible romper? ¿era humano?

Después de todo, amaba á Lía, ó la había amado por lo menos con tanta ternura, que el recuerdo de su amor era suficiente para considerarle como

sagrado. Y además, ¡abandonarla ahora, cuando iba á ser madre!

—¡No, no!—pensaba.—¡Eso sería cobarde!

Pero ¿qué hacer entonces? ¿casarse con ella?

Y entonces se encogía de hombros. ¡A buen seguro que el mismo Pedro Menard, con su altivo puritanismo, no le habría aconsejado otra cosa!

Se casaría con la señorita de Morangis, por ejemplo, rica, halagada por la fortuna, en cambio de una existencia cómoda, feliz, insolente; pero jamás con Lía Hermann, pariente cercana de un pobre diablo que vendía pan ázimo á los judíos..... Porque cuando el casamiento no hace al hombre independiente, mata su ambición y destruye su porvenir.

Y Miguel se acordaba de Luis Dalerac, que aspiraba á dar su nombre á la señorita Nadeja Bourtibourg y á recibir el dote de la linda muchacha; y él, Miguel Berthier, ¿había de limitar su ambición al jardincito del boulevard Clichy? ¡Bah! ¿era eso posible?

Y, sin embargo, decíase mentalmente que para salir de aquel compromiso, para librarse de tal deber, para tranquilizar su conciencia, sí, cien veces sí, habría deseado descubrir una traición, una infamia en la pobre Lía, y descubrirla súbitamen-

te, como él había recibido la confianza de que ella era madre, al modo de un rayo.

Pensaba en que sería dichoso, ¡sí, muy dichoso! si alguien le dijese de repente:

—Tranquilizaos: ¡ese hijo no es vuestro! ¡Esa mujer os ha engañado!

Y en seguida procuraba recordar, con fiero trabajo analítico, todos los defectos de Lía, pobre criatura que no examinaba jamás sino las buenas cualidades de su amado, y aun las exageraba.

En tal situación, Gontran de Vergennes, que había vivido la vida alegre y fácil sin cometer una debilidad, sin sombra de una acción dudosa, y con buen humor acomodaticio, práctico, parisiense; Gontran de Vergennes, pensaba Miguel, era el único que podía aconsejarle y decidirle á tomar una determinación.

A él se dirigió Berthier, y no á Menard.

—Vamos, vamos—le contestó Gontran—ya veo que el diente está muy firme para arrancarle!..... Cuando una afeción se arraiga en el alma, lo que importa saber es adónde podrá conducirnos.

—Eso, eso—decía entonces Miguel;—el porvenir, ¿no es verdad, Gontran? el porvenir: esa es la cuestión; y sería una locura ¿no lo crees así? juzgarlo todo entero, de una vez, por satisfacer una

pasión deleznable.... ¿Has hecho también alguna vez lo que yo quiero y debo hacer? ¿Has roto con tu querida?

—¡Pardiez, ya lo creo!—dijo Gontran;—y advierte que en una ocasión tuve que exclamar con honda pena: ¡Ay!

—¿Luego te consolaste?

—Perfectamente.

—¡Quizá no amabas como yo!

—¡Fatuol lo cierto es que yo amaba mucho.

—¿Y no te arrepientes?

—¿Cómo arrepentirme, si me caso con otra mujer? El matrimonio, amigo mío, es como el puente de Aviñón: ¡todo el mundo pasa por él!..... Ya pasarás tú....

—¡Quién sabe!—respondió Miguel pensativo.

En la noche de aquel mismo día fué á casa de la Baronesa, no sólo para ver á Francina, sino para olvidar á Lía, y encontró en el salón al Conde y á la señorita de Morangis sencillamente vestida de blanco.

Sonrió la Baronesa cuando entró Miguel; la señorita le saludó y bajó los ojos sin afectación, aunque ligeramente turbada; el Conde se levantó á medias é inclinó la cabeza.

—¡Ah!—exclamó Francina.—¿Sois vos? me alegro, porque os esperaba.

—¿A mí?—dijo Berthier mirando alternadamente á las dos mujeres.

—A vos, señor legislador; porque tengo que dirigiros un ruego y señalaros una iniquidad....

Y volviéndose hacia el Conde de Morangis, le dijo:

—Un asunto muy vulgar, primo mío, y frecuente, del cual no hablaría delante de Paulina si la caridad no permitiese decirlo y si vuestra querida hija no tuviese un corazón capaz de comprenderlo y sentirlo todo.

—¿De qué se trata?—preguntó Miguel.

—De una seducción y de una pobre muchacha abandonada.... ¡Ya os he dicho que el asunto era trivial!.... Se me ha traído, para interesarme por esa muchacha, esta carta que os ruego leáis en alta voz, para que os sirva como tema y punto de partida para un discurso muy preciso y muy útil sobre la indagación de la paternidad, que está prohibida y que, según mi entender, debiera permitirse, para que hombres desalmados, verdaderamente miserables, no continúen abandonando al azar de la vida y al cruel capricho de la suerte á desventuradas mujeres y pobres niños. ¿Creéis, Conde, que el asunto es demasiado escabroso?

—No—dijo Mr. de Morangis—porque Paulina

es una de esas mujeres que, consoladoras de todos los sufrimientos, no retroceden ante ninguna llaga social.

—Y menos todavía—añadió Paulina dulcemente—si pueden curarse.

Miguel estaba sorprendido. ¡Una seducción! ¡una pobre muchacha abandonada! ¿Por qué Francina hablaba de esas cosas? ¿Habría adivinado lo que pasaba en él y alrededor de él? ¿sería aquello una prueba?

La imagen de Lía derramando lágrimas se levantaba ante sus ojos; sacudió la cabeza como para huir de un desvanecimiento, y buscó la mirada de la Baronesa como para adivinar lo que ésta quería decir.

—Pues bien—continuó Francina, dando á Berthier la carta, una carta escrita en renglones tortuosos, y algunos medio borrados con lágrimas—leed esto, y pensad en que no es asunto inventado ni exagerado, sino la verdad pura, desnuda; y decidme luego si los novelistas pueden inventar sufrimientos más íntimos y profundos, y lo que deben hacer los legisladores contra abandonos tan cobardes.

—¿De quién es esta carta?—preguntó Miguel vacilante, inquieto.

—De una pobre muchacha que la escribía á una amiga suya, pobre niña que estuvo al servicio de la Duquesa de Courtenay-Montignac.... Me la remite la misma Duquesa. ¡Leed, querido diputado, leed!

Miguel hizo un esfuerzo supremo para alejar de su pensamiento la visión de Lía.

La carta era conmovedora; una de esas cartas que son gritos del alma, en los que las infelices abandonadas exhalan de su corazón olas de amargura y sollozos de miseria; una novela de amor terminada con el abandono más triste; recuerdos de las alegrías de amante y de madre y de los olores nauseabundos de un hospital; el desdén del amante, un villano con uniforme militar, y el nacimiento de un niño, el rescate de la mujer seducida; la alegría de la madre despreciada; luego la muerte del recién nacido en el hospicio, y detalles atrocemente crueles: primero en una boardilla, sin cama, sin dinero, sin médico, sin medicinas, sólo con la miseria; luego, para llevar al niño al asilo oficial, la necesidad de un certificado del comisario; y al día siguiente el pobre pequeño muerto, y un brutal portero rechazando á la madre. ¡Ni un bucle de cabellos para guardarlos como sagrada reliquia! ¡ni siquiera el collarci-

to que el niño tenía puesto en la garganta! ¡Nada, nada para recuerdo! La revelación de una cosa espantosa y siniestra; una miseria sin frases, sin drama, sin cólera, que es como el reflejo de la vida de los que sufren, el combate de los humildes en la sombra, los tristes desenlaces de la existencia de los desheredados de la fortuna y de la dicha.

—¿Qué hago ahora?—concluía diciendo aquella madre.—¡Oh! ¡casi deploro creer en algo para más allá de esta vida! Porque si no creyese, me mataría, y la muerte me daría descanso....

XXI.

Miguel había hecho una pausa en la lectura, porque la emoción le apretaba la garganta; emoción causada por la misma carta, por el recuerdo de Lía, por la ansiedad que tenía él mismo, y tal vez por la manera con que había sabido expresar el dolor desleído en aquella lacrimosa carta.

Porque se había dejado arrastrar por su talento de lector, y en realidad, el artista se sobreponía al hombre. La Baronesa estaba como encantada, y la señorita de Morangis, pálida, con temblorosos

labios, con expresión de cólera y de sufrimiento en sus ojos, no se cuidaba de ocultar sus lágrimas.

—Paulina, Paulina—exclamó el Conde de Morangis, tomando las manos de su hija y asustado de verla tan conmovida,—¿qué tienes, hija mía, qué tienes?

Ella le miró fijamente á través de las lágrimas, y respondió con acento dolorido:

—¿Este es el mundo? ¿ésta es la vida? ¡Ah padre mío! escuchadme bien: el cláustro, sí, el cláustro, ¿no vale más que tantas miserias?

El Conde de Morangis se estremeció, y un frío de muerte le heló el corazón.

—No, no, Paulina—dijo el anciano;—hay consuelos en el mundo, hay virtudes, hay abnegación, hay dicha.

Ella no respondió.

Miguel Berthier, entusiasmado por su propia emoción, devolvió la carta á la Baronesa y habló largamente con elocuencia acerca de las pobres mujeres así abandonadas, del crimen de los seductores, del derecho de los seres inocentes que nacen de los amores culpables.

Olvidó los combates íntimos de su alma, y como si hubiese estado en la tribuna ó en el foro,

pronunció una improvisación magistral, una alocución conmovedora que se dirigía al sentimiento más que á la razón, y consiguió arrancar nuevas lágrimas con sus frases de consumado retórico.

—¡Bravo, Cicerón!—dijo Francina aplaudiéndole.—Defended así la causa de la mujer en el Cuerpo Legislativo, y causa ganada.

—Os juro, señora, que así lo haré.

Y así diciendo, el abogado, el retórico, el *parlatore*, aparecía como encantado del efecto que acababa de producir; el Conde de Morangis le estrechó la mano con efusión; Paulina le contemplaba con mirada resplandeciente; él sacudía su rubia cabellera, cual si la llama que flotaba en su cerebro se ahogara bajo aquel peso.

La señorita de Morangis se levantó de repente y pidió á la Baronesa permiso para retirarse:

—¿Ya, querida niña?—dijo Francina.

—Sí—contestó Paulina con algún apresuramiento;—pero antes os ruego que me digáis el nombre y el domicilio de la joven abandonada que ha escrito esa carta.

—Clotilde Ballue—respondió Miguel, que volvió á coger la carta—calle Lepic, 12, en Montmartre.... Procuraré tener el honor de secundar á la señorita de Morangis en sus obras de caridad.

Paulina, ruborizada, escribió en su *carnet* el nombre y las señas, y salió como aturdida todavía por la extraña emoción que le produjeron la lectura de la carta y el discurso de Miguel.

— Dí, papá — preguntó bruscamente al Conde de Morangis cuando estuvieron solos en el carruaje — ¿crees que Miguel Berthier piensa realmente en lo que acaba de decir?

— La pregunta es muy original, hija mía — contestó el Conde sonriendo; — pero me parece que Mr. Berthier se ha expresado con el acento de la convicción más íntima.

— Entonces, ¿es un hombre de corazón?

— Y de talento; y un orador elocuentísimo.

— ¿Pero crees que es hombre de corazón? — repitió Paulina con insistencia.

— Sí, un hombre de corazón — añadió el Conde, no poco impresionado por la extraña inflexión de la voz de su hija; — pero ¿qué te importa, niña, Miguel Berthier?

Paulina no respondió una sola palabra: sus dos grandes ojos soñaban.....

Cuando el coche paró á la puerta del hotel de Morangis, el Conde se preguntaba con no disimulada alegría:

— ¿Será posible que le ame?

Y le pareció que el alma de Paulina se abría por vez primera á un sentimiento que no era el fervor monástico, y áun tenía esperanza de renunciar á la fría visión del claustro.

XXII.

La Baronesa de Rives había observado, con el sentimiento instintivo de celos que poseen algunas mujeres, la impresión profunda que Paulina había producido en Miguel Berthier.

Este, á poco de salir la joven, y obedeciendo á una especie de atractivo irresistible, interrogó á Francina sobre aquella misteriosa niña que pasaba á través del mundo como un genio etéreo, pensativa, arrobada siempre en el *más allá*, cual si sus pies no hubiesen tocado la tierra.

— ¡Diríase que es una aparición! — exclamó.

— ¿De verdad? — contestó Francina. — Ya veo que el lindo fantasma os ha impresionado.

Miguel se turbó un poco al observar la expresión irónica de la Baronesa, é intentó atribuir á pura curiosidad las preguntas que la había dirigido; pero Francina adivinaba el creciente inte-

rés, la admiración de aquél, y era demasiado mujer para no sospechar que la admiración conduce directamente al amor.

Y entonces, en una *causerie* viva, ligera, esmaltada de oportunos rasgos de ingenio, reveló á Miguel Berthier *el secreto* de la señorita de Morangis; y sucedió que Francina le habló con tan delicioso encanto, explicando el sencillísimo secreto, aunque bien conmovedor, del hotel de Morangis, unas veces sentimental y otras irónica y burlona, analizando con arte asombroso, con emoción, tal vez con perfidia, todo lo que se agitaba en el corazón de Paulina y en la mente del Conde.

—¡Qué buena novelista seriais, Baronesa!— dijo la Berthier repetidas veces, interrumpiéndola con cordialidad apasionada.

Y ella, que simulaba no haber oído, continuó pintando el carácter original de aquella joven adorable, hermosa, inmensamente rica, la cual no tenía otro amor, otra pasión, otro deseo..... que el claustro.

Paulina no conoció á su madre: faltándola desde su primera infancia los besos consoladores del ser adorado que da la vida, y luego la inunda de felicidad con sus caricias, había crecido amada por su padre, aunque no comprendida, porque el Con-

de llenaba la mayor parte de su existencia, con pasión de benedictino, en sus queridos trabajos históricos, en indagaciones para su obra magna *La Vida de convento*.

El doctor Loreau, grande amigo del Conde, si bien no participaba de sus ideas, prefiriendo la antropología á la metafísica, el escalpelo al hisopo, decía algunas veces á su antiguo condiscípulo:

—¡Vive alerta, Francisco! No olvides que la madre de Paulina era una naturaleza mística que murió con alegría, como si hubiese estado cansada de vivir, á los veintitres años.....

—¿Es decir?.....

—Es decir que cuando Paulina salga del colegio-convento, no permitas que lea tus libros teológicos; deja que lea las comedias de Molière, que dan al espíritu alimento sano; pero tus obras históricas y literarias, jamás, ¿oyes? jamás.

El Conde se encogía de hombros, llamaba incrédulo al doctor, y no puso cuidado en lo que significaba el sobrenombre de *señorita de La Valière* que daban á la señorita de Morangis sus compañeras de colegio; y era que Paulina ya sentía entonces instintivamente el apetito del sacrificio, del terror al mundo.

Era una de esas almas tímidas que se estreme-

cen de miedo en las circunstancias más sencillas de la vida, y que tendrían, no obstante, el heroísmo de la abnegación y el sacrificio.

El doctor Loreau, profesor en la Facultad de Medicina, era famoso por dos obras científicas, una intitulada *La Ciencia durante la Revolución*, y otra, más especial, digna de ser comparada con la de John Lubbock, que tenía por título *Los hombres ante la historia*.

Tenía cincuenta años, y era fuerte, rubio, con mejillas frescas, boca sonriente y dentadura blanquísima; no se observaba en él nada de pedantería, y sí mucha amabilidad y franqueza; como sabio y como hombre probo se le llamaba «el honor cumplido y la erudición completa.»

Un día, cuando Paulina salió del colegio-convento, el doctor Loreau se asustó de la palidez que veía en el rostro del Conde de Morangis.

—¿Sufres?—le preguntó.

—Mucho, mucho.

—¿Pues qué ocurre?

—Ocurre.... ocurre que tenías razón, mi buen

Edmundo: ¡mi hija está perdida para mí!

—¿Perdida? ¿qué dices?

—¡Que quiere ser monja!

—¿No te lo había dicho yo—contestó Loreau—

y jamás hiciste caso de mis advertencias? Paulina tiene un cráneo semejante al de las vírgenes romanas que abominando la corrupción de su época se refugiaban en las catacumbas y huían del dolor de vivir por la alegría de perecer como mártires en la arena del circo, desgarradas por las fieras y confesando su fe. Sí: en tu Paulina hay algo de la mártir cristiana. ¡Cuántas veces te lo he dicho estremeciéndome!

Y preguntó al Conde cómo Paulina había manifestado aquel deseo.

—Una mañana, hablándome con la mayor naturalidad, como si hubiese adoptado ya una resolución irrevocable. ¿No sospechas que puede haber en esa pasión por el claustro algún amor oculto, desconocido, contrariado.... que sé yo?

—¡Tal vez!—respondió Loreau; y reflexionando, añadió:—No, no: sencillamente el amor á la celda por la celda misma, á la soledad por la soledad, puede haberse apoderado del corazón ardiente de Paulina con el disgusto de la vida. ¡Basta con una chispa insignificante para encender hogueras devastadoras! Una muchacha tiene una amiga que se casa y es desgraciada en su matrimonio; confía ésta sus cuitas á aquélla, quien

se asusta, se indigna y exclama en lo íntimo de su corazón: «¿Ese es el mundo? ¿ese es el matrimonio? ¿esa es la vida? ¿eso es lo que me espera si me caso? No: antes cien veces el claustro, antes la muerte.» Así, así, amigo mío, se crean muchas vocaciones.

—Paulina, en efecto, tenía una amiga, la señorita de Panges, que ha sucumbido..... tal vez de pesar..... al año de su matrimonio.....

—Pues no es necesario más: ahí está la causa que buscas. ¡Añade el germen de misticismo que Paulina ha heredado de su madre!

—¡Quién sabe!—replicó el Conde de Moran-
gis.—Pero ¿dónde, Edmundo, has estudiado á la mujer?

—En mi laboratorio.

—¡Ah! Siempre tu *dada*, como diría Sterne.....

—Estudia antropología, Francisco, y conocerás mejor á los frailes cuyos heroísmos has referido tan lindamente.....

El médico aludía á la obra del Conde *La Vida de convento en la Edad Media*, un libro en cuyas páginas se desbordaba el deleite insano de las lágrimas, la embriaguez del misticismo, la ternura amarga que prestan una armonía á los arrullos del viento entre los cipreses, al sollozo de la reli-

giosa prosternada, al himno fúnebre de renuncia absoluta al mundo.....

Apenas se retiró Edmundo Loreau, el Conde envió un recado á Paulina para que pasase al gabinete de su padre, cuyas paredes ostentaban pinturas religiosas, copias de Beato Angélico y de los frescos de la Santa Capilla, que eran como ilustraciones del propio libro del Conde.

Éste apoyaba los codos en su mesa de trabajo y la cabeza en sus manos cuando Paulina entró.

—¿Me habéis llamado, padre mío?—preguntó con su linda voz musical, un poco triste.

—Sí, niña mía, para hablar seriamente..... ¿Has reflexionado?

—Sí; he reflexionado mucho, mucho..... suponiendo que me habláis de mi deseo de entrar en un convento para no volver á salir de él—contestó firmemente, con una expresión tan resuelta que hizo estremecer al padre.

—Veamos, veamos—dijo éste, dominando su emoción;—¿qué significa ese capricho?

Paulina hizo un gesto de desagrado, y el Conde rectificó así:

—¿Qué significa esa resolución?

—Significa que quiero consagrar mi vida á Dios, padre de todos.

—¿No has pensado en que obrando así me herirías en medio del corazón?—replicó el Conde con voz ahogada por los sollozos.

—Perdonadme, padre mío: nuestro común sacrificio será hecho á la mayor gloria del Salvador.

—Paulina, Paulina..... ¿tan desgraciada eres aquí?

—No, no soy desgraciada; soy feliz y os bendigo.

—¿Tienes alguna pena que yo no conozca?

—Ninguna.

—¿Amas á alguien?

—No—respondió humildemente Paulina;— sólo amo á Dios y á vos.

—¿Hace mucho tiempo que piensas en eso?

—Desde el día en que supe que el mundo era malo para las almas que aman, y que la dicha sin tregua estaba en los brazos de Jesús.

—¿Quién te lo ha enseñado? ¿Dónde lo has aprendido? ¿Lo sabes desde el colegio?

Paulina, sin afrontar la mirada de su padre, dirigióse lentamente á la biblioteca, tomó un libro, y abriéndole en una página que ella había leído muchas veces, exclamó:

—Escuchad.

Era un capítulo de la gran obra de Francisco de Morangis, *La Vida de convento en la Edad Media*,

en el que el escritor había acumulado con la paciencia del erudito y la seducción del artista las pruebas de la beatitud del claustro, los cuadros de sus íntimas alegrías, de felicidades ignoradas por el mundo: diríase que aquel capítulo era un viaje adorable al jardín de las *Delicias*.

Y después que hubo leído el capítulo, añadió con voz firme y armoniosa como un cántico:

—He ahí mi respuesta, padre mío.

El desgraciado padre se sentía herido en el corazón por su mano misma.

—¡Tira eso! ¡arrójalos! ¡los libros mienten!

Así gritó, sufriendo como cristiano y como padre, en su fe que tropezaba con la duda, y en el amor ardiente que profesaba á su hija, aquella hija que su propia religión le amenazaba quitársela.

Y sin embargo de la firme contestación de Paulina, el Conde intentó combatirla.

—¿Pero sabes, querida Paulina—dijo,—lo que es la vida del mundo, esa vida en la que rehusas entrar? ¿Te figuras que es una cloaca donde no se puede asentar el pie? No, no: hay senderos con hierbas olorosas, macizos de flores, jardines perfumados, días llenos de sol y bellezas..... ¡Tú no conoces la vida!

—¡ Ah, padre mío! tampoco la conoce el niño que nace, y desde el primer instante de su existencia llora y grita como si tuviese el presentimiento de los dolores que le aguardan.

Y el padre, desdenando voluntariamente el átomo de misantropía que toda alma altiva lleva en sí misma, olvidaba sus propias decepciones y pedía á su hija que consintiese en atravesar por el mundo antes de despedirse de él, en conocerle antes de maldecirle.

—¿ Vos lo queréis?—respondió Paulina.—Está bien: ¡consiento!

Y esta palabra fué para el desgraciado padre como un fulgor de esperanza.

Convínose entre padre é hija que Paulina aplazaría por un año su proyecto de renunciar al mundo, y que si, en ese plazo, día por día, las ideas de la joven no se hubieran modificado al contacto de los sucesos, el Conde no opondría resistencia alguna á los propósitos de su hija.

—¿ Me lo prometéis?—preguntó Paulina.

—¡ Te lo prometo!—respondió Francisco de Morangis con voz temblorosa.

—Está bien—repuso la señorita de Morangis.—Dentro de un año, padre mío, volveré á abrir este libro por esas mismas páginas y os diré: «¡ Ahí

está mi esperanza, ahí está la dicha, ahí está la vida!»

Y cuando el Conde refirió esta conferencia á su antiguo condiscípulo Edmundo Loreau, hablándole apenado de un convenio tan extraño y doloroso, el médico le contestó:

—¡ Bah! te repito que en un año el bigote de algún guapo mancebo ó la palabra de oro de un poeta..... ¡ya ves que no soy tan materialista como crees!..... habrán hecho desvanecerse en humo los bellos proyectos de la reclusa en perspectiva. Y..... ¡amén!..... como tú dirás, mi querido Francisco.

El Conde paseó á su hija por las más bellas ciudades de Italia, por los salones más aristocráticos de París, por las playas más seductoras de Francia en la estación de baños.

Y siempre en vano.

El año del plazo estaba á punto de espirar, y la voluntad de Paulina seguía resistiendo.

El pobre padre sentía ya en sus oídos el triste clamor de las campanas que debían anunciar el día terrible de la toma de velo, aquel clamor del que antes decía: *¡ O beata solitudo! ¡ O sola beatitudo!* y que ahora, con la tortura siniestra de eterna separación, significaba un dolor, un terror, un infierno.....

XXIII.

Francina de Rives había referido á Miguel Berthier con arte singular de análisis todas las fases de aquel sufrimiento paternal cuidadosamente oculto; y después de poetizar á Paulina, complaciéndose en enaltecerla ante el joven, es decir, en presentársela tal como ella era, permitiósela la maligna voluptuosidad de burlarse de la pasajera turbación que Miguel había observado algunas veces en la señorita de Morangis, y de las nacientes esperanzas del Conde Francisco.

—Mi querido diputado—le decía Francina—ahora que conocéis el secreto de esa niña, á vos pertenece devolver á ella la esperanza y á su padre la vida. ¿Creéis que me burlo? Pues no: ¡estoy segura de que Paulina piensa en vos! ¡Ah! ¡qué empresa más bella arrancar una criatura tan encantadora á esa muerte anticipada que se llama *celda de un convento*.... y decir á un pobre padre que tiene el corazón traspasado de dolor: «Me dáis vuestra hija, y yo os la devuelvo.» ¡La situación es la más bonita que se puede imaginar! ¿Qué decís?

Miguel no decía nada; turbado, inquieto, febril, no adivinaba si la palabra irónica de la Baronesa tenía algún fundamento; miraba fijamente á aquella mujer, sin poder separar sus ojos de las pupilas azuladas de ella.

¡Oh! ¡parecía loco! Sentíase magnetizado por sus resplandores, que simulaban chispas de oro á la luz de la lámpara, por su boca irónica y sensual, por su sonrisa henchida de promesas, de reto: desaparecía todo ante él, y no veía nada, nada, sino aquella tentación viviente, aquella extraña criatura; y el silencio entre ambos era cada vez más profundo, y los mullidos tapices en que el pie se deslizaba le atraían, y Miguel no comprendía el gesto irresistible de Francina, que le pedía humillarse delante de ella, como si la embargase una tentación de ser escuchada y admirada de rodillas.

Algo raro, en efecto, algo rudo y seductor pasaba en tal momento por el cerebro de Francina: ella había observado que Miguel atendía con zozobra, un poco pálido, cuando se le hablaba de Paulina, y sabía además que Lía le esperaba anhelante y quizá desolada.

Y decíase que era asunto inesperado, nuevo, encantador quitar á la vez aquel hombre á dos

mujeres: á la que iba á amar y á la que había amado!

¡Qué triunfo! ¡qué nuevas sensaciones! ¡qué sabroso debía ser hincar los blancos dientes en aquel fruto prohibido.

Triple victoria en un solo triunfo: torturar, estrujar en sus manos y uñas tres corazones, sí, tres corazones, porque Paulina podía amar á Miguel Berthier..... ¿quién sabe?..... ¡quizás ya le amaba!

Y le miraba con fijeza, y sus dientes atraían al joven casi tanto como su mirada: conocía que era dueña de él, que le tenía á merced suya, que estaba allí suplicante, rendido.....

—¿Pero amáis á la señorita de Morangis, Miguel?—le preguntó con voz débil, con mirada penetrante y halagadora.

Y él no respondía: estaba arrodillado, y la estrechaba en sus brazos.

—¿Es que amáis aún á vuestra querida, Miguel?

Y entonces él se levantó como un loco, la oprimió contra su pecho, la tomó la cabeza con ambas manos y lanzó este grito, que concluyó con ardiente beso:

—¡Yo te amo!

XXIV.

La Baronesa se complacía en jugar con su propio triunfo, y el triunfo era completo: aquel hombre que producía inquietud y alarma en las Tuellerías, no era delante de ella sino un niño.

¡Cómo sonreía al pensar en la debilidad de aquel cuya fogosa palabra se tenía en altísimas regiones por la más irresistible potencia, el ariete más poderoso!

El Duque de Chamaraule, uno de los favoritos de Palacio y de los consejeros directos y escuchados, pidió una vez á la Baronesa que le diese una definición exacta del temible diputado republicano.

—¡No es muy difícil!—respondió Francina sonriendo.

—Figuraos un idilio que rayase en la sátira, un poeta de madrigales que llevara á sus labios la trompeta de los *Châtiments*.

—¿En verdad?—dijo el Duque, que entonces era ministro.

—En verdad: rascad al tigre y hallaréis un cordero; sus filípicas sólo son pastorales.

mujeres: á la que iba á amar y á la que había amado!

¡Qué triunfo! ¡qué nuevas sensaciones! ¡qué sabroso debía ser hincar los blancos dientes en aquel fruto prohibido.

Triple victoria en un solo triunfo: torturar, estrujar en sus manos y uñas tres corazones, sí, tres corazones, porque Paulina podía amar á Miguel Berthier..... ¿quién sabe?..... ¡quizás ya le amaba!

Y le miraba con fijeza, y sus dientes atraían al joven casi tanto como su mirada: conocía que era dueña de él, que le tenía á merced suya, que estaba allí suplicante, rendido.....

—¿Pero amáis á la señorita de Morangis, Miguel?—le preguntó con voz débil, con mirada penetrante y halagadora.

Y él no respondía: estaba arrodillado, y la estrechaba en sus brazos.

—¿Es que amáis aún á vuestra querida, Miguel?

Y entonces él se levantó como un loco, la oprimió contra su pecho, la tomó la cabeza con ambas manos y lanzó este grito, que concluyó con ardiente beso:

—¡Yo te amo!

XXIV.

La Baronesa se complacía en jugar con su propio triunfo, y el triunfo era completo: aquel hombre que producía inquietud y alarma en las Tuellerías, no era delante de ella sino un niño.

¡Cómo sonreía al pensar en la debilidad de aquel cuya fogosa palabra se tenía en altísimas regiones por la más irresistible potencia, el ariete más poderoso!

El Duque de Chamaraule, uno de los favoritos de Palacio y de los consejeros directos y escuchados, pidió una vez á la Baronesa que le diese una definición exacta del temible diputado republicano.

—¡No es muy difícil!—respondió Francina sonriendo.

—Figuraos un idilio que rayase en la sátira, un poeta de madrigales que llevara á sus labios la trompeta de los *Châtiments*.

—¿En verdad?—dijo el Duque, que entonces era ministro.

—En verdad: rascad al tigre y hallaréis un cordero; sus filípicas sólo son pastorales.

—¿Así juzgáis, Baronesa, á las gentes que os aman?... Porque se asegura que Miguel Berthier está enamorado de vos hasta la locura.....

—¿Quién dice eso?

—El mundo.

—El mundo no es más que un periódico muy grande y muy pequeño, cuyos redactores son diez mil chismosas comadres..... Él es en realidad de los que no aman á nadie, sino á sí mismos: un egoísta.

—¡Diablo! ¿sabéis, Baronesa, que si vos habéis seducido á Miguel Berthier, la reciprocidad no está muy clara?

—¿Y qué significa eso?

—¡Que vos no le amáis!

—¡Yo!—exclamó sonriendo Francina.—Al contrario, ¡me agrada mucho ese tribuno! Y la prueba de que le amo..... más que pensáis, es la siguiente: si vos consentís en ayudarme, yo quiero hacer de él.....

—¿Qué? ¿el más feliz de los hombres?

—¡Bah! sois algo impertinente, amigo mío—dijo la Baronesa.—No: quiero hacer de él un hombre de Estado.

—¿Qué decís?

—Un Ministro.

—¿De la República?

—No, señor: del Imperio.

El Duque se quedó pensativo, mientras la Baronesa de Rives sonreía.

—¡Tenéis una manera de chancearos!—dijo Mr. de Chamaraule.

—¡Ni por asomo! Parémonos aquí por hoy, y creed que no me chanco: pensad en lo que acabo de deciros, comunicádselo á quien corresponda, y proceded en consecuencia..... Y confiad en mí para empujar suavemente hacia el redil esa oveja descarriada que está jugando al lobo, á la que vos consideráis como bestia salvaje..... ¿Está dicho? pues hasta la vista, Duque.

Acercóse el día de la apertura de la Cámara, y Miguel Berthier había resuelto aparecer cuanto antes en la tribuna parlamentaria.

Los periódicos que apoyaron su candidatura solían deslizar indiscretas noticias acerca del futuro primer discurso del diputado republicano: anunciaban violenta peroración del hijo de Vicente Berthier contra el 2 de Diciembre, y aun citaban rasgos de admirable audacia que él había confiado

á sus íntimos amigos, y algún cronista le llamaba *espada de Damocles* del Gobierno imperial.

El diario *Les Nouvelles politiques* publicó estas líneas:

«Mr. Berthier prepara un importante discurso relativo á los asuntos pendientes con Alemania y á la situación que nos ha creado el tratado de Praga, y difícilmente conseguirán debilitar su efecto los abogados ministeriales.»

El periodista Olivier Renaud, miembro del *Banquete de los Doce* y amigo de Miguel, como sabemos, atribuía á éste muchas palabras de sensación: aseguraba, por ejemplo, que un día, hablando con Mr. Thiers, preguntó Berthier á aquel hombre de Estado:—«¿Qué pensáis de la situación actual?—¿Qué pienso? (contestóle Mr. Thiers); que vuestros amigos deshicieron la República de 1848, y ahora la rehace el Imperio.—Soy de vuestro parecer—dijo Berthier;—grandes faltas políticas y pequeños escándalos. ¡Estamos en 1847!»

—¡Paciencia!—murmuraban los admiradores de Miguel, fanáticos por instinto.—Cuando hable en la Cámara, veremos cómo pasa por las frentes un recio viento de tempestad. ¡Ese, ese es un hombre!

En efecto, era un hombre, todo un hombre; un

hombre enérgico, altanero, con su erguida cabeza, sus flotantes cabellos, sus patillas enmarañadas y espesas, su actitud tribunicia, según le mostraban al público millares de retratos colocados en escaparates y vitrinas de los comercios parisienses.

¡Ay! pero la fotografía sólo representa la frente, la mímica de un ser, *su fachada*, una sombra de su cabeza; no su alma.

Y entretanto, Lía era la sacrificada, completamente sacrificada, sin que Miguel Berthier sintiera el más tenue remordimiento: este hombre había conseguido aplicarse la acomodaticia teoría de esa escuela providencial que establece dos morales distintas: la vulgar de las gentes honradas y la fácil de los seres privilegiados, de los seres que están clasificados en un destino superior.

¡Abandonar á los azares de la vida á una mujer que iba á ser madre! Eso era atroz y vil, y Miguel, ya lo sabemos, se había indignado contra el hombre que dejaba en la miseria y en la desesperación á aquella muchacha Clotilde Ballue, cuya carta había leído en casa de Francina.

¿Pero se podía comparar con aquel desconocido? ¿No tenía deberes muy distintos de los de aquel anónimo, aquel soldado, aquel transeunte perdido en la gran masa de la plebe? ¿Debía sacrificar su

porvenir y su ambición á una mujer que era la novela de su vida y á un hijo que tal vez no nacería?

Francina no tuvo necesidad de impulsarle á tomar una determinación irrevocable: él sólo la tomó y la ejecutó.

¿Cómo? Yendo á ver á su antigua querida, ejecutando por sí mismo la obra siniestra; el olor de las lágrimas le agradaba, como á esos hombres que serían capaces de perturbar su propia existencia si pudiesen encontrar en ella una ráfaga de huracán, una sensación desconocida.

—Sí, sí—decíase—iré yo mismo, se lo diré todo, todo, y..... nadie mejor que yo sabría consolarla en tan dolorosa necesidad.

XXV.

Y dirigióse hacia la linda casita del *boulevard Clichy*.

Mas vaciló antes de entrar en el jardín, y miró á lo lejos, al final de la avenida de árboles, cuyas hojas secas arrancaba ya el viento de otoño, y exclamó con emoción, con un sollozo que le apretaba la garganta:

—¡Y ella me ama! ¡me ama tanto!

Y al punto representábase en su mente el rostro de la Baronesa de Rives, su sonrisa de perdición, el relámpago sutil é irónico de sus ojos de un gris azulado lleno de fulgores.

—¡Eal ¡esto es hecho!—dijo.—Francina, Gontrán, Menard, los tres tienen razón á la vez. ¡Adios mis ensueños de la juventud! ¡valen más las realidades! Entremos.

Lía cantaba una linda canción popular, y al ver á Miguel se detuvo sorprendida, pero dichosa. ¡Nunca iba él tan pronto! Y además, ¿cuánto tiempo hacía que no iba, ni pronto ni tarde?

—¿Tú?—exclamó.—¿tú? ¡Ah! pues por eso tenía yo ganas de cantar, y me preguntaba: ¿Por qué estaré hoy alegre? ¿qué dicha me aguarda?

Y se arrojó al cuello de su amado, le apretó la cabeza con sus frescos brazos, le besó en la frente, y poco á poco fué aflojando dulcemente aquel estrechísimo abrazo.

—Tengo que hablarte, mi pobre Lía—dijola Miguel.

—¡Dios mío! ¿ocurre alguna desgracia?

—Sí, Lía: una desgracia y una necesidad..... ¿No te has preguntado alguna vez lo que sucedería si yo me viese precisado á emigrar, si se me deserrase, si muriese?.....

—Sí, sí, me lo he preguntado—contestó Lía valerosamente.—Pues bien: si tienes que emigrar, si te destierran, yo te seguiré; si mueres, yo también moriré.

Y al punto, irguiendo la cabeza, añadió con un rayo de luz en su mirada:

—Pero ahora no moriré, no; ahora viviré; ahora trabajaré para educar á mi hijo, á nuestro hijo, para enseñarle á amarte si tu muerte era natural, ó para decirle que te vengase si te hubieran matado.....

Miguel aparecía humillado enfrente de aquella valerosa niña: comparábase interiormente con un cruel carnicero que se apresta á hundir su afilado cuchillo en la garganta de una ovejuela.....

Y otra vez la imagen, el espectro de la Baronesa de Rives surgía entre él y su amante.

—Lía—dijo entonces—vas á maldecirme, y sufro tanto como tú por el sacrificio que la vida nos impone. ¡Es menester separarnos, Lía!

Dijo estas palabras con una rapidez terrible, como si las hubiera arrojado con una flecha.

Y ¡cosa extraña! Lía no se movió: quedóse pálida, erguida, con los ojos muy abiertos, los labios temblorosos, y no le respondió una palabra.

Miguel se preguntaba si le habría comprendi-

do; aquel silencio, aquel estupor, aquella fijeza en las pupilas le inquietaban.

Lo había dicho todo, y no quería volver á decirlo.

Tomó las manos de Lía para estrecharlas, para besarlas, y estaban heladas; soltólas, y como por movimiento automático cayeron á lo largo del cuerpo de Lía, aquel cuerpo rígido é inmóvil.

Atrevióse á hablarla de su gratitud, de su dulce afecto, de los hermosos ensueños á que era preciso renunciar; pronunció luego la palabra protección, asegurándola que nada la faltaría, que no se preocupase de su existencia material, que la sobraría el dinero.....

—¡Calla, calla!—gritó entonces Lía, transformada súbitamente en la más altiva de las mujeres. ¡Calla!..... ¿tienes deseos de recobrar tu libertad? ¿Luego ya no me amas? No, no me amas, pues que te avergüenzas de nuestro amor..... ¡Vete, vete! ¿crees que voy á suplicarte, á implorar con lágrimas?..... No, jamás: yo educaré á mi hijo sin tí, yo sola, ¿entiendes? porque tienes miedo de que te diga que es de los dos..... ¡Bien castigada estoy, y lo tengo merecido! Tú has hecho lo que mi padre quería hacer cuando le abandoné por tí; tú has cumplido su amenaza: ¡me has matado! ¡me has herido en medio del corazón!

—Lía, ¿vas á aborrecerme?

—¿Yo? ¿por qué? Te he amado, te he seguido, me he perdido, sí, perdido..... luego ¿quién tiene la culpa? Soy tan culpable como tú, y sufro el castigo. ¡Ah! he merecido la muerte, y quisiera morir.

Miguel vió la mirada de la joven incendiarse; mas ella replicó á las frases hechas del retórico, que procuraba consolarla, con estas palabras:

—Nada temas. ¿Crees que me mataría llevando en el seno al hijo de mis entrañas?

Miguel Berthier salió de aquella casa exclamando:

—¡Bah! ¡la suerte está echada! Un grano de arena no puede hacerme tropezar aquí. ¡El porvenir está en otra parte, más arriba, más arriba!.....

XXVI.

¡Libre, libre! ¡ya podía ir directamente hacia su objeto!

Tal fué el primer movimiento de alegría que sintió Miguel en su corazón al encontrarse solo en su gabinete de estudio.

¡Libre! ¿y la Baronesa de Rives?

¡Ah! la Baronesa de Rives no era por ningún

concepto un peligro, ni siquiera un estorbo: al contrario, ella debía precisamente ayudarle á cumplir su alto destino.....

.....
 Á la mañana siguiente envió á Lía una larga carta, demostrándola con fría serie de razonamientos que todo lo que el hombre considera como duradero es sólo fugitivo, deleznable; y añadió á su fraseología un legajo de billetes de Banco.

Pero á las pocas horas recibió los billetes de Banco, que Lía le devolvió sin escribirle una palabra.

¡Oh! ¡qué feliz era con aquel silencio!

—¡Vamos!—se decía.—Lía ha tomado bien pronto su partido en el hecho del rompimiento. ¡Tanto mejor!

Miguel había empezado á creer que el dinero es el remedio de todos los males, desde que entró en la atmósfera especial en que se agitaba la Baronesa de Rives, aquella atmósfera que él amaba tanto como á la misma Francina, que era un perfume de vida aristocrática exhalado por el *beau monde* que antes no conocía, y al cual pertenecía ahora.

Añadamos que su amor propio satisfecho estaba como revestido de verdadero amor, amor locura,

amor eléctrico que Francina se complacía en irritar, en encender vorazmente.

Un día Mr. Bourtibourg invitó á la Baronésa á pasar algunos días en el lindo *château* que poseía en Seine-Port, y rogó también á su colega Monsieur Berthier que se dignase aprovechar el sol de otoño, durante el último período de las vacaciones parlamentarias, para acompañarle en el campo.

—En vez de invitar á Mr. Berthier—dijo Nadeja á su padre—¿por qué no invitas al Conde de Morangis y á Paulina?

—¡Ya veo—contestó Bourtibourg—que mi colega no te agrada!

—Ni me agrada ni me desagrada, y creo que no habrás pensado en proponérmele para marido.....

—¿Yc? ¡Gran Dios, no! ¡eso no! ni siquiera tiene un título..... y ten por cierto, mi querida hija, que en el momento deseado tendrás un esposo con título nobiliario.....

—Sea; pero Paulina de Morangis, á quien no has visitado, es un bello partido para mi hermano Tancredo..... si él no fuese tan estúpido.....

—Lo malo es que tu estúpido hermano no quiere oír una palabra cuando se le habla de matrimonio.

—¿Por qué? porque le aconsejas, en vez de mandarle.

—¿Y si le mando y no me obedece?

—¡Se le achica el bolsillo!

—¿Y si hace deudas?

—¡Que las pague como pueda! Eso es bien sencillo.

—¡Qué mujer, qué mujer!—exclamaba Monsieur Bourtibourg entusiasmado.—¡Una verdadera matemática! ¿Por qué sus compañeras de convento se atreverían á llamarla *loquilla*?

En suma, el antiguo tapicero invitó á Francina, á Miguel Berthier, al Conde de Morangis y á Paulina.

..

Nadeja había instalado en Seine-Port su museo de reliquias de la reina María Antonieta, y una tarde ella y Paulina de Morangis vieron llegar de París al perfumado Tancredo llevando en la mano un cuadro, un viejo cuadro ovalado, carcomido y sin brillo.

—Toma—dijo Tancredo á su hermana, dándole el cuadro—para tu museo: es un retrato auténtico de la Marquesa de Lamballe, tan auténtico, que el comerciante pensaba transformarle en retrato de Carlota Corday..... porque parece que las Carlotas Corday se venden mejor..... ¡Señales del tiem-

po, papá!—añadió volviéndose hacia Mr. Bourti-
bourg, que llegaba en aquel momento.—¡Será
necesario hacernos demócratas!

Y como Nadeja preguntase á Paulina, después
de retirarse Tancredo, qué pensaba de aquel joven,
la hija del Conde de Morangis contestó:

—¡Ah! ¡está siempre correctamente vestido y
huele muy bien!

Nadeja no se tuvo por vencida.

En la tarde, después de la comida, estaban
reunidos los huéspedes de Mr. Bourti-
bourg en la azotea del castillo; la Baronesa, medio tendida
en un *rocking-chair* (mecedora), hablaba con Mi-
guel Berthier, y el Conde de Morangis, que no
fumaba, y á quien Tancredo explicaba las delicias
aromáticas de los *puros* de la Habana, contem-
plaba á Nadeja y á Paulina, cuyas encantadoras
siluetas se destacaban sobre el horizonte, lumi-
noso todavía con los últimos fulgores del sol
poniente.

—¡Traed una lámpara!—gritó Nadeja diri-
giéndose á un criado.

Y en seguida empezó á trazar en su álbum
dibujos extraños, enlaces, coronas, iniciales,
cifras.

—¡Qué idea!—dijo Paulina sonriendo.

—¿Nunca te has divertido con estas combina-
ciones? Pues mira: N. A..... esa cifra es fea;
N. B..... también es fea: puede decirse *Nota Bene*;
N. D..... ¡Bah! ninguna me agrada con la inicial
de mi nombre. La de Paulina es muy diferente.
Veamos: P. A..... una cifra gótica ó imperial;
P. B.....

—¡Nadeja!—exclamó Paulina bruscamente—
yo te suplico.....

—P. B..... —continuó Nadeja impasible.—
¡Mira!

—¿Qué he de mirar? ya sabes que jamás cam-
biaré de nombre.

—Sí, sí, ya lo sé: Luisa de La Vallière, Sor
Luisa de la Misericordia; ¡entendido!..... Pero la
cifra P. B. es encantadora: parece significar *Pau-
lina Bourti-
bourg*.....

—¡O Paulina Berthier!—exclamó Tancredo,
que se había aproximado á las muchachas mien-
tras su hermana dibujaba.

Paulina se puso lívida y Nadeja cerró de golpe
el álbum y arrojó el lápiz, que Tancredo recogió
en el acto y se le entregó á su hermana, dicién-
dole:

—Yo no soy Carlos V, ni tú eres Tiziano, ni
este lápiz es un pincel; pero toma, hermana.

—¡Imposible que haya otro hombre más estúpido que tú!—le dijo á media voz la señorita Bourtibourg.

Al día siguiente se verificó un paseo á caballo, y al regresar al *chateau* Paulina exhaló un débil grito, añadiendo:

—¡Ay, Dios mío! mi brazalete.....

—¿Qué decís, señorita?—preguntóla Miguel Berthier.

—He perdido mi brazalete, un brazalete que estimaba en mucho..... ¿Sabes, papá? aquel brazalete que compraste en Roma, cerca del panteón de Agripa.....

—¡Qué lástima!—dijo el Conde.—Es la única joya que te agradaba.

—¿Cómo es el brazalete, señorita?—preguntó Miguel.

—¡Oh! muy sencillo: medallitas romanas y siracusanas, unidas con una cadenita, y cerrada ésta con broche..... ¡Se habrá abierto el broche!

—¡Vamos, vamos!—gritó á la sazón desde el vestibulo del castillo Mr. Bourtibourg.—Vuestras cabalgatas son muy largas, y aquí desfallecemos de hambre.

La campana del castillo tocaba á la comida, y cuando los huéspedes estuvieron á la mesa, notaron que el sillón habitual de Berthier estaba desocupado.

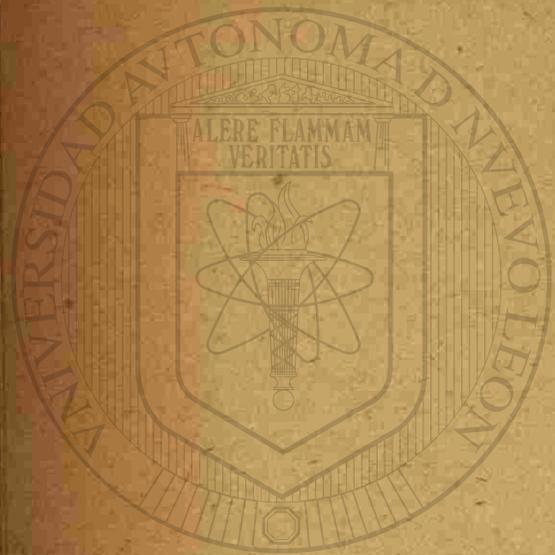
—No esperemos á mi colega—dijo Mr. Bourtibourg—que ya vendrá, y nos adelantará.....

Y hacia la mitad de la comida entró Berthier en el comedor, henchido de alegría y llevando en la mano el brazalete de las medallitas romanas y siracusanas.

—Señorita—exclamó acercándose á Paulina—no tendréis que deplorar la pérdida de esta obra de arte: hé aquí vuestro brazalete.

Paulina, cuya palidez mate hacía resaltar el brillo de su mirada, se colocó el brazalete en su muñeca con mano temblorosa; Nadeja miró á Tancredo como si le dijera: «¡Eso has debido hacer, majadero!» Francina de Rives felicitó á Miguel con voz alterada y sonrisa que mentía.....

En eso se ocupaba Miguel Berthier, mientras los periódicos de París escribían que el hijo de Vicente, el elegido del pueblo, se había retirado á una modesta casa de campo para disponer en la soledad el grandilocuente discurso con que amenazaba al Gobierno del Imperio.



SEGUNDA PARTE.

I.

El momento era decisivo para Miguel, quien no podía menos de analizar lo que pasaba en él y alrededor de él.

En él, una lucha con tres distintos amores, caprichos ó pasiones, que le causaban un sentimiento verdaderamente original, porque no desagradaba á aquel hombre decirse con franca altivez:

—¡Soy un héroe de novela!

¡Un héroe de novela! y se preparaba á *hacer historia*, si podía, y no fijaba límites á sus ensueños de ambición.

La situación de su alma era la de todo hombre de su valía que ha vivido poco en la vida moderna: Francina, Paulina de Morangis y Lía encarnaban las tres razas de mujeres que se hallan en

la existencia ordinariamente: la querida que sufre, la mujer que hace sufrir y la señora á quien se hace legítima esposa.

Y entre esas tres figuras de mujeres, una de las cuales había desaparecido ya como un fantasma, Miguel experimentaba escalofríos de tentación: no era bastante el amor ardiente de la Baronesa, y la aparición aristocrática de Paulina de Morangis le sublevaba. ¡Tener á Francina por querida y á Paulina por mujer! ¡qué idea!

Y no era ésta la única que se hundía en él como una mordedura: la ambición del político se agregaba á los apetitos del hijo del pueblo, ávido de fortuna; tenía sed de amor y sed de poder; sentía anhelos de mando, frenesí de acción; quería mostrar lo que valía su voluntad, lo que pesaba su idea.

¡Poder! Es decir: tener un pensamiento y ejecutarle; tener un deseo y satisfacerle, y tomar para campo de sus operaciones á las masas populares, ese terreno humano en que se experimenta en plena carne.....

Miguel sabía que la hora llegaba, y lo que impedía aproximarse á la sala donde se celebraba el consejo de ministros era como una pared de tablas mal unidas que ceden al menor empuje; dado el empuje, la puerta cedería.

—Todo se puede ganar —decíase Miguel— en esta época tan escasa de hombres; se les habla, y escuchan; se les manda, y obedecen..... Si yo lo quiero, si me agrada, mañana seré gobierno.

Y entonces pensaba en la frase amarga de un periodista codicioso de poder, Emilio de Prangins: «Treinta años de gloria no valen una hora de mando.»

Él, siempre resuelto, orgulloso de sí mismo, convencido de su propia fuerza, no vacilaba en marchar al asalto é imponerse: no había prometido tratar con el enemigo, sino derribarle, y tampoco dudaba del éxito.

La Baronesa le preguntaba alguna vez, como mujer que se cree amada lo suficiente para modificar los sentimientos del que la ama:

—Veamos, Miguel: suponed que el Imperio sucumba hoy ó mañana; ¿qué pondrías en su lugar?

—Bien lo sabéis: la República.

—Para fundar una República hacen falta republicanos.

—Mi querida Francina, hubo un tiempo en que los republicanos de Francia cabían en tres ó cuatro *ventas* de carbonarios, porque sólo constituían una fracción; pero hoy son innumerables, y mañana serán la mayoría.

—Y mañana, cuando sean lo que decís, su primer acto consistirá en declarar *tibio* al ciudadano Berthier que les abrió el camino del triunfo. La democracia, amigo mío, es la ingratitud.

—El que hace bien no tiene necesidad de recompensa — respondió Miguel con el acento de hombre que repite una sentencia.

La Baronesa rompió á reír de tan buena gana, que Miguel se quedó un momento como desconcertado.

—¿Os reís?—preguntó Berthier secamente.

—¡Que si me río!..... perdona, Miguel: confieso que soy horriblemente impolítica; pero, en verdad, es porque te creía con bastante talento para no decir esas vulgaridades. ¿Nada de recompensa? Vamos, sé franco conmigo que te conozco, y te amo porque te conozco; si se te condenase á no recoger en este mundo ni aplausos ni coronas, te pondrías furioso, y con razón. ¿Dónde están los hombres que prescinden de su propia personalidad y se sacrifican á la nación con alegría por el placer de sacrificarse?

—¡Mi padre era uno de esos hombres!

—Convenido; pero ¿cuál fué su suerte final? Vamos, soy una loca hablándote de política. ¡Bien pronto dejarías de amarme si me transformara en adversaria tuya!

—Al contrario: precisamente lo que más amo en tí, Francina, es tu talento, aunque choques con mis opiniones y mis ideas; tu eterna burla, tu sonrisa que me mataría si no me exaltase y me embriagase: esto es lo que te hace ser una mujer superior á todas las mujeres, y lo que me hace enloquecer con tu mirada y tu hermosura, adorada mía.

Entonces Francina era feliz: conocíase dueña de aquel hombre, y diariamente, con el tono ligeramente burlón de una conferencia íntima, entre suspiros y besos, atacábale hábilmente para mostrarle las faltas y el ridículo de las gentes que militaban en el partido de Miguel.

Irritaba sus dudas, despertaba sus vacilaciones, indicábale con sorprendente artificio los peligros á que se exponía, no sólo por la violencia de sus enemigos, sino por los celos y las rivalidades de sus propios amigos.

—Si sospechan mucho—respondía Miguel—es porque han sido engañados muy á menudo.

Y cuando Pedro Menard iba á casa de Miguel, aunque raras veces, para repetir al hijo de su antiguo amigo algunas frases viriles que parecían inútiles á Berthier, éste contestaba al austero proscrito:

—Nada temais: ya sé cuál debe ser mi plan de conducta.

—Es que—solía replicar Menard—no he venido aquí para dictaros un deber, sino para deciros que en las horas de turbación y peligro, tan frecuentes en la vida política, si tenéis necesidad de leal consejo y del apoyo de un hombre que sinceramente os ama, yo estaré siempre á vuestro lado.

Berthier estrechaba entonces la mano de Menard, como para desvirtuar el descontento que pudiera haber producido en el recto espíritu del proscrito la respuesta anterior, y añadía una palabra de verdadero afecto para el amigo de Vicente Berthier.

—Es menester—pensaba con melancolía Pedro Menard—que la juventud ensaye altos vuelos; pero deseo únicamente que el hijo de mi compañero no caiga, como Ícaro, fundidas sus alas de cera, y se rompa el espinazo.....

—Mentor es á veces inoportuno—murmuraba luego irónicamente el buen Menard;—pero eso depende de los proyectos de Telémaco.

Los proyectos de Miguel Berthier se resumían en esta sola palabra: *éxito*.

..

Había hecho en la Cámara una entrada triunfal; era objeto de curiosidad para todos los concurrentes á la sala de conferencias; todas las miradas se dirigían á él; buscábasele en su banco entre los diputados de la izquierda; se murmuraba su nombre al oído; se mostraba su persona con la ansiedad y el respeto que el público siempre otorga á los hombres de gloriosa fama, y cuando dirigía su mirada á las tribunas, observaba que estaban fijos en él los redondos cristales de muchísimos gemelos, como telescopios enderezados hacia un astro.

Miguel no se disimulaba que sostener dignamente su fama, su popular renombre, era tarea muy difícil: ¿debía abordar de frente el medroso problema de monarquía ó república? ¿debía desde luego arrojar el guante al César?

La empresa era peligrosa, y el coro terrible de los interruptores podía, desde los primeros ataques, ahogar su audacia.

¿No valía más insinuarse en la benevolencia de la Cámara, pronunciando un discurso que se dirigiera á los corazones nobles más que á la razón, y diferir la batalla decisiva hasta haberse atrincherado en buenas posiciones? Esto era político, hábil, seguro: pidió, pues, la palabra sobre una cuestión

de moralidad social, y amplió con magnífica elocuencia, fundado en hechos concretos, el discurso que había bosquejado en el salón de la Baronesa de Rives con motivo de la carta de Clotilde Ballue, la muchacha abandonada.

Habló de las jóvenes seducidas y de sus penas, de las deficiencias é injusticias de la ley; fustigó con vehementes apóstrofes á los seductores que abandonan á aquellas desventuradas á los azares más tristes de la vida; leyó con la entonación de un actor consumado el resumen de alguna causa célebre y apeló á la estadística, á una estadística sentimental y vergonzosa; tuvo acentos y arranques soberbios, ardorosos, y logró hacer vibrar en los corazones ecos tal vez olvidados ó adormecidos.

Aquella palabra ardiente, conmovedora, indignada, produjo en la Asamblea un efecto asombroso: esperábase la filípica hostil de un tribuno, y se encontró con la elegía irresistible de un poeta; apóstol ferviente, al parecer, de una causa noble que ganar, de una injusticia social que destruir.

Se le aplaudió extraordinariamente; más de una señora de las tribunas dejó correr sus lágrimas; los diputados de la izquierda se apresuraron á felicitar al orador cuando bajaba al hemicycle, y la

sesión fué suspendida por espacio de algunos minutos.

—¡Vaya un lindo melodrama—exclamaba no obstante un diputado de la derecha—que ha representado el nuevo legislador!

—¡Un éxito de *boudoir!*—añadía otro.

—¡Miguel Berthier..... de *Ennery!*—replicaba un tercero.

Pero en realidad, el efecto producido fué inmenso, y uno de los ministros dijo á Miguel:

—Otro discurso como el vuestro, y la indagación de la paternidad será artículo de ley.

Bourtibourg, que tenía su asiento entre los centros de la derecha y la izquierda, murmuraba al oído de uno de sus vecinos:

—¡Ese muchacho será ministro!

—¿Él? ¡bah, bah! ¿pues si no es más que un retórico, un *parlatore?*

—No importa—se decía Bourtibourg.—¿Quién sabe lo que puede acontecer? Voy á felicitarle.

II.

Miguel había tenido cuidado de enviar al Conde de Morangis billetes de tribuna reservada para asistir á la sesión, y la casualidad reunió en la

misma tribuna á Paulina y á su padre con la Baronesa de Rives.

—¿Vos aquí, niña querida?—dijo la Baronesa.— ¡Qué feliz casualidad! ¿pero ya os ocupáis en la política?

La respuesta de Paulina hubiera parecido irónica en boca de otra mujer.

—No me permitiré por ningún concepto—dijo sonriendo la señorita de Morangis—caminar sobre vuestras huellas.

—No es Paulina—contestó el Conde—quien ha querido venir aquí, sino yo, que he aceptado con gusto una invitación de Miguel Berthier, y he querido presenciar su *debut* parlamentario, lo que llaman los ingleses un *maiden speech*.

—¡Ah, ya! ¿luego vos, primo, no estáis completamente desligado de la infame política? ¿Luego se puede apostar á que algún día intentaréis probar fortuna en los comicios?

—¿Yo?—respondió el Conde con su habitual tristeza.—¡Ay, no! tengo otras preocupaciones.

La Baronesa no perdió de vista á Paulina mientras Miguel hablaba, expiando en su fisonomía animada, conmovida, pálida, con labios temblorosos y ojos húmedos é inquietos, la emoción profunda que el discurso del diputado producía en la niña.

—¡Pero si estáis llorando, Paulina!—exclamó cuando Miguel acabó su oración.

—Sí, sí.....

—¿Por qué, Dios mío?

—¿Por qué? Esa pintura de los mártires de todos los tiempos me ha apretado el corazón.

—Enjugad vuestras lágrimas, querida niña—dijo la Baronesa, gozándose en cortar con sus palabras aquella emoción purísima, como se corta un arbusto con un hachazo;—es menester que consideréis las arengas de los oradores como lo que son: períodos bien hechos, palabras bien aliñadas..... y nada más.

—¡Oh!—exclamó Paulina, herida con aquel acento glacial.— ¡Nunca me haréis creer que sólo hay manifestación del talento de un artista en semejante discurso!

—¡Son tan hábiles los abogados!

—¡Ah, Baronesa! interrumpió entonces el Conde de Morangis con tono breve.— Veo que estáis profundamente desencantada de la vida. Dejad alguna ilusión, os lo ruego, á quien tiene todavía la dicha de guardarlas.

La Baronesa sonrió con ironía y le contestó:

—Sí, sí; ya sé que vos, querido primo, sois partidario de todas las poesías; pero éstas tienen

su reverso, y os aconsejo que penséis también en la prosa, en la horrible y verídica prosa.

El Conde adivinó lo que la Baronesa quería decir, y entrevió en su imaginación una puerta cerrada con una cruz, ó un corazón rodeado de una corona de espinas: la puerta de un convento.

Y cuando se retiraba con su hija por los pasillos y escalera del palacio del Cuerpo Legislativo, decía con fe profunda:

— ¿No es verdad, hija mía, no es verdad que ese discurso era bello y conmovedor? ¿Te ha hecho llorar, Paulina?

— Sí, sí.... ¡pero si la Baronesa de Rives dijese la verdad, oh padre mío, y sólo ha sido la improvisación de un retórico! ¡si ese no sintiese lo que ha dicho!

— ¿Estás loca? Hay acentos que no engañan y que no se parodian: ¡los que brotan del corazón!

— ¡Es verdad! — contestó Paulina, y permaneció desde entonces como embargada por una idea fija en su ánimo.

El Conde de Morangis, á quien no se ocultó la preocupación de Paulina, guardaba rencor á la Baronesa por la extraña manera con que se había burlado de la emoción de la niña, sin sospechar siquiera el naciente vínculo de amor que existía

entre Francina y Miguel: por eso el Conde no adivinó que Francina de Rives tenía celos de Paulina.

La Baronesa no estaba acostumbrada á ver que se la disputaba su presa; entendía que se la amase á ella sola y que ninguna otra mujer viniese á proyectar su sombra sobre aquel amor; tenía violento amor propio y vanidad demasiado íntima para defender con rudeza la posesión del hombre que había elegido, como si el cariño que le profesaba hubiese sido de los que consumen el alma.

Así es que se mostró con Miguel acariciadora, tierna, más rendida que otras veces, y cuando el diputado, terminada la sesión, bajó al vestíbulo, ella le arrebató, por decirlo así, en su propio carruaje, casi furtivamente, mientras la muchedumbre le aguardaba en el muelle, á la salida, para tributarle una ovación.

La Baronesa estaba orgullosa de dominar tan absolutamente á aquel hombre en quien el *todo* París habría de ocuparse con elogio, y de que ese hombre, cuya vanidad era tan grande, inmolase esta vanidad en aras de su amor.

— ¡No me dejarás, no! — le decía ella. — ¡Me concederás toda la noche, toda!

— Pero si tendremos esta noche una reunión

de la izquierda parlamentaria, y se tratará de importantes asuntos.....

—¡No, no, no! ¿Olvidas, Miguel, que me dijiste hace tres días que esta noche, la noche de tu discurso, estarías libre? Si quieres ir á la reunión de tus colegas, es para saborear sus aplausos y sus elogios: pues bien, sacríficame ese nuevo triunfo, y que ninguna voz sino la mía te diga por lo bajo, muy cerca, mi boca en tu boca: «¡Qué elocuencia la tuya! ¡oh Miguel! Lo que has hablado era bello, ¿entiendes? bello, bello.....» ¡Ah! ¡cuánto te amo!

Miguel no resistió, y quedóse en casa de aquella mujer, conquistado, seducido, domado; pareciale que la vivienda de su querida era suya propia, y los muebles elegantes, las alfombras, los esmaltes, las porcelanas, todo, en suma, era necesario para su vida.

Francina le había dicho varias veces que la habitación de la avenida Trudaine era indigna de él, y que se instalase en una linda habitación de la calle Taitbout, amueblada presurosamente por el sucesor de la casa H. Bourtibourg y Compañía; y además quiso darle una sorpresa ofreciéndole un soberbio sitial de tapicería estilo Luis XIII, que ella misma le contaba había bordado.

La verdad es que aquel sillón, *el sillón ministerial*, según decía la Baronesa, fué ejecutado en una fábrica de muebles.

Y sin embargo, Miguel comparaba aquellos bordados con los cuadros de guipur que brotaban de los dedos de Lía, y exclamaba:

—¡Si esto es un trabajo de hadas! ¿por qué te has tomado tantas molestias?

¡Ah! Lía no conocia á la Baronesa, y ésta ignoraba la situación de la pobre muchacha: Francina sólo sabía que Miguel se había emancipado porque ella le impulsó á hacerlo así. ¿Podía, por lo tanto, hacerle cargos de ningún género?

Allá, en la tribuna del Cuerpo Legislativo, Miguel, desvanecido por su propia elocuencia, no pensó en Lía; pero aquí, en casa de la Baronesa, mientras ésta le hablaba, aparecíasele repentinamente el rostro entristecido de la dulce niña, llvido, como un rostro de muerto.

Tuvo necesidad de hacer un esfuerzo violento sobre sí mismo para desvanecer aquella rápida visión, y añadió de pronto con el entusiasmo de un hombre que deseaba librarse de ideas sombrías:

—El pasado ha concluido: ¡todo yace en la tumba! Lo único que vive eres tú. ¡Ámame, ámame! ¡amémonos mucho, mucho!

III.

El famoso discurso de Miguel Berthier no debía ser apreciado de igual manera por todos los periódicos del partido republicano: muchos levantaron acta del brillantísimo éxito del joven tribuno; pero otros, más severos, dejaban traslucir su asombro.

El anciano y austero Delesclide no se ocultaba para atestiguar con dureza en su diario el efecto que la arenga de Miguel Berthier le había producido.

«Esperábamos (escribía) á un orador que venía á proclamar altamente las reivindicaciones del pueblo, y hemos visto bajar de la tribuna á un abogado elegiaco de la mujer seducida, madre y abandonada. El vencedor de Brot-Lechesne nos debía una arenga á lo Miguel (de Bourges), y nos ha dado una tirada de Mr. Ennery.»

Y Miguel, vivamente ofendido por ese juicio, aunque no era muy cruel, decía hablando de Delesclide:

—Vamos, estos jacobinos son y serán siempre iguales: ¡eternos disidentes!

Pero en revancha saboreaba los elogios de otros diarios que comparaban su elocuencia con la de Vergniaud, inmoldando á su *elocuencia*, como él hubiera dicho, la palabra elegante y fluida del orador girondino.

La casualidad le hizo encontrar en la plaza de la Concordia á Pedro Menard, y le dijo:

—¿Sois vos también de los que me desapruaban?

—No: vuestro discurso era muy bello y muy justo; pero se esperaba de vos otra cosa..... En fin, esa cosa la daréis algún día.

—Euhorabuena: no sois de los que, con pretexto de inflexibilidad de principios, desdeñan eternamente la táctica.

—¡Cierto que no! Sólo que—respondió Menard—tened en cuenta que los principios en la tierra son como las brújulas en el mar: no se puede prescindir de ellos. Observad: hay días de invierno en los que la niebla nos envuelve como una emanación mefítica que ahoga; pero se levanta la mirada á lo alto, y por encima de la niebla y de la obscuridad las estrellas resplandecen en el espacio sin mancha. La niebla es el interés del momento; las estrellas son los principios.

Miguel había experimentado, al entrar en el Cuerpo Legislativo, el sentimiento que embarga á

todos los que penetran en las grandes Asambleas con firme propósito de proclamar sin rebozo las verdades que constituyen su convicción, y luego entrevén los peligros de lo absoluto que se levantan bruscamente amenazadores, irreductibles, delante de aquellas gentes reunidas y que representan *intereses*.

Además, el medio en que vivía la Baronesa no había contribuido poco á inspirarle una especie de duda hacia lo que anteriormente era objeto de su admiración y entusiasmo, y el frecuente roce con adversarios corteses, tal vez hábiles, á quien encontraba en los pasillos y en el salón de conferencias, los saludos que se cambiaban, los cumplimientos dados y recibidos, todas esas vanalidades de la vida del legislador le habían hecho poco á poco más indulgente para las opiniones de todos.

Una tarde de lluvia, no encontrando coche en la parada más próxima al Cuerpo Legislativo, Miguel oyó que le llamaba alguien cuyo rostro no reconocía, y que se mostraba medio escondido en la cerrada portezuela de una berlina.

—Si no encontráis algún *char*, Mr. Berthier—le decía—me pongo desde ahora y absolutamente á vuestra disposición.

Miguel entonces creyó reconocer la voz de uno

de sus colegas de la izquierda de la Cámara, y cuando se acercaba al carruaje vió que el propietario de éste era Mr. Malainvilliers, uno de los ministros á quien tal vez combatiría en la sesión inmediata.

Detúvose en el acto por instintivo movimiento.

—¡Vamos, vamos!—le dijo *Su Excelencia* riendo francamente.—¡Nada de ceremonias! El puesto que os ofrezco no es de los que pudieran comprometeros, y os dejaré en vuestra casa al pasar.

—Llevar la intransigencia—pensaba mientras tanto Miguel—hasta rehusar una cosa como un paraguas, sería sencillamente estúpido.

Y subió al carruaje del Ministro, quien dió al cochero, sin preguntar nada á Miguel, las señas del domicilio del diputado, calle Taitbout.

—Ya véis que estoy bien enterado de ciertos detalles—dijo el Ministro con casi infantil sonrisa;—y si se tratase de arrestaros, no tendría que pedir las señas de vuestra casa al prefecto de policía.....

—¡Ciertamente—respondió Miguel en el mismo tono.—Esto podría ahorraros la pérdida de un minuto, y en la hora crítica de un golpe de Estado un minuto vale un siglo.

—Un minuto siempre vale un siglo—replicó el ministro, más serio—y no comprendo que se pierdan tantos en hacernos una oposición inútil, cuando todos los esfuerzos de los buenos ciudadanos, como vos y vuestros amigos, estarían mejor empleados en trabajar con nosotros por la felicidad del país.

—¡Oh, oh! ¿pero V. E. pretende abusar de su hospitalidad para corromperme?

—Se corrompe á las gentes vulgares, Mr. Berthier—respondió el ministro—pero á los hombres de talento se les recibe.

Miguel comprendió que no podía replicar nada, siendo, según él dijo, huésped momentáneo del ministro; ó no queriendo replicar después del elogio de su mérito, hecho tan cordialmente por *Su Excelencia*, y que no le hubo desagradado.

Cuando el carruaje paró á la puerta de la casa de Miguel, el Ministro alargó la mano al diputado, quien la estrechó.

Pero todo se sabe en París, y á la mañana siguiente se habló mucho de la aventura, principalmente en el *restaurant* de la plaza de la Magdalena, donde almorzaban varios diputados.

—¡Ha subido á las *carrozas del poder!*—decía riendo Mr. de Courbonne, el que se hacía llamar

diputado del café Riche.—Si las *secciones* lo saben, serán capaces de deplorar que haya sido derrotado Brot-Lechesne. ¡Berthier *ha naufragado!*
—¡Amén!—añadió Mr. Matorel (de Roseen).

*
*

La historieta del «coche de Su Excelencia» era poca cosa: lo más grave, y lo que supieron los colegas del diputado por París, fué cierta conversación que tuvo Miguel, poco tiempo despues, con el Duque de Chamaraule, en casa de la Baronesa de Rives.

Verificóse en el día siguiente á un discurso político, vigoroso, esmaltado de atrevidos rasgos de oratoria veheméntísima, parecidos á los soberbios arranques de un Berryer, y también lleno de cifras de hechos, á la manera de las relaciones familiares y casi volterianas de Mr. Thiers; discurso en que Miguel Berthier pasó revista á los años últimos del Imperio, desde que Francia, aturdida y como envuelta en una humareda de gloria por el cañón de Puebla, se había despertado con el estallido del cañón de Sadowa, y se preguntaba con temor, no solamente lo que se hacía de su libertad, sino lo que se iba á hacer de su independecia.

El hijo de Vicente Berthier supo encontrar

acentos vibrantes para reivindicar en nombre de la nación, el derecho de pensar y de vigilar ella misma por sus fueros en el interior y por su seguridad en el exterior.

El discurso, tan magnífico como se esperaba de Miguel, no era una absoluta declaración de guerra al Imperio, sino una especie de compás de espera: hablábase en él de las generaciones nuevas, *sólidas reservas de la patria*, como aconsejando al Emperador que las utilizase, y se oponían los *luchadores juveniles*, los *combatientes llenos de esperanza* á los *ancianos egoístas* que imponían al país dura coyunda.

El efecto del discurso fué inmenso: se firmaron mensajes de honor á Berthier en los cafés del barrio Latino; los estudiantes fueron á casa del diputado cuando salieron de las Escuelas de Medicina y de Derecho; hubo mucho ruido y algún movimiento por la noche en el boulevard Saint-Miguel, delante de la *Source*, porque los guardias municipales prohibían gritar: *¡Viva Bertliér!*

Este soberbio triunfo encantó al tribuno, quien ya no se inquietaba por las murmuraciones y los juicios de la muchedumbre, sino que aspiraba á que se le escuchase en parajes elevadísimos, en las Tullerías.

—¡Hubiera querido ver la cara del Emperador—decía francamente—cuando él haya leído el discurso en el *Journal officiel!*

¿Preparó la Baronesa de Rives la entrevista que en su casa tuvieron en el siguiente día Miguel Berthier y el duque de Chamaraule? ¿Diríase que Francina se había impuesto la misión de impulsar á Miguel á quemar lo que adoraba hasta entonces!

Berthier, á quien ella había esperado algún tiempo, estaba ya en casa de la Baronesa cuando llegó el Duque, y Francina, que cerraba las puertas de su casa para todo el mundo en hallándose al lado de Miguel, excusóse en aquella ocasión manifestando á éste que era indispensable recibir á Mr. de Chamaraule.

El Duque era á la sazón el servidor más adicto y más convencido del Imperio en su ocaso, y también el más leal, y ejercía sobre el Emperador verdadera influencia, la influencia que conserva, á despecho de los años, el compañero en las primeras aventuras, el amigo en las horas de inclemencia, el que os vió pobre, necesitado, humillado, ambicionando el poder, soñando con la gloria, y tropezando en la dura realidad de las decepciones y las deudas.

Miguel no conocía al Duque sino por haberle visto desde lejos en la tribuna de los antiguos ministros, y no le desagradó verle de cerca, aunque sin poder disimular una sonrisa.

—La vida tiene caprichos muy raros—se decía; —antes, el carruaje del ministro Mr. de Malainvilliers; ahora, una entrevista con el Duque de Chamaraulte. ¡Delicioso!

El Duque fingió asombro al encontrarse con Miguel en los salones de la Baronesa, y le atestiguó con las exquisitas maneras de correcto diplomático, disimuladas algún tanto por una especie de franqueza militar, el sentimiento de admiración que profesaba (¡doctrinas políticas aparte!) al autor del discurso de la víspera.

—Y os admiro tanto más, Mr. Berthier—añadió el Duque—cuanto que habéis aceptado una obra ingrata y ruda. Vos poséis todas las dotes necesarias para ser un hombre de gobierno, y os habéis hecho hombre de oposición; tenéis ciencia, voluntad, energía; se adivina que habéis nacido más para dirigir un Estado que para perturbarle.... Observad que no contáis con la facundia tumultuosa de un orador de club, sino que ejercitáis admirablemente la dialéctica inflexible de un político que sabe adónde va y procura á la vez conseguir

el triunfo y hacer que su obra sea respetada. En verdad, os tengo lástima.

Berthier le escuchaba con asombro lleno de tentaciones.

—Sí, os tengo lástima—continuó el Duque—porque con vuestras cualidades pertenecéis al partido que no sabe apreciarlas.... ¡Os pido perdón si tengo la mala suerte de herir alguna de vuestras susceptibilidades!.... ¡Ah, Mr. Berthier! ¡Lástima, sí, que gastéis en las filas de la oposición veinte veces más talento que se necesita para gobernar á ese mismo pueblo que os aplaudirá con entusiasmo hasta el día en que esté dispuesto para arrojaros con rabia á las gemonías, al oprobio. Vos sois un hombre de Estado, Mr. Berthier, y los hombres de Estado no son bien vistos de vuestros correligionarios, los cuales saben ser (lo confieso, y ved que les hago justicia) elocuentes en el ataque, valerosos en la derrota, admirables en el destierro.... pero ¡nunca han sabido ser vencedores! ¡Hombre de Estado! ¡Esas palabras son la suprema injuria que lanzaba Marat á los girondinos! Ellas equivalen al epíteto de *moderado* con que vuestros amigos designan bruscamente á todo aquel que desea reflexionar, meditar y no ir de un salto á los extremos; sois de la raza resistente

de Casimiro Perier padre, y ambicionáis el papel de Ledru-Rollin, que á pesar de su honradez ha fracasado, bien lo sabéis, y estaba obligado á obedecer á los mismos que tenia á sus órdenes. Todas estas reflexiones y otras muchas se me han ocurrido al leer vuestro magnífico discurso, ese discurso que he visto hace poco en manos del Emperador y que S. M. (aunque esto os contraríe) ha encontrado excelente, excelente de intención y en la forma..... Pero os quejáis en él de que la joven generación no es recibida según merece por el poder nuevo..... ¡Mal hecho! no es culpa nuestra si los jóvenes siguen la moda y se alistan en la oposición..... Decís que en las Tullerías sólo hay ancianos egoístas, y yo digo más todavía que vos, porque son más que egoístas, no sé lo que son..... Precisamente hablaba yo un día con el Emperador delante de una chimenea, y le declaré que lo que más le perjudicaba era una parte de su corte; mas él me respondió sencillamente: *Se toma lo que se encuentra.....* y la conversación quedó ahí. ¡Tenía razón el Emperador! Se toma lo que se encuentra; pero el día en que se encuentre un hombre resuelto, joven, superior, que quisiera ponerse al servicio de esta obra: *la unión del Imperio y la libertad*, que no es un maridaje *in extremo*

mis, como decía Pelletan interrumpiéndoos, habrá en Francia un Gobierno verdaderamente progresivo, y el ministro que consiguiera fundarle pasaría á la posteridad con más gloria que todos los tribunos del mundo. ¡Ya véis que os entrego el secreto de la plaza y olvido que habéis puesto cerco á la fortaleza! ¡Hacedlo! Nosotros estamos dispuestos á rechazaros vigorosamente, y si por desgracia vuestra penetrarais en ella á viva fuerza, yo os tendría lástima, porque estoy seguro de que vuestros soldados descargarían contra vos las armas que vos mismo hubieseis puesto en sus manos. ¡Y ya veréis el día en que intentéis poner un dique al movimiento después de haberle impulsado! ¡Qué desórden! Otros lo intentaron y sucumbieron; y no creo, Mr. Berthier, que vuestro ideal de gobierno sea el gobierno revolucionario á perpetuidad.

Miguel creía estar soñando: aquel Duque, cuyo nombre había considerado siempre como sinónimo de arbitrario y violencia, hablaba familiarmente, con la sonrisa en la boca, á un adversario, confiando en él con amable abandono.

—¡Qué bien hace la bola de jabón!—se decía la Baronesa escuchando al elevado personaje.—
¡Con qué habilidad pone la jarra de leche al alcance del que tiene sed de dulzuras!

Y se abanicaba sonriente, mirando á los dos hombres; el uno hablando sin tasa y acompañando sus palabras con ademanes expresivos de franqueza, de cordialidad; el otro pálido, mordiéndose los labios, atusándose alguna vez las patillas ó pasando su mano por los cabellos para echarlos hacia atrás, como si cruel jaqueca le apretase la frente y las sienes.

La conversación duró todavía algún tiempo, decayendo en generalidades, y en seguida se despidió el Duque, saludando con visible expresión de consideración casi afectuosa á Berthier, que estaba turbado, febril; y salió, dejando solos á Francina y Miguel.

—¿Has comprendido lo que el Duque ha querido decir?—dijo ella.

—¡No!—respondió él bruscamente.

—¡Vamos! un hombre como tú ve desde luego el objeto que se le enseña, cuando este objeto es..... lo que te ha dicho el Duque de Chama-raule.

—Entonces ¿está encargado de comprarme?

—¿Comprarte? ¡Ah! ¡qué palabra tan fea! No está encargado de nada, según creo; pero ha capitulado delante de tí. Pide la paz, ¿comprendes? y la pide, ¡á qué precio!

—Eso es, ¿á qué precio?—preguntó Miguel, que pensaba en Pedro Menard.

—¡El poder inclinándose profundamente delante de un hombre!—añadió Francina, dirigiendo á Berthier un ataque de fondo á su fibra más sensible: la vanidad.

—Sí, sí, es verdad—dijo Berthier con acento febril;—me ha ofrecido claramente..... ¡quizás todo lo que yo quiera ser! ¡Mi discurso les ha dado miedo! ¡El Emperador lo ha leído! ¡Bah! ya sabía yo que lo leería..... Pero ser yo ministro, ¡qué locura! Perdería el apoyo de mis amigos y no ganaría el de mis enemigos..... ¡Vamos!—añadió Berthier con furor reconcentrado.—No hablemos más de esto..... ¡Hay causas que no se abandonan jamás!

—¿Quién habla de abandonarlas?—dijo la Baronesa.—Asegurar el triunfo de las reformas liberales ¿es desertar? Empuñar el timón de la nave y dirigirla al puerto de salvación ¿es desertar? Entonces, ¿sería un desertor Roberto Peel?

—No estamos en Inglaterra, sino en Francia.

—Y estamos condenados á revoluciones á perpetuidad, porque los políticos pusilánimes, cuando se les ofrece el poder, retroceden asustados, sí, asustados..... de lo que dirán el ciudadano Pedro

Menard y los vocingleros del café Frontín..... ¡Corrientel ¡ni una palabra más!..... pero tienes fiebre, tus manos abrasan, tus sienes van á estallar.....

Y mirándole con su eterna sonrisa, le pasaba sus dedos por la frente,

—¡Mi pobre Miguel!—añadía.—Tú no estás hecho para ser hombre de Estado, eso es, diga lo que quiera el Duque, sino que has nacido para escribir novelas y poesías..... Entonces podrías poetizar á tu gusto, y aun burlarte de los hombres á quien se dice: «¿Queréis el poder? ¡tomadlo!» y que responden: «¡Seguid vuestro camino!»

Nunca Miguel había estado tan inquieto y aturdido; cerraba los ojos y hubiese querido taparse los oídos; entreveía en medio del lujoso salón una gran figura pálida, silenciosa, grave, que era el espectro de Vicente Berthier, el desterrado de Diciembre.

A la mañana siguiente el Duque de Chamaraule recibía este conciso billete, escrito en menudas letras:

«Bravo, mi querido Duque: vacila, tiembla y suspira. *Marion* llora, *Marion* grita; pero *Marion* anhela, en su interior, que se la case, y se la ca-

sará; porque para decidir á las gentes, el mismo Foy es torpe á vuestro lado.

»Vuestra aliada y admiradora, F. DE R.»

IV.

Hay en la palabra una especie de fermento, que después de penetrar por el oído en la conciencia, como el veneno suministrado al padre de Hamlet, se arraiga y se desenvuelve en ella, semejante á ciertas plantas de rápido crecimiento.

Miguel Berthier, desde la conversaci6n con el Duque de Chamaraule, era presa de una fiebre insana, un descontento instintivo, de cólera, de indecisi6n, de sobresaltos interiores, que es como la enfermedad especial de los ambiciosos en plena lucha.

Experimentaba amarga satisfacci6n en repetirse todo lo que el Duque le habia dicho acerca de la ingratitud de las muchedumbres, y su orgullo, mejor dicho, su vanidad se sublevaba con la idea de no ser sino un instrumento en las manos omnipotentes del número.

—¿No sería yo más útil á ese mismo número— se preguntaba con cierta angustia— dirigiéndole que siguiéndole?

Menard y los vocingleros del café Frontín..... ¡Corrientel ¡ni una palabra más!..... pero tienes fiebre, tus manos abrasan, tus sienes van á estallar.....

Y mirándole con su eterna sonrisa, le pasaba sus dedos por la frente,

—¡Mi pobre Miguel!—añadía.—Tú no estás hecho para ser hombre de Estado, eso es, diga lo que quiera el Duque, sino que has nacido para escribir novelas y poesías..... Entonces podrías poetizar á tu gusto, y aun burlarte de los hombres á quien se dice: «¿Queréis el poder? ¡tomadlo!» y que responden: «¡Seguid vuestro camino!»

Nunca Miguel había estado tan inquieto y aturdido; cerraba los ojos y hubiese querido taparse los oídos; entreveía en medio del lujoso salón una gran figura pálida, silenciosa, grave, que era el espectro de Vicente Berthier, el desterrado de Diciembre.

A la mañana siguiente el Duque de Chamaraule recibía este conciso billete, escrito en menudas letras:

«Bravo, mi querido Duque: vacila, tiembla y suspira. *Marion* llora, *Marion* grita; pero *Marion* anhela, en su interior, que se la case, y se la ca-

sará; porque para decidir á las gentes, el mismo Foy es torpe á vuestro lado.

»Vuestra aliada y admiradora, F. DE R.»

IV.

Hay en la palabra una especie de fermento, que después de penetrar por el oído en la conciencia, como el veneno suministrado al padre de Hamlet, se arraiga y se desenvuelve en ella, semejante á ciertas plantas de rápido crecimiento.

Miguel Berthier, desde la conversaci6n con el Duque de Chamaraule, era presa de una fiebre insana, un descontento instintivo, de cólera, de indecisi6n, de sobresaltos interiores, que es como la enfermedad especial de los ambiciosos en plena lucha.

Experimentaba amarga satisfacci6n en repetirse todo lo que el Duque le habia dicho acerca de la ingratitud de las muchedumbres, y su orgullo, mejor dicho, su vanidad se sublevaba con la idea de no ser sino un instrumento en las manos omnipotentes del número.

—¿No sería yo más útil á ese mismo número— se preguntaba con cierta angustia— dirigiéndole que siguiéndole?

Acordábase entonces de su padre, y se preguntaba por el bien que había hecho sobre la tierra aquel mártir. Sí, ¿qué bien fué el suyo? ¿habrían servido de algo á la causa que pretendía noblemente defender, su sacrificio á una idea y su mismo destierro? ¿qué había dejado detrás de sí?

¡Un ejemplo! ¿Y qué? ¿podía deducirse de ese ejemplo alguna experiencia práctica para el porvenir?

—La política de mi padre y la de Pedro Menard es una política sentimental—añadía Miguel en sus largas y febriles conversaciones consigo mismo—y la que hoy se necesita es una política experimental.

Había encontrado y repetido la palabra que todo hombre intenta hallar para esconder tras ella una palinodia, esa palabra que es como la máscara con que se cubre el rubor político.

¡Ah! ¡mandar, ordenar, dirigir los hombres! ¡Qué ensueño!

Y como si quisiera engañarse, mentir á su propia conciencia, Miguel Berthier simulaba todavía aquella ambición, aquellos apetitos de mando con este pretexto: servir á la humanidad, servir á la patria.

En la Cámara nadie adivinaba lo que había en

aquel espíritu; nadie adivinaba que su cerebro ardía bajo el cráneo, porque Miguel conservaba en el rostro la expresión fría y acerada de siempre; pero se había notado que guardaba silencio sobre cuestiones que debieran apasionarle profundamente y aun obligarle á pedir la palabra.

Sus amigos estaban algo asombrados, y los más adictos decían: «¡Se reserva!»; pero los más susceptibles movían la cabeza y contestaban: «¡Se transforma!»

Y él, fingiendo no preocuparse por nada, iba lentamente, vacilante, turbado, hacia el objeto que veía resplandecer ante su mirada, pero iba; y cuando no soñaba en su conversación con el Duque de Chamaraule, y olvidaba á Francina y su seducción acariciadora, pensaba con deleite en Paulina de Morangis, bella, rica, millonaria, y se preguntaba con interiores estremecimientos, no de amor, sino de áspera codicia, de anhelo de riquezas, si podría hacerla su mujer.

Su amigo el Vizconde de Vergennes, visitándole una mañana, desenvolvió sin quererlo en el espíritu de Miguel esas ideas matrimoniales, ya que el matrimonio de Gontrau se había retrasado por fallecimiento de una pariente de la señorita de Lorières, su prometida.

—No sé dónde he leído—le dijo—y por qué he fijado en mi memoria este aforismo vulgar que sólo tiene el mérito de ser exacto: «Reno de Groenlandia, granada de España, dichoso el que en sus viajes ha conseguido probaros; pero más dichoso aún el que sabe contentarse con un pobre puchero en la madre patria.....» Pero ese puchero, querido mío, necesita una mano que le prepare y un ojo que le vigile. ¡Por eso me caso!

Miguel se burlaba de tan prosaico argumento.

—Bueno, bueno—le respondía Miguel.—¡El matrimonio! Después de haberlo rechazado, empiezo á pensar en él; pero ¿cómo se casa?

—¿Quieres dejarme reír? pues de la manera más sencilla. La escena pasó en provincia, donde me divertía bien poco, y en la cual había una muchacha que se divertía menos que yo; todas las noches se la obligaba á *hacer música*, y claro es que á mí se me obligaba á escucharla. Yo veía á la muchacha tan dulce, tan triste, dirigirse hacia el piano con tal languidez, con tal aspecto de fastidio, que no pude menos de compadecerla. ¡Pobre niña! todas las noches tocaba el mismo nocturno de Mendelssohn, y siempre se escuchaba al final de la pieza el mismo *bravo!* de gentes á quien Mendelssohn fastidiaba. ¡Qué vida! Entonces me

propuse libertarla de aquel suplicio diario, de las teclas de marfil y de Mendelssohn, y me caso con ella. ¡Es un matrimonio de piedad! Y será, cosa curiosísima, un excelente matrimonio.

—Es posible—dijo Berthier.—Yo no he hallado todavía á nadie..... Ni por piedad, ni por interés, me siento comprometido.....

—¿Y por amor?

—¿Cómo?

Gontran miró á Miguel con más afecto que malicia, y le dijo:

—¡La señorita de Morangis es encantadora!

—¿Estás loco? —exclamó Berthier con vivacidad.— La señorita de Morangis es adorable; pero.....

—Pero ¿qué?

—¡Es demasiado rica!

—Tú eres más rico, con el porvenir que se te presenta; porque ¡vive Dios, Miguel! pronto serás ministro.

Indudablemente Gontran de Vergennes daba á sus palabras sentido muy diverso del que predominó en la conversación de Miguel con el Duque de Chamaraule; mas ¿por qué extraña casualidad recordaba á su amigo los proyectos de ambición que hervían en su cabeza?

Cuando Gontran partió, Miguel tuvo necesidad de meter su frente en agua fría, como si toda su sangre hubiera afluído á aquel sitio; eran dos sueños paralelos el poder y la riqueza, y podía realizarlos á la vez; estaban allí, al alcance de su mano: el Duque de Chamaraule ofreciale uno, y la señorita de Morangis representaba el otro.

Para ser ministro y ser millonario sólo tenía que pronunciar una palabra, dar algunos pasos.... ¡Es verdad! Pero esos pasos hacia el poder, hacia el Imperio, tendrían un nombre asqueroso, vil: traición, apostasía.

¡Él! ¡un renegado él, hijo de Vicente Berthier!

Miguel experimentó absoluta necesidad, antes de ir á la Cámara, de tomar aire libre, de respirar en pleno París como el aire de la soledad; y sin acordarse un instante de la política, dirigióse por los *boulevards* exteriores hacia el parque Monceau, con propósito de regresar por los Campos Eliseos.

Era una tarde de fin de invierno, y el parque de Monceau estaba desierto; los árboles destacaban sus ramas heladas sobre un cielo plomado y hú-

medo; algunos paseantes caminaban lentamente á lo largo de los arriates de hierba, bajo una atmósfera esponjosa que se hacía á cada momento más espesa.

Miguel Berthier miraba, á través de los árboles, al macizo fantasma del Arco del Triunfo de la Estrella perdiéndose en opaco horizonte, cuando súbitamente, cerca del puente inmediato, se detuvo y lanzó un grito de asombro: la señorita de Morangis, del brazo de su padre, iba hacia él, mientras el doctor Loreau, que les seguía, hablaba en alta voz con grandes risas, sin duda para hacer reír á Paulina.

—¡En verdad—se dijo Miguel—que la casualidad se mezcla en mi vida!

Adelantóse, sombrero en mano, hacia el Conde, inclinóse delante de Paulina, estrechó la mano al padre y saludó afectuosamente al doctor Loreau.

Paulina estaba algo enferma, y el médico la había prescrito un paseo á pie para aspirar el dulce ambiente lleno de las promesas de primavera.

—Figuraos —dijo el Conde á Miguel— que el doctor Loreau, abusando de su derecho de príncipe de la ciencia, nos explicaba un verdadero caso de antropología.

—Pues qué—dijo el doctor—¿no es bueno saber de todo? No quiero parecerme al amable *Diafosius* de Molière, que ofrecía á una niña encantadora el agradable espectáculo de una disección; pero creo que la señorita de Morangis no es indiferente á lo que refiero.

Edmundo Loreau intentaba, efectivamente, reaccionar en el espíritu de la niña contra las ideas místicas en que el alma de la niña se consumía.

—Lo que tú has hecho—solía decir al Conde de Morangis—quiero deshacerlo.—Ya ves: soy un viejo solterón, sin familia, sin parientes, que amo á tu hija como si fuese hija mía, y entiendo que se suicida si entra en un convento. ¡Yo me encargaré de separarla de ahí! Que admire todo lo que quiera á las Teresas, Florentinas y Pancracias; pero ¡qué diablo! que no las imite. Receta de médico: ¡por ningún concepto lo permito!

Trataba á Paulina como á mujer superior que posee la pasión del sacrificio, y si ella sólo había contemplado á Dios, él quería que considerase y contemplase á la humanidad; y con jovialidad, sin pedantería, el doctor Loreau derrochaba tesoros de ingenio, de elocuencia, de saber, para llevar hacia la vida ordinaria aquella niña que estaba enamorada del claustro, de la muerte.

Y el médico había comprendido que en este rudo combate psicológico, en cierto modo, contaba desde hacía poco tiempo con un auxiliar poderoso: este auxiliar era Miguel Berthier.

El afecto instintivo y naciente que Paulina sentía por el abogado de los sufrimientos humanos, aunque ella no se le había confesado, adivinóle al punto el doctor Loreau.

—¡Bueno, bueno!—se dijo al principio.—Es un refuerzo que llega á tiempo, y si el amor se mezcla en el asunto, nos habremos salvado.

Y luego se rascó la oreja derecha, porque Miguel no le agradaba sino á medias; el doctor Loreau, sin caer en las exageraciones de un Lavater, era bastante buen fisionomista para adivinar al ente moral á través del hombre físico, y la linda cabeza comprimida y febril de Berthier no le prometía nada bueno.

—¡Es un agitado!—pensaba.—Y para llegar á su objeto un hombre como él será capaz de hacer muchas concesiones..... ¡y todavía soy modesto!..... Pero es hombre de talento, y con las gentes de talento siempre hay recursos. ¡Los únicos detestables son los imbéciles! ¿Quién sabe? Una mujer como Paulina puede hacer un héroe, si la ocasión se le presenta, de un hombre como Miguel Berthier.

El casual encuentro de los cuatro personajes en el parque Monceau fué, por lo tanto, agradable á todos ellos: el Conde y Miguel hablaron de política mientras paseaban, y la conversaci3n recayó en seguida en el primer discurso de Berthier, como si éste le hubiese pronunciado en el día anterior.

Entonces Paulina preguntó al diputado si había tenido noticias de la pobre niña autora de la carta que él había leído en casa de la Baronesa, añadiendo que á pesar de sus numerosas gestiones no había logrado encontrar en aquel París inmenso, donde el dolor se pierde como una lágrima en un torrente, á Clotilde Ballue, averiguando únicamente que esta muchacha infortunada, después de trasladar su domicilio á la calle de Condorcet, 50, había sido invadida por fiebres perniciosas y trasladada al hospital Lariboisière.

—¿Había muerto? ¡No!—exclamó la señorita de Morangis, informada por el portero de la última casa.—Después de curada no volvió á su domicilio de la calle de Condorcet, sino que continuó trabajando mucho, no obstante su estado delicadísimo, enfermizo.....

Y no sabía más, porque el portero añadió que la muerte sería lo más feliz que la pobre muchacha hubiera podido encontrar.

Miguel acordóse de que había prometido á Paulina adelantarse con sus limosnas, y deploraba amargamente haber olvidado tan pronto á Clotilde Ballue; mas prometió á la señorita de Morangis, con firme voluntad de cumplir su promesa, averiguar si Clotilde vivía.

—Me prestaréis un gran favor, caballero—dijo Paulina—porque la suerte de esa mujer me interesa muy especialmente.

—Y eso—murmuró el doctor Loreau—porque él leyó admirablemente la carta. ¡Oh naturaleza!

El Conde intervino entonces, invitando á Miguel á llevar personalmente el resultado de sus pesquisas al hotel de Morangis, y añadió:

—Me consideraré como feliz, caballero Berthier, recibiendoos en mi casa.

Miguel aceptó, y dióle gracias con efusión.

Paulina, al oír la invitación hecha por su padre, estaba pálida, quizá turbada, pero no descontenta.

Separáronse, y Miguel Berthier, mientras caminaba hacia el Cuerpo Legislativo, se preguntaba si debía considerar la invitación del Conde de Morangis como una tácita aquiescencia, suponiendo que le había adivinado sus sentimientos, ó como una fórmula vanal de cortesía.

Pero dejó sin respuesta sus preguntas y concluyó por exclamar:

—¡Ah! ¡esto es para volverse uno loco!

Aquella tarde se observó en la Cámara que Miguel Berthier estaba caviloso, febril, y al verle echarse hacia atrás sus largos cabellos y agitarse en su asiento mientras el ministro de Estado enaltecía pomposamente la prosperidad del Imperio y desdeñaba la debilidad de las *tres ramas* del árbol germánico, decían los diputados:

—¡Berthier está trinando! ¡Berthier va á contestar! ¡Berthier se agita, se despierta de su calma! ¡Oh! ¡el despertar del león!

Pero Berthier no se despertaba, ni siquiera escuchaba al ministro: entreveía el sereno y escultural rostro de Paulina de Morangis, y como había sacrificado el amor cándido de Lía Hermann al loco amor de Francina de Rives, pensaba en si era posible romper la nueva cadena que le aprisionaba y pedir la mano de Paulina al apartarse de los brazos de la Baronesa.

En aquel momento, complaciéndose en pasar rápidamente de un peldaño á otro peldaño, sólo pensaba en Paulina y en Francina; la imagen de Lía, aquella á quien había amado con amor profundo, verdadero, se borraba ya en su imagina-

ción como fantasma que se desvanece en vana niebla.

V.

Pero si Miguel olvidaba, Lía no.

Lía era una de esas mujeres que cuando se rinden la vez primera, no vuelven á caer, y llevan perpetuamente el luto de su primer amor.

Habíase encerrado en su casa, condenado á la soledad; ya no quería deber nada á Berthier; su consuelo, su alegría, más aún, su deber, todo lo cifraba en el ser que latía en su seno, y á quien educaría lejos de su padre, celosa de darle ella misma lo que un hijo debe esperar de los autores de sus días: el cariño y la dicha.

Guardaba algunos ahorros, y además una modesta herencia, tres mil ó cuatro mil francos, que la dejó una anciana lorenese, pariente suya, y esto la bastaba para proveer á sus primeras necesidades; luego, trabajaría, no sólo para subsistir y aumentar sus ahorros, sino para consolarse, para pensar menos, para sufrir menos.

Tuvo también ardiente deseo, tentaciones poderosas de volver á casa de sus padres y pedirles

perdón; pero su estado, aquel estado que era su alegría más íntima, la daba vergüenza.....

— No, no — se decía; — esperemos; ¡un niño es más poderoso con sus pequeños bracitos blancos y dulces! Cuando nazca mi hijo, iré á verlos; le llevaré en mi regazo, y mis padres no se atreverán á rechazar á un inocente como me rechazaban á mí.

Porque Lía no dudaba de que el ser que llevaba en sus entrañas era varón: le veía como había de ser, con grandes ojos negros, boquita sonrosada, mejillas frescas.....

Y si encontraba en la calle un bello y robusto niño en brazos de la nodriza y envuelto en rica *douillette* de cachemir y encajes, se decía:

— ¡Como ese, como ese!

Y en seguida rectificaba amorosamente, diciendo:

— ¡Oh! ¡el mío será más hermoso!

Un hijo era para Lía un mundo de esperanzas..... ¿Quién sabe? tal vez Miguel Berthier, cuando supiese que el recién nacido era un hijo, volvería á la pobre abandonada.....

Y le llamaba de antemano Daniel, con el nombre de su padre. ¡Daniel! nombre dos veces dulce, que significaba respeto al pasado, infancia dichosa y porvenir de consuelo.

Otras veces la asaltaban terrores imaginarios. ¿Y si su hijo muriese al nacer? ¿y si ya estuviese muerto?

¡Oh! entonces permanecía inmóvil, glacial, aterrada; y luego sacudía su miedo y exclamaba con amargura:

— ¡No, no! la suerte me ha castigado bastante para perdonarme este nuevo dolor.

La pobre Lía estaba sola cuando sintió los primeros síntomas de próximo alumbramiento, y sus sollozos avisaron á las vecinas; la portera corrió á buscar una matrona, y Lía, blanca como un sudario, creyendo que iba á morir, mostró á una de las mujeres presentes la carta que había escrito horas antes, dirigida á Miguel.

— La llevaréis vos misma, si yo no vuelvo á levantarme — dijo; — la llevaréis vos misma, ¿no es verdad, señora Delatre?

— Sí, sí, pobre niña — contestó la vecina; — pero no penséis en eso, tened calma; pues qué, ¿no hay más que morir por eso?

Un mes antes había comprado una cuna para su Daniel, y en medio de sus gritos pedía ahora la cuna.

— ¡Yo quiero que esté mi hijo cerquita de mí! — decía; pero la matrona rehusaba llevar la cuna al lado de la madre.

—El niño se presenta mal—añadió en voz baja hablando con la vecina;—probablemente nacerá ahogado, y eso, eso matará á la madre.

—¡Ah! ¡pobre niña!—contestaba la señora Delatre.—¡Es verdad que tiene poca suerte! Dios mío, ¡si ella muriese!

Lía no murió, y el niño nació: era varón, «un chico hermoso y gordo,» según decía la buena señora Delatre, yendo y viniendo de un lado á otro.

El niño vino al mundo casi asfixiado, y Lía, en medio de sus atroces dolores, oyó el llamamiento desesperado de la matrona: «¡Vinagre! ¡vinagre!», y decía medio moribunda:

—¿Ha muerto? ¡no le oigo! ¿ha muerto? ¡Ah! estoy maldita.....

Pero cuando el niño rompió en sollozos, cuando se empujó la cuna cerca de la madre, la cuna en que ya reposaba el recién nacido, con los ojos cerrados, un soplo de respiración apenas perceptible, medio dormido con el sueño del infinito, ese infinito al que se vuelve inevitablemente después de agitarse más ó menos tiempo á través del mundo, Lía sintió los ojos llenos de lágrimas que entonces le parecían dulces y consoladoras.

Incorporóse un poco para imprimir sus pálidos

labios en la frente del niño, y al tocar la piel tibia de su hijo experimentó la sensación de besar algo agradable y purísimo.

—¿Qué hacemos ahora con esa famosa carta?—preguntó la vecina con voz de triunfo.

—¡Oh!—respondió Lía con agradecimiento.—¡Ya podéis quemarla! Gracias, señora Delatre.

Ella quiso absolutamente criar á su hijo; pero la matrona movía la cabeza diciendo:

—Dudo que tengáis fuerzas para eso, querida niña.

—¿Yo?—respondió al punto Lía altivamente.—¡Ya veréis, ya veréis!

Y sin embargo, las emociones sufridas, largos meses de padecimientos, los dolores morales acumulados, habían debilitado profundamente á la desgraciada joven; estaba anémica y entraba con gran dificultad en convalecencia.

—¡Ah! ¡qué largo es esto!—decía.

Y cuando logró levantarse y esperaba poco á poco recobrar la salud, el estado del niño, que era débil, que *no marchaba*, según la gráfica expresión de la señora Delatre, llenó á la madre de mortal inquietud.

—¿Será que yo no tenga bastante leche?—se preguntó asustada.

Y la matrona, viendo en la cuna al enfermizo niño, pálido, casi amarillo, medio muerto, la contestó fríamente:

—Es necesario tomar nodriza.

¡Una nodriza! ¡una extraña! ¡participar con otra mujer las primeras sonrisas, las primeras caricias de su hijo! ¡hacer correr por las venas del niño otra leche que no fuera la leche de su madre!

Lía sufría un acceso de locos celos, una cólera de fiera.

Pero á las pocas horas la matrona y la señora Delatre llevaron á casa de Lía una robusta muchacha de la Nievre, y la primera, mostrándola á Daniel acostado en su cunita, le dijo:

—Ese es el niño que debéis lactar.

La nodriza le tomó en sus brazos y se puso lívida al ver la cabecita del niño, que no podía tenerse sobre los hombros; quiso darle el pecho, y Daniel no le tomó, porque sus labios no tenían fuerza para aspirar la leche que debía alimentarle; la paisana dejó al niño en la cuna, y llamando aparte á la matrona, la dijo:

—Quiero volverme á mi pueblo, porque este niño morirá antes de la noche. ¡No tengo nada que hacer aquí!

Y dijo eso con acento brutal, con el mal humor

de una paisana interesada y astuta que acaba de hacer un mal negocio.

—¡Callad, imbécil!—exclamó la matrona.—¿No véis que su madre está oyéndoos?

VI.

Lía, en efecto, lo oyó todo; oyó esta palabra siniestra ¡muerto! que la había sentido como hoja de acero en las carnes.

Y miraba al pequeño Daniel con extraviados ojos, pareciéndole ya que no se movía, que no respiraba, y gritando:

—¡Muerto! ¡muerto!

Pero á despecho de su angustia, no temía un peligro tan inmediato, y saltando como una loca, lívida, hacia la nodriza, y mostrándola con una mano la puerta, gritó con voz vibrante:

—¡No está muerto! ¡no morirá delante de vos! Si puede salvarse, le salvaré, ¿ois? Las mujeres extrañas como vos no salvan á los niños: los salvan las madres.... ¡Idos, idos!

Y estaba terrible, amenazadora, con su larga cabellera negra desatada.

La nodriza tuvo miedo y salió; y entonces Lía,

parecida á una loca, yendo y viniendo por la sala, se preguntaba lo que era posible hacer.

—¡Un médico! ¡que venga un médico! ¿Conocéis alguno?—preguntó á la matrona—¡Traedle, traedle! Le pagaré lo que quiera..... ¡mil francos! ¡dos mil francos! ¡todo lo que tengo! Gracias á Dios, puedo pagar al médico lo mismo que le pagaría un rey.....

La matrona marchó para dar satisfacción á Lía, aunque no esperando nada bueno, y Lía quedó con la señora Delatre, quien le dijo:

—¿Sabéis lo que se hace en mi país cuando se quiere salvar á los niños enfermitos?

—No—contestó Lía con voz ronca.

—Pues oid: se toma el primer górron que le pusieron, y se le quema. ¡Esto devuelve la salud!

—¡Qué locura!—dijo Lía con triste sonrisa.

Pero luego, tomando el primer gorrito de Daniel, ella misma lo arrojó al fuego de la chimenea.

Á los pocos momentos se agitaron los labios morados del niño, y Lía se estremeció creyendo que su hijo exhalaba el último suspiro.

—¡Mirad, mirad!—exclamó gozosa la vecina;— ¡quiere el pecho! ¡está buscando el pecho!

Lía lanzó un grito de alegría.

Pero casi al punto se dió un golpe en el pecho,

hundiendo sus uñas en la ropa como si hubiese querido desgarrarle.

—¡Miseria, miserial—dijo con siniestro acento, con el grito de una fiera á la que matan su cachorro.—¡No puedo alimentarle! ¡no tengo leche!

—Escuchad—dijo la señora Delatre:—estáis dispuesta para salir, y sois más ligera que yo..... Pues bien: id á casa de Damoiseau..... aquí cerca.... Allí se vende leche de salud para los niños, y esto es bien sabido..... él, Damoiseau, salvó así en otro tiempo al Conde de Paris..... Pronto, pronto, pedidle una botella de leche..... aquí tenemos ya biberón.

Lía se hizo repetir la dirección: *Damoiseau, boulevard Clichy*; envolvióse en un chal y salió como una loca.

Instantes después regresaba con la botella de leche á su casa.

—¡Pronto, pronto!—exclamó la señora Delatre, que tenía ya preparado el baño-maría para calentar el biberón.

Cuando Lía acercó el biberón á los labios sin fuerza de su hijo, y vió que éste, poco antes moribundo, aspiraba suavemente la leche que subía por el tubo; cuando sorprendió en aquel cuerpecito inmóvil la fuerza que reaccionaba, la sangre que co-

rria por sus arterias, la vida, creyó que iba á morir de alegría, y se limpió con el revés de su mano izquierda las lágrimas de ternura que la saltaban de los ojos y caían sobre la frente reanimada de Daniel.

VII.

La paternidad no pesaba gran cosa sobre Miguel: mientras Lía soportaba tales angustias, aquel hombre hasta ignoraba que era padre.

—Se lo ocultaré todo lo que pueda—decíase la pobre muchacha.—Más tarde, sí..... más tarde, ya veremos..... ¡cuando Daniel sea grande!.....

¡Grande! Esta palabra estaba llena de poesía y esperanza para la joven madre, como para todas las madres que contemplan á sus hijos apenas nacidos cual si ya tuvieran las facciones del hombre.

El hijo es para la madre un porvenir que vive, un ensueño que ha encarnado; cuando la madre empieza, la esposa y la amante se entibian; el hombre tiene un rival, el más delicioso de todos, en el ser que ha nacido de su amor, y no puede estar celoso sino de sí mismo.

—Cuando sea grande..... veremos si el padre rehusa su bendición á los bracitos que se la piden.

Entonces el *padre*, en el pensamiento de Lía, era el anciano Hermann, y Daniel era para la infeliz el perdón y la esperanza encarnados.

Para Miguel Berthier aquel niño no existía: había nacido Daniel y había estado á punto de sucumbir á diez pasos de la casa en que su padre moraba. ¡Miguel no pensó una vez siquiera en que Lía pudiese ser ya madre!

—Ella me lo dirá cuando suceda—se contestaba fríamente, para dejar en paz á su conciencia.

Y además, ¿qué había de pensar en aquella criatura desconocida que le debía la existencia, si la suya propia estaba entonces demasiado ocupada, demasiado sobreexcitada, víctima de complicaciones desagradables?

La conducta política de Miguel Berthier se prestaba á los comentarios más diversos, y Pedro Menard se vió precisado una vez á defender en una reunión pública al hijo de Vicente Berthier, acusado formalmente.

—¡Estad alerta!—le dijo Menard.—La sospecha eterna es una de las llagas de nuestro partido, y si es menester ser implacable ante las pruebas de

rria por sus arterias, la vida, creyó que iba á morir de alegría, y se limpió con el revés de su mano izquierda las lágrimas de ternura que la saltaban de los ojos y caían sobre la frente reanimada de Daniel.

VII.

La paternidad no pesaba gran cosa sobre Miguel: mientras Lía soportaba tales angustias, aquel hombre hasta ignoraba que era padre.

—Se lo ocultaré todo lo que pueda—decíase la pobre muchacha.—Más tarde, sí..... más tarde, ya veremos..... ¡cuando Daniel sea grande!.....

¡Grande! Esta palabra estaba llena de poesía y esperanza para la joven madre, como para todas las madres que contemplan á sus hijos apenas nacidos cual si ya tuvieran las facciones del hombre.

El hijo es para la madre un porvenir que vive, un ensueño que ha encarnado; cuando la madre empieza, la esposa y la amante se entibian; el hombre tiene un rival, el más delicioso de todos, en el ser que ha nacido de su amor, y no puede estar celoso sino de sí mismo.

—Cuando sea grande..... veremos si el padre rehusa su bendición á los bracitos que se la piden.

Entonces el *padre*, en el pensamiento de Lía, era el anciano Hermann, y Daniel era para la infeliz el perdón y la esperanza encarnados.

Para Miguel Berthier aquel niño no existía: había nacido Daniel y había estado á punto de sucumbir á diez pasos de la casa en que su padre moraba. ¡Miguel no pensó una vez siquiera en que Lía pudiese ser ya madre!

—Ella me lo dirá cuando suceda—se contestaba fríamente, para dejar en paz á su conciencia.

Y además, ¿qué había de pensar en aquella criatura desconocida que le debía la existencia, si la suya propia estaba entonces demasiado ocupada, demasiado sobreexcitada, víctima de complicaciones desagradables?

La conducta política de Miguel Berthier se prestaba á los comentarios más diversos, y Pedro Menard se vió precisado una vez á defender en una reunión pública al hijo de Vicente Berthier, acusado formalmente.

—¡Estad alerta!—le dijo Menard.—La sospecha eterna es una de las llagas de nuestro partido, y si es menester ser implacable ante las pruebas de

una felonía, conviene ser prudente en presencia de circunstancias que pueden interesar directamente al corazón de un hombre honrado.

El que acusó á Miguel Berthier fué aquel Delavre á quien Pedro Menard había contestado en el banquete que dieron á Miguel sus electores.

Y no era sólo Delavre; los periódicos del partido se mezclaban en el asunto, complaciéndose en burlarse de aquél, á quien ya llamaban *ex-irreconciliable*; y aunque el periodista Olivier Renaud tomó la pluma para defender á Berthier, sin duda el ministro Mr. Malainvilliers hubo contado con *esprit* la anécdota del carruaje, y las gentes, añadiendo picantes detalles á la aventura, habían puesto de moda este dictado: *Miguel Berthier, opositor de cupé.*

Hablábase de un tribunal de honor para juzgar la conducta de Berthier, pidiéndole antes cuenta, en reunión pública, de las acusaciones que se le dirigian: sólo se deseaba que él defendiera su conducta, que diera explicaciones satisfactorias.

Decidióse enviarle una diputación de electores, de la que formaban parte Juan Delavre y un tal Roucherade, antiguo obrero de abanicos, de gran reputación en las reuniones públicas, por haber presentado con singular energía los términos del

eterno problema social existente entre la clase media, la *bourgeoisie* y el pueblo.

Y la diputación, compuesta de doce electores y presidida por esos dos, presentóse una mañana en casa de Berthier; tomó la palabra Juan Delavre, y con ojos alucinados que relampagueaban pintó á Miguel, que le escuchaba sin decir palabra, los sufrimientos del pueblo, siempre engañado por aquellos en quienes deposita su fe, y le recordó con acento casi bíblico las promesas formales del candidato, comparándolas con los discursos del diputado, y concluyó diciendo terminantemente á Miguel:

—¡Ahora os dejo que concluyáis!

El abogado no era hombre que se desconcertaba fácilmente: respondió en el acto, apelando á todos los resortes de su elocuencia, unas veces sonriente y casi burlón, otras acariciador y enérgico: ¿diez personas personifican millares de electores? ¿Qué mandato había él recibido? ¿Se quería fundar la libertad sobre las ruinas del Imperio? Era necesario esperar, esperar la hora, porque á las revoluciones abortadas suceden siempre reacciones implacables.

—Tendré la República en mi mano—añadió—si la abro; pero no la abriré, por temor de que la

República no surja viable. La suprema sabiduría consiste, ciudadanos, en saber esperar.

La respuesta fué recibida fríamente.

—¡Hay mucha distancia—dijo uno de los comisionados—entre la avenida Trudaine y la calle Taitbout!

—Hay más entre París y Cayena—respondió Miguel—y haciéndoos caso, millares de vosotros saldría para el destierro antes de una semana.... porque si ahora intentaseis apelar á las armas, seríais indefectiblemente aniquilados.

—No se trata de echarse á la calle—dijo Roucherade;—se trata de saber si habéis cumplido ó no vuestro mandato.

—¡El mandato imperativo!—gritó Miguel.—¡Jamás lo hubiera aceptado!

—Entonces.... no seríais diputado. ¡Protestaremos!

—¡Protestad cuando queráis! Tengo tranquila mi conciencia.

—Ciudadano—replicó Juan Delavre—todavía es tiempo de que os hagáis digno del pueblo: proclamad que todo lo que es producto del trabajo pertenece al trabajador. ¡No contemporicéis! ¿Qué es París, sus palacios, sus calles, sus casas, sino trabajo acumulado? ¿Y á quién pertenece ese tra-

bajo? ¡á algunos! ¿A quién debe pertenecer? ¡á todos! Pues bien; decid eso, proclamadlo, afirmadlo, y todas vuestras vacilaciones serán olvidadas, rescatadas, borradas.

Roucherade miraba los ojos asombrados de Miguel, y sonreía atusándose la barba; Juan Delavre con su elocuencia ruda y el amor á lo absoluto que dan los días de privaciones, como si los ensueños tuviesen origen en el hambre, continuaba el régimen de las reivindicaciones que, según él, debía proclamar, á guisa de apóstol, Miguel Berthier, siendo la principal de ellas el derecho al trabajo, el problema, ya lo hemos dicho, entre la *bourgeoisie* y el pueblo: por un lado el egoísmo, y por otro la concupiscencia, no caridad, sino justicia.

Y luego Roucherade tenía que hablar.

Dirigióse con altivez á Miguel Berthier y le intimó la ejecución del mandato que había recibido.

—¿Mi mandato? ¿qué mandato?

—En la próxima sesión acusar á los ministros del Emperador y al mismo Emperador.

Miguel se encogió de hombros, y algunos miembros de la comisión aplaudieron.

—Os emplazamos para mañana—añadió Roucherade;—pero mañana, ciudadano representante,

esperamos vuestro discurso. Hasta mañana..... y no olvidéis que la noche es buena consejera.....

Y salieron todos, precedidos por Juan Delavre.

Pero Roucherade volvióse rápidamente desde la antecámara, y acercándose á Miguel Berthier, lo dijo casi al oído y tocándole familiarmente en el hombro:

—¡Todo esto no vale nada! ¡es una baladronada! ¡es música celestial! ¿cuándo podré veros á solas?

—¿De veras?—dijo Miguel con ironía.

—Volveré mañana; ¿entendéis?

Y de un salto se plantó en la antesala, donde aun estaban algunos de la comisión, exclamando en voz alta y severa, de modo que le oyesen los que había llevado á casa de Miguel:

—¡La noche es buena consejera! ¡hasta mañana, ciudadano Berthier!

Y siguió á sus compañeros, irguiéndose altivamente sobre sus largas piernas, con la actitud de un cómico que sale de la escena.

—¡Bueno!—dijo Juan Delavre.—Ese hombre será ministro, y cuando lo sea, yo pereceré en una barricada.

—¡Oh!—contestó Roucherade con voz enérgica.—¡Eso está por ver! ¡No se mata tan fácilmente á hombres como nosotros!

— VIII.

Esta actitud de los electores de Miguel causó gran emoción en París y precipitó el desenlace que esperaba la Baronesa de Rives.

Berthier se mostraba profundamente irritado, y en su vanidad rehusaba ahora responder á aquellos cuya confianza había solicitado. ¡La idea insolente del mandato imperativo le parecía el peor de los insultos!

Los periódicos tomaron el asunto por su cuenta, y dos autores dramáticos muy aplaudidos imaginaron llevarlo á la escena en una pieza nueva titulada *Cleon*: un mandatario del pueblo, así llamado, ni podía sentarse al banquete del opulento hacendista Gnathon, ni entrar en los salones de la cortesana Pholoé sin que dos feroces electores suyos se le aparecieran súbitamente diciéndole: «Cleon: el pueblo no te ha elegido para que te coronen de rosas en la mesa de un ventrudo, ni para que pierdas el tiempo con una hefària.»

La pieza no fué puesta en escena, aunque sí leída en el teatro de Variedades, porque la censura exigió tales modificaciones, que los autores retira-

ron bruscamente su comedia aristofanesca; mas indiscreciones de bastidores permitieron que una de las escenas del acto primero, letra y música, se hiciese en breve popular.

«Cleón lamenta—y es positivo
Que su mandato—fué imperativo;
Su mandato im—
Su mandato pe—
Su mandato ra—
Su mandato—imperativo.»

El ministro Malainvilliers, encontrando á Berthier en el salon de conferencias, le hizo saber que por consideración al que se llamaba *Cleón*, la censura no había dado su *Visto-bueno* á la nueva opereta; y Miguel le contestó que Aristófanes, sin embargo, tenía sus derechos, y que él no comprendía por qué se había prohibido la opereta, añadiendo:

—¡La libertad antes que todo!

—Pues bien—replicó el ministro;—si por consideración á vos no, por nosotros mismos sí: *Cleón* ha sido prohibido y no se representará.

Miguel por lo menos había salvado las apariencias quejándose de la dureza de la censura; pero el famoso *couplet* de Cleón seguía su camino, y para completar el ridículo, cierto periódico ilus-

trado publicó una caricatura que representaba á Miguel-Cleon-Berthier meditando sobre el traje que debía ponerse para la apertura de las Cámaras, con esta leyenda explicativa al pie de la lámina:

«El *primer galán* buscando una entrada de sensación.—¿Se pondrá un gorro frigio con plumas, una *carmañola* bordada, ó una franja de oro sobre su pierna de *sans-culotte*?»

—Ya véis á lo que os exponen vuestras amistades—le decía la Baronesa de Rives:—á la vez se os considera como exaltado jacobino y como republicano tibio; os temen unos, y otros reniegan de vos.... Me parece que ya ha llegado la hora de elegir entre la plebe y la clase de preferencia.

Miguel Berthier también lo comprendía así.

¿Y qué hombre político estaba en mejor situación que él para reconciliar á la nación con el Imperio, que visiblemente caminaba hacia su ocaso?

Miguel, sin embargo, experimentaba ardores de fiebre y un terror instintivo cuando pensaba en que, después de haber atacado violentamente al Imperio, podía llegar á servirle.

¿Servir al Imperio? ¿pero era al Imperio, ó á la libertad? Esta era la cuestión, toda la cuestión, el sofisma de los ambiciosos; porque el hombre po-

lítico que se presenta esa duda, que vacila, que se turba, está perdido.

—Tenéis razón—dijo un día Miguel, muy nervioso, muy irritado, á la Baronesa de Rives;—ni mi dignidad ni el interés de la causa liberal me permiten quedar más tiempo entre gentes que sospechan de mí, porque soy más práctico, más militante que ellas. ¡La suerte está echada! Si el poder capitula, si las palabras del Duque de Chamaraule pueden pasar del dominio de la conversación privada al de los hechos, ¡me lanzo al agua! ¡Oh! ¡estoy resuelto! Y pongo un río, un río si es menester, entre mi pasado y mi porvenir.

—¡Por fin!—gritó Francina triunfante.—¡Eso es lo que anhelaba oírte! Antes de un año, de seis meses tal vez, serás ministro. ¿Quieres que escriba al Duque?

—¡Al Duque! ¿y qué le dirías?

—Que le esperaré en mi casa esta noche, y que te encontrará en ella.

—¡Sea!—dijo Miguel.—Escribe lo que quieras.

La Baronesa tomó asiento inmediatamente ante su *bureau* y trazó rápidamente algunas líneas sobre papel verde mar; la carta era una invitación sencilla en apariencia, y sólo en la posdata estaba escrito el nombre de Miguel Berthier.

La Baronesa llamó.

—¿Vais á enviar inmediatamente esa carta?—dijo Miguel.

—Sí.

—¿Por el correo?

—No, con mi criado Félix.

Miguel sintió deseos de coger la carta, desgarrarla y gritar: «No, no; yo no veré al Duque; no puedo, no debo verle.»

—Qué, ¿tenéis remordimientos?—preguntóle Francina con acento burlón.—¿Quizá los ciudadanos Delavre y Roucherade proyectan su sombra en esta pobre carta?.... Y á propósito: ¿habéis vuelto á ver á ese Roucherade para que os dijese lo que quería personalmente de vos?

—No—respondió Miguel, mirando siempre la carta.

Y como Félix tardaba en llegar, Francina hundía la mirada de sus ojos grises en los ojos de Miguel y acentuaba con más indefinible encanto su enigmática sonrisa, al mismo tiempo que tarareaba á media voz el *couplet* de la opereta *Cleon*:

«El mandato im-
El mandato pe-
El mandato ra-
El mandato ti-
El mandato—imperativo.»

Félix entró.

—Al hotel de Chamaraule—dijo Francina.—

¡Inmediatamente!

Miguel se levantó y se puso á mirar al boulevard á través del balcón, mientras sus dedos tocaban en los vidrios, maquinalmente, las últimas notas del *cloupet* de *Cleon*.

Y súbitamente, volviéndose y mirando á la Baronesa como hombre perfectamente resuelto, dijo:

—¡Sea, sea! ¡suceda lo que quiera! Si el Duque me afirma que el Emperador seguirá mi política, por mi fe yo seré del Imperio..... ¡Me ahogaba! ¡no podía vivir! ¡sentía hundirme, hundirme!..... Ahora he pasado el Rubicón..... y á los que me llamen traidor..... ¡Ah!..... ¡á esos imbéciles yo les aplastaré con cargas de libertades!

—Y si es necesario—añadió sonriendo la Baronesa—con descargas de fusilería..... ¡El primer paso es el que cuesta!

IX.

Un ilustre estadista decía de Miguel, á todo el que quería oírle, en una de sus recepciones más concurridas:

—Berthier es el amor propio personificado y el ser más absolutamente rendido al personalismo que se pueda encontrar: si asiste á un casamiento, está disgustado por no ser el único objeto de la atención del cortejo nupcial, por no ser el novio á quien se mira; si asiste á un bautizo, quisiera ser el recién nacido; si asiste á un entierro, está furioso por no ser el cadáver cuyo féretro se saluda.....

La definición hizo furor: jamás el amor propio, la envidia, el ardiente deseo de figurar habían sido tan espiritualmente ridiculizados.

Pero aquel colosal amor propio podía ser muy útil al poder; y en la nueva conferencia que Miguel celebró con el Duque de Chamaraule en casa de la Baronesa de Rives, las condiciones de la paz, mejor dicho, de la alianza, fueron presentadas con toda precisión: él se encargaría de pronunciar un *discurso-ministro* desenvolviendo el programa de la joven escuela política á la que el poder abriría sus puertas.

Ante todo la peroración sería francamente dinástica, y el brillante *leader* de la oposición republicana rendiría las armas al César, dando por razón suprema la salvación de Francia y de la libertad.

Y pronunciado el discurso, formulado el programa, el poder le aceptaría, encargándose el Duque de Chamaraule de hacer que el Emperador le aprobase de algún modo público. ¡Qué gloria!

Berthier no tenía remordimientos, como decía Francina: la zozobra del éxito, el terror de la caída, el doble vértigo del poder alcanzado y de la unión secretamente acariciada con Paulina de Morangis, llenaban por completo su imaginación y no le dejaban tiempo para pensar en el pasado, en el nombre de su padre, en sus primeros amores, en sus primeros odios y juramentos.

* * *

Aproximábase el día solemne y dramático en que con paso firme, como bravo soldado que marcha al combate, como triunfador que se prepara á subir al Capitolio, estaba resuelto Berthier á sacudir desde la tribuna el polvo del pasado que manchaba su clámide.

Y llegó ese día en que era necesario pasar el ancho río, arrojar el lastre, picar el cable, después de largos meses de turbación, de vacilaciones, de luchas: ¡Mañana!

Era de noche, y Miguel, sentado á su mesa de estudio, á la luz de una lámpara cuyos fulgores

débilataba una pantalla de ópalo, leía y volvía á leer las apuntaciones que había hecho para su gran discurso, y ensayaba los efectos de su futura arenga, como actor en la víspera del estreno de un drama, como si el artista hubiera sobrevivido al político.

Y acercándose luego al balcón y mirando á los pocos transeuntes del *boulevard*, acordábase de aquella noche de verano en la que contemplaba á París desde el alto balcón de su casa de la avenida Trudaine, y se preguntaba, en la ansiedad del acaso, si habría de salir de las urnas electorales su victoria ó su derrota, la vida ó la muerte.

Pocos meses le separaban de aquella noche de fiebre, y sin embargo, ¡qué camino más largo había hecho desde entonces!

Nada se levantaba ahora entre él y sus ensueños de ambición; nada. ¿Qué había de temer?

Alguna vez la imagen de su padre y los recuerdos de Pedro Menard cruzaban por su mente. ¡Fantasmas que en seguida desdeñaba!

Pero estremeciöse de repente: el timbre de su habitación acababa de sonar con fuerza, como impulsado por febril mano.

¿Quién podía ser en tal hora? Miró su reloj, que señalaba las doce y diez minutos, y como había

dicho antes á su criado que se retirase á descansar, murmuró:

—Yo abriré.

Pero, como todos los ambiciosos, tenía una debilidad extraña, la superstición, y con frecuencia había interrogado á la suerte, en horas decisivas, para obtener alguna respuesta favorable.

¿Qué le anunciaba aquel campanillazo? ¿Quién se atrevía á presentarse á él en vísperas de un discurso tan grave? ¿Sería acaso la Baronesa, para anunciarle que no arriesgase la partida? ¿Habría el Gobierno retirado sus promesas, ó habríase arrepentido el Emperador?

—¡Al hecho! —se dijo maquinalmente, aunque lleno de turbación, de verdadero miedo.—Voy á saberlo.

Y dirigióse hacia la puerta, llevando su lámpara en la mano izquierda; oyó como un suspiro, un eco de lamento ahogado; abrió súbitamente la puerta....

Una mujer entró como de un salto, cerrando inmediatamente la puerta, y Miguel no pudo retener un grito.

—¡Lía! —dijo asustado.

Ella le miró de frente, y con voz extraña, amenazadora, seca, le respondió:

—Sí, Lía.... ¿e tasombras? pues voy á decirte por qué estoy aquí.

Y dió un paso hacia adelante, retrocediendo Miguel, para dejarla pasar, ante la mirada profunda y la espantosa palidez de la pobre niña.

Estaba más blanca que una mortaja, sus ojos ahuecados en el rostro macilento, su nariz afilada como la de un moribundo, sus cabellos enmarañados sobre la frente, su expresión resuelta, casi audaz y provocadora.

Miguel tenía miedo: fué hacia ella, y ella, como si conociese el camino, entró sin vacilar en el gabinete de trabajo del diputado.

—¡Lía, Lía! —exclamó Berthier.—¿Qué es esto? ¿qué tienes?

—¿Qué tengo? —respondió Lía con voz irónica y angustiada.—¡Que vengo á morir en tu casa!

—¡Morir!

Y Miguel retrocedió; conocía que algo espantoso, terrible se levantaba enfrente de él. ¿Quizás Lía estaba loca? ¿Tal vez enferma en sus postrimerías, y como la más cruel de las venganzas quería darle el tremendo espectáculo de su lenta agonía?

—¿Morir? ¿por qué morir?

—Porque.... ¡porque estoy envenenada!

Y pronunció estas palabras sencillamente, hundiendo su mirada en los ojos de Berthier.

—¿Envenenada? ¿tú envenenada? Lía, Lía, eso es locura..... Dime la verdad; ¿qué es lo que has dicho? ¿envenenada?

—Te repito que sí; envenenada, sí, envenenada, ¿me entiendes?..... Y he venido aquí para mostrarte lo que hacen las mujeres cuando se las abandona después del hastío, como se arroja un harapo inútil. ¡Acuérdate! me decías que seríamos amantes leales el uno del otro, *siempre y todavía más allá*..... Pues bien: por eso he venido; yo estaré allí siempre, cerca de tí. ¡Ya estoy contenta!

Y se dejó caer, falta de fuerzas, en un sillón, mientras Miguel se acercaba á ella como queriendo adivinar la verdad en los ojos de la desventurada.

—¡Ah! ¡no sabes, no sabes!—dijo Lía bruscamente.—Mi hijo, tu hijo, si no le has visto, si no le has besado, si renegaste de él como de su madre, era tuyo, tuyo, el pobre inocente..... ¡ha muerto! Muerto, ¿entiendes?..... Ha muerto como mi anciano padre, que no me ha perdonado..... ¡Muerto, sí, muerto! Se ha retorcido de dolor en su cuna días y noches..... ¡Tienen mucha vida los niños! ¡Quieren vivir, vivir mucho tiempo!.....

¡Cuánto he sufrido, cuánto he orado, cuánto he llorado, Dios mío! ¡Malditas sean mis oraciones! ¡Daniel ha muerto!..... ¡Ah! ¿no sabías su nombre? Se llamaba Daniel..... Quedóse frío en mis brazos, frío, muy frío..... Y luego me le han quitado, se le han llevado, le han arrojado en un agujero..... ¡Sí, sí, Miguel! y por eso me mato.....

—¿Pero es verdad, es verdad?—gritó Miguel, loco de terror.

—¿Que si es verdad? ¡pues mírame!..... Sí, voy á morir en tu casa, y antes he querido decirte lo que he sufrido; todo, todo lo que he sufrido. ¡Ah! si yo hubiese tenido leche para alimentarle, quizás habría vivido el pobrecito..... ¡Escucha, escucha!

Y Lía refirió con trágica elocuencia, escuchándola anhelante aquel hombre, la muerte del inocente Daniel, que la arrastraba consigo, que la condenaba á morir.

Miguel se estremecía, y pensaba en aquella carta de Clotilde Ballue que hubo leído en casa de la Baronesa, y en aquel discurso conmovedor que pronunció más tarde en la tribuna de la Cámara.

—Lía—decía Miguel—Lía, yo te lo ruego, dime qué veneno, ese veneno..... que has tomado.

Y ella, sonriendo vagamente como orgullosa

de hacerle sufrir, continuó la relación de sus desdichas: el insomnio la había minado, la mataba, y sólo sentía calma tomando láudano; el doctor doblaba, triplicaba las dosis, y Lía, sin embargo, no podía dormir, tal vez porque no quería, madre desolada.....

El niño sucumbió, y creyóse que ella enloquecía, aunque tuvo fuerzas para avisárselo á sus padres, no queriendo que su hijo fuese llevado al cementerio, solo, sin nadie que le acompañase por última vez, como un perro.

Y entonces supo que su padre Hermann también había muerto y que su madre fué conducida por sus parientes á Metz; Lía, pues, estaba sola en el mundo, espantosamente sola.

Y cuando el niño quedó para siempre en el cementerio de Montmartre, ella esperó la noche, dirigió al cielo una plegaria, escribió á su madre y tomó de una vez todo el láudano que se la había prescrito para muchas veces, como supremo consuelo; y poniéndose un chal, encaminóse rápidamente á la antigua casa de Miguel Berthier.

La portera de la avenida Trudaine vacilaba en dar á aquella mujer exaltada las señas del nuevo domicilio del diputado, y Lía la arrojó en el delantal una moneda de oro, diciéndola:

—Miradme, miradme bien: ¿no recordáis haberme visto antes? Ya sabéis que soy su querida.

—¿La antigua?

—Sí, la antigua—respondió Lía fríamente.

Y su aparición en casa de Miguel había producido el efecto de un espectro.

X.

Berthier, cuya ansiedad iba en aumento, calculaba con espanto lo desastroso de aquella aventura: si Lía muriese en su casa, si hubiese ido allí para dejar su cadáver atravesado en el camino que él triunfalmente recorría, todo se desmoronaría en un instante, sus esperanzas, su porvenir, sus sueños de ambición; ¡sería aquello la ruina!

—¡Estoy perdido, estoy perdido!—se decía, cobarde y aterrado ante aquella lúgubre realidad, ante aquella mujer que llegaba para morir en su casa, á sus pies.

¿Pero no se podría salvarla? ¿qué veneno había tomado?

—Lía, mi pobre Lía—exclamaba Miguel—¿qué sientes? ¿qué veneno has tomado?

de hacerle sufrir, continuó la relación de sus desdichas: el insomnio la había minado, la mataba, y sólo sentía calma tomando láudano; el doctor doblaba, triplicaba las dosis, y Lía, sin embargo, no podía dormir, tal vez porque no quería, madre desolada.....

El niño sucumbió, y creyóse que ella enloquecía, aunque tuvo fuerzas para avisárselo á sus padres, no queriendo que su hijo fuese llevado al cementerio, solo, sin nadie que le acompañase por última vez, como un perro.

Y entonces supo que su padre Hermann también había muerto y que su madre fué conducida por sus parientes á Metz; Lía, pues, estaba sola en el mundo, espantosamente sola.

Y cuando el niño quedó para siempre en el cementerio de Montmartre, ella esperó la noche, dirigió al cielo una plegaria, escribió á su madre y tomó de una vez todo el láudano que se la había prescrito para muchas veces, como supremo consuelo; y poniéndose un chal, encaminóse rápidamente á la antigua casa de Miguel Berthier.

La portera de la avenida Trudaine vacilaba en dar á aquella mujer exaltada las señas del nuevo domicilio del diputado, y Lía la arrojó en el delantal una moneda de oro, diciéndola:

—Miradme, miradme bien: ¿no recordáis haberme visto antes? Ya sabéis que soy su querida.

—¿La antigua?

—Sí, la antigua—respondió Lía fríamente.

Y su aparición en casa de Miguel había producido el efecto de un espectro.

X.

Berthier, cuya ansiedad iba en aumento, calculaba con espanto lo desastroso de aquella aventura: si Lía muriese en su casa, si hubiese ido allí para dejar su cadáver atravesado en el camino que él triunfalmente recorría, todo se desmoronaría en un instante, sus esperanzas, su porvenir, sus sueños de ambición; ¡sería aquello la ruina!

—¡Estoy perdido, estoy perdido!—se decía, cobarde y aterrado ante aquella lúgubre realidad, ante aquella mujer que llegaba para morir en su casa, á sus pies.

¿Pero no se podría salvarla? ¿qué veneno había tomado?

—Lía, mi pobre Lía—exclamaba Miguel—¿qué sientes? ¿qué veneno has tomado?

—No siento nada, todavía nada; un vértigo; la cabeza que se me anda..... Toma—añadió la infeliz sacando de su pecho un frasco vacío—toma, toma y lee.

Aquel frasco había tenido láudano de Sydenhan, según la etiqueta blanca y roja que lo indicaba.

Miguel tomó su sombrero y corrió hacia la puerta.

—¿A dónde vas?—le dijo Lía.

—¡A salvarte!

Y bajó rápidamente la escalera y se lanzó á la calle, mientras Lía murmuraba:

—¡Oh! ¡eso sería muy cruel, si no fuese inútil!

A los pocos minutos llegaba Miguel á una farmacia y hacía despertar al boticario, á quien explicó rápidamente la terrible situación en que se encontraba.

—¡Ah!—dijo el hombre de ciencia.—El láudano de Sydenhan, como todas las preparaciones de opio, la morfina, la codeína, la narcotina..... ¡es terrible! ¿qué síntomas tiene la enferma?

—Sed, vértigos, pesadez de cabeza.....

—¿Qué cantidad ha tomado?

—No lo sé..... Creo que dos frasquitos como éste—dijo Miguel, mostrando al boticario el frasco vacío que llevó consigo.

—¡Ah! pues lucharemos: si al cabo de doce

horas la enferma siente alivio, está salvada.

¡Qué noche! ¡era ya la una de la mañana!

—Es menester obrar prontamente, porque la muerte puede llegar antes de seis horas..... Id á buscar un médico..... aquí tenéis tártaro estibiado: hacedlo tomar á la enferma por dosis de cinco á quince centigramos; tendrá náuseas, sudor abundante, congestión momentánea del rostro, escalofríos, temblores nerviosos..... Pero no os inquietéis, porque todo eso hará su salvación.

—¡La salvación!—exclamó Berthier.—Bien, bien.

Y atendiendo á otras prescripciones que le hizo el farmacéutico para que diese á la enferma agua acidulada con vinagre, una taza de café muy cargado, fricciones en los brazos y las piernas con un cepillo, y algunas más, tomó los paquetes que preparó el boticario, pagó su importe, y dirigióse hacia la puerta de salida.

—Perdonad—dijo entonces el farmacéutico—¿vuestro nombre, caballero?

Miguel se detuvo: dar su nombre era entregar su secreto, y no había pensado en esto.

—¿Pero no me conocéis?—dijo.

—No, señor..... y como se trata de un envenenamiento.....

Miguel respiró.

—Pues bien; me llamo..... Gontran de Ver-
gennes, y vivo..... calle de Aumale, núm. 12.

Y salió presuroso, mientras el boticario apun-
taba nombre y señas.

—¡Lía!—gritó Miguel entrando en su casa—
ya estás salvada. ¡Aquí tienes el contraveneno!

—¿Qué es eso?—preguntó Lía, viendo la ma-
teria polvorienta que Miguel desataba en un vaso.

—Tártaro estibiado..... ¿pero qué te importa lo
que sea? ¡es tu salvación! ¡es tu vida!

Una sonrisa desdeñosa pasó por los secos labios
de la joven; una de esas sonrisas que declaran el
dolor inmenso, la herida cruel que se tiene en el
alma; y rechazando la triaca que Miguel la ofre-
cía, exclamó con firmeza:

—¡Bah! ¿para qué eso? retíralo..... no estoy
envenenada.....

Miguel, que estaba inclinado sobre ella, levan-
tóse de un salto, con el furor más violento marca-
do en sus ojos.

—¿Qué dices ahora?

—Digo..... ¡que ni siquiera vales que se muera
por tí!—contestó Lía con tal expresión de des-

precio y energía como nunca él la había conoci-
do.—Digo..... que estarías demasiado orgulloso si
pudieras decir que tu querida, la *antigua*, se había
envenenado por tí..... No, no estoy envenenada;
no he tomado láudano, he mentido y te he enga-
ñado.

Lía rehusó tomar el antidoto; su respiración
era lenta, profunda; cerraba los ojos y veía la in-
feliz el panorama de su pasado, de su juven-
tud, de su amor; y luego, á su hijo Daniel que
murmuraba dulcemente la canción con que ella
le había arrullado en sus largas horas de in-
somnia.

—¡Lía, Lía!—gritaba Miguel cada vez más
asustado.—Toma esto, tómalo pronto, en nombre
del cielo.

Lía no lo tomaba, y él tenía tentaciones de co-
gerla por el cuello para obligarla á beber, y luego
se arrastraba á sus pies, cruzaba las manos ante
ella, la besaba en la frente, lloraba, la conjuraba
á vivir.

—¿Para qué vivir?—respondía la pobre ma-
dre con amargura.—¡Mi hijo ha muerto!

—¡Vive, vive!—exclamó Berthier.—¡Yo te
amaré! ¡Volveré á besar tus pies! ¡Oh Lía! ¡en
nombre de nuestro hijo muerto, consiente en vivir.

Lía quiso rechazar brutalmente á Miguel, y súbitamente una especie de demencia, un resto de bondad que le quedaba en el corazón la detuvo; y mirando á aquel hombre fijamente, hundiéndole esa misma piedad como un puñal, le dijo con acento breve:

— ¡Es la primera vez que has hablado de tu hijo!..... Dame el antidoto.

— ¡Salvada, salvada! — gritó Miguel aplicándola á los labios el contraveneno.

XI.

El reloj marcaba las dos y media, y Lía, tendida en el lecho, parecía una muerta.

— ¡Ah loco, cien veces loco! — se decía Miguel mirándola. — ¡Qué locura haber amado á esta mujer!

El antidoto la había sacudido horriblemente, y la enferma estuvo largas horas con ardorosa fiebre, sirviéndola Miguel, que no quiso llamar á su ayuda de cámara, el agua acidulada y la infusión de café que debían combatir el mal, según la prescripción del farmacéutico.

Miguel Berthier sentía inmenso alivio en su espíritu, y estaba enervado más que rendido.

— ¿Qué habría sucedido — se decía — si Lía hubiese muerto en mi casa? ¡Bah! no quiero pensar en eso, porque la triaca ha sido salvadora..... Tanto mejor: estaré en la tribuna más vibrante, más altanero.

¡ Ya no pensaba más que en su discurso!

Hacia las doce, Lía sólo se quejaba de un poco dolor de cabeza y sequedad extraordinaria en la boca; pidió de beber, y Miguel se dijo entonces:

— ¡ Sí, salvada, decididamente salvada!

Llamó á su ayuda de cámara para encargarle que cuidase de Lía; escribió á Gontran un billete, que envió con un mandadero, explicando en líneas rápidas y confusa letra por qué y cómo había usado de su nombre; reunió las notas que debían servirle para su discurso, y las metió en una cartera de cuero que tenía aspecto de cartera ministerial; se vistió, se puso los guantes, renovó las órdenes que había dado á su ayuda de cámara, y saliendo en seguida de su cuarto, bajó la escalera rápidamente y se metió en la primera berlina de punto que vio pasar por la calle, diciendo al cochero:

— ¡ Al Cuerpo Legislativo! ¡ á escape!

Miguel estaba resuelto á asombrar á aquellos

mismos que conocían y sabían sus relaciones con el Imperio, y ni siquiera procuró disfrazar su conversión con pretextos más ó menos habilidosos: estuvo altivo, enérgico, audaz, y su famoso discurso dejó estupefactos á sus antiguos correligionarios hasta el punto de que ni intentaron interrumpir al orador en su apología del régimen que antes él mismo combatiera con encarnizamiento, ni los aplausos que se le prodigaban.

Berthier rendía las armas al enemigo, y sus antiguos adversarios lo aclamaron, saludando y como subrayando enérgicamente su apostasía; y aun pronto circuló el rumor de que Berthier era el favorito del César, hablándose de una entrevista que no se había efectuado entre el soberano y el diputado.

El efecto del discurso fué notabilísimo, como Berthier esperaba: la derecha y los centros de la Cámara se levantaron en masa para felicitar al orador; la izquierda estaba aterrada é indignada; el tumulto era indescriptible.

— ¡El Imperio está salvado! — decían unos.

— ¡El Imperio está perdido! — respondían los *mamelucos*.

— ¡La conciencia pública sufre un eclipse! — dijo un anciano estadista moviendo la cabeza.

Cuando Miguel se retiró después de aquel golpe teatral, menos para saber de Lia que para dejar libre el campo á los críticos, encontróse en la sala de los Pasos Perdidos (*salle des Pas-Perdus*), cerca del grupo escultórico de Laoconte, con un hombre pálido y sombrío que fijamente le miraba: era Pedro Menard.

Ya fascinado con su triunfo, y quizá resuelto á desafiarlo y arriesgarlo todo, Miguel separóse bruscamente del círculo de lisonjeros diputados que le rodeaban y acercóse á Menard.

— ¿Estabais ahí? — le preguntó.

— Sí, estaba ahí — respondió Menard.

— Mi viejo amigo, ¡la libertad antes que todo!... Y se la sirve según los tiempos: vos la habéis defendido con las armas, y yo quiero fundarla en la ley.

— ¿De verdad? — dijo Menard, contemplando friamente á Miguel. — Tal vez tengáis razón.... pero hay una cosa que me inquieta: ¿cómo vais á llamaros en lo sucesivo?

— ¿Yo?

— Sí, vos.... porque no podéis llamaros Berthier, nombre del proscrito de Diciembre. Esto no sería lógico: cuando se cambia de casaca, se debe cambiar de nombre.

Y Pedro Menard volvióse de espaldas á Miguel, que le daba la mano y se quedó con ella extendida hacia aquel hombre honrado que no quiso estrecharla.

Había allí varios periodistas que miraban y escuchaban, y Miguel se puso algo pálido; mas recobró en seguida todo su aplomo, se encogió de hombros y dijo:

—¡Bah! ¡haced comprender á los salvajes que hoy se viaja en camino de hierro!

* * *

Dirigióse á su casa.

Lía no estaba allí; Gontran de Vergennes, que no entendió el billete de Miguel, apresuróse á ir á la calle Taitbout para conocer exactamente los hechos, y encontró en casa de su amigo Berthier á la pobre joven que, aun á costa de la vida, quería salir cuanto antes de aquella casa que ahora le daba horror.

Lía, que refirió á Gontran en pocas y crueles palabras todo lo que sufría, le suplicó que la sacase de allí, y él mismo la acompañó en una berlina de plaza, lentamente, como si fuese una enferma que se conduce en su convalecencia al campo, á la linda casita del boulevard Clichy.

Lía le dió sinceras gracias, contenta de verse otra vez en su casa, en aquella salita donde tanto había llorado cerca de la cuna vacía de su hijo Daniel.

—¡Oh!—exclamaba;—¿no es mejor morir aquí, besando la almohadita en que mi dulce hijo se durmió la última vez para siempre?

Gontran, al observar aquel dolor tan íntimo, aquella desesperación tan resignada y al mismo tiempo tan tierna, experimentaba algo como remordimiento; parecíale que se había asociado á una mala acción de Miguel cuando éste le habló de romper con su querida.

—Yo no conocía á esta muchacha. ¡Pobrecilla! ¡es tan buena, tan dulce, tan amante! ¡Mal negocio la hice entonces!

Gontran no quiso ver á Miguel, y en cambio se informó repetidas veces de la salud de Lía, y la envió un médico, amigo suyo íntimo.

Era éste precisamente Edmundo Loreau.

—La verdadera enfermedad de esa joven—dijo Loreau á Gontran después de visitar á la enferma—es moral; ¡su alma está herida! Pero es una criatura que me interesa, y volveré á verla siempre que fuere necesario.

Miguel recibió con gozo la noticia de que Lía no

estaba ya en su casa, y respiró con amplio desahogo; ya no tenía ninguna preocupación, sino su discurso y el efecto que había producido.

Y este efecto le conoció aquella noche por un lacónico y elocuente despacho del Duque de Chamarale, que decía así: *Efecto excelente, decisivo.*

Y á este billete siguió una carta del mismo Duque anunciando á Berthier que el Emperador le esperaba á las diez en su gabinete de trabajo (entrando en las Tullerías por el postigo de *L'Echelle*, calle de Rívoli), mientras se celebraba reunión (era *un lunes*) en los salones de la Emperatriz.

El hijo del proscripto Vicente Berthier triunfaba. ¡Había llegado á su objeto! ¡tenía en la mano sus ensueños materializados! Está en el colmo de la alegría, del orgullo satisfecho, de fiebre y locura.

La conferencia que celebró con el soberano, delante del Duque, fué larga; más que conferencia, resultó un monólogo, porque sólo habló Miguel Berthier.

Y tres días después era ministro.

XII.

Entonces conoció Miguel todas las miserias de lo que se llama *el poder*: vió el servilismo y la codicia de los hombres; vió aparecer solicitudes indignas, adulaciones y complacencias que ocultan apetitos desordenados.

La Baronesa de Rives estaba encantada de su obra, experimentando la alegría del escultor que acaba de labrar una estatua.

—Es de barro que parece piedra—decía;—pero en esta época de cartón-mármol las apariencias bastan.

Dalerac fué un día al Ministerio para pedir una cruz á Berthier.

—¿Para quién?

Dalerac sonrió, inclinóse y con un ademán le mostró el ojal de su levita.

—Ya veré, ya veré—dijo Miguel.

Dalerac salió de allí tan obsequioso como de costumbre, más jurando derribar á Berthier si *Su Excelencia* no accedía á su ruego.

Pero quien visitaba á Berthier con más frecuencia era la Baronesa de Rives, que aspiraba á sa-

car de su hechura todo el partido posible, y decíale muchas veces:

—¡Sois un tonto, amigo mio! cuando se llega á ministro, hay que contar con la seguridad de no serlo siempre y la probabilidad de no volver á serlo después de caído; pero se cae quedando rico para toda la vida.

Miguel tenía otro punto de mira: la fortuna para él era Paulina de Morangis.

Pero Francina maniobró con tal destreza, que lanzó á Berthier á una jugada de Bolsa, en la que realizó diferencias de importancia.

Todo le parecía posible á Miguel, todo le parecía permitido; tocaba en el mismo fondo de la humana naturaleza, y la despreciaba más que nunca, por encontrarla ruin; aquel apóstata se ruborizaba de las apostasías de otros hombres.

Uno entre todos hacía esfuerzos para acercarse, para obtener de él un favor cualquiera, aunque fuese á precio de traición: era Roucheradé.

—Si queréis— le decía este hombre— os serviré como es necesario serviros, porque la partida empeñada es grande y difícil; pero la ganaremos y fundaréis, Mr. Berthier, una obra sólida y duradera: la democracia imperialista.

Una mañana, Miguel Berthier recibió del pre-

fecto de policía una instancia pidiendo orden de arresto contra cierto orador que presidiendo una reunión pública había dirigido violentas diatribas contra el Gobierno.

—Ese es Juan Delavre—se decía el ministro. No era Delavre, sino Pedro Menard.

Miguel estaba aterrado.

¿Qué había hecho Menard? ¿había perdido la razón hasta el punto de declarar públicamente la guerra á la ley?

El ministro contestó que examinaría el caso, y el prefecto le dijo mirándole de frente:

—Es el momento de dar un golpe de efecto, porque es público que habéis estado íntimamente unido con Menard, y en viendo que sacrificáis á un amigo antiguo en holocausto á la ley, ¿quién dudará de vuestra energía?

Miguel, colérico, firmó la orden de arresto; mas al mismo tiempo encargó á su secretario particular (mozo listo que le había recomendado la Baronesa) que fuese inmediatamente á casa de Pedro Menard, y le suplicara, le mandara en caso necesario que huyese.

Pedro Menard respondió fríamente al enviado del ministro:

—Decid á *Su Excelencia* que tengo deseos de

ver cómo el hijo de Vicente Berthier se las compondrá para que sea condenado Pedro Menard. ¡No huiré ni me esconderé!

Y Berthier ordenó el sobreseimiento en el arresto, después de exclamation:

—¡Qué orgullo!

El día siguiente era el señalado para el mensual *Banquete de los Doce*, y Miguel fué allá para olvidar, más que para gozar del efecto que su nueva situación había producido en sus antiguos camaradas.

Encontró en la sala á su amigo Gontran de Vergennes, y al retirarse después de la comida le rogó que le escuchase á solas algunas palabras.

—He observado—le dijo Miguel cuando estuvieron en la antesala—que el recibimiento de los *Doce* ha sido frío: ¿gestorbo?

—No—respondió Gontran—tú precisamente no; es que.....

—¿Mi cartera?

—Tampoco.

—¿Pues qué entonces?

—Voy á ser franco—dijo Gontran—tus discursos de otros tiempos.

—¡Gontran!

—¡Perdón, Miguel!—dijo fríamente el Viz-

conde.—Yo soy hombre que ha visto muchas cosas, y aunque nada me asombra, confieso que tu conducta me ha asombrado, me ha sorprendido..... Sí: hay cosas que no se hacen, y puesto que estamos en el terreno de las confesiones, te declaro que me acuso de haberte impulsado alguna vez á romper cierto vínculo..... Pero había muchas maneras de romperle, y tú has procedido con una estocada á fondo, en pleno corazón. ¡Eso era lo más cómodo!..... Conque adiós: mañana marcharé á Poitou y no volverás á oír hablar de mí..... Pero si otra vez tuvieres que dar señas á algún farmacéutico, no vuelvas á dar las mías, ¡porque no responderé!

Y volvió la espalda á Miguel estupefacto.

Quando el ministro bajaba la escalera, haciendo castañetear con rabia los dedos pulgar é índice de su mano derecha, oyó una voz que le llamaba; era la de Dalerac, quien sonriente y meloso le pedía noticias de su *cintajo*.

—¡Ah, ya!—contestó Miguel.—¡Un poco de paciencia! ¿ereéis que se puede contestar favorablemente en el acto á todos los que solicitan?

Dalerac, furioso, volvió al salón del banquete, donde se tomaba el café y el *kummel*.

—Caballeros—exclamó con su voz melosa im-

pregnada de coraje—¿habéis visto al hombre que acaba de salir? pues bien: es Polignac haciendo el papel de Mirabeau, adorando lo que él ha quemado y quemando lo que él ha adorado; es el Sicambro de los irreconciliables, de la intransigencia.

—¿El Sicambro de los irreconciliables?—dijo uno de los comensales.—Esa frase no debe ser tuya, Dalerac.

—¡Ah!—insinuó Gontran de Vergennes.—¿Es que Miguel Berthier está amenazado de una caída ministerial?

—¿Por qué?—dijo Dalerac.

—¡Porque vos le atacáis!

XIII.

El Conde Francisco de Morangis había visto con una especie de desencanto y disgusto la conversión y el advenimiento de Miguel Berthier al poder: era hombre de honor que no admitía capitulaciones y rechazaba tales compromisos; pero con la facilidad casi cándida que tenía para creer en el bien, se preguntaba si Miguel había obedecido á una convicción íntima, por creer que sirviendo al Imperio era más útil á la libertad.

—Sí, porque tiene aspecto de hombre convencido—decía el Conde al doctor Loreau.

Y como las frases del boulevard y de la sala de los Pasos Perdidos no llegaban al retiro de su hotel, ignoraba en absoluto los comentarios públicos sobre la conducta política de Berthier.

Recordaba, es cierto, el eterno aforismo de Mr. de Sartines: *¡Buscad la mujer!* pero sonreía con incredulidad cuando llegó á sospechar que la mujer era Francina de Rives.

Tenía razón el doctor Loreau cuando llamaba al autor de la *Vida de convento en la Edad Media* un *ciego admirable*, porque hasta el día en que Paulina había reconcentrado en ella todo el amor de su padre, éste sólo miraba á lo alto, al cielo.

—Vuelve á leer á La Fontaine—le decía Edmundo Loreau—porque él ha descrito un astrónomo que se te parece.

—¡No es cierto!—contestaba el Conde.—El astrónomo de La Fontaine tropieza y cae porque mira á las estrellas creadas: yo miro al Creador.

—Resultado: dos caídas.

—¡Incrédulo! ¡tienes garras en los pies!

—Y tú, pobre Francisco, tienes alas en la espalda.

Y querellándose de esta suerte, sonriendo siem-

pregnada de coraje—¿habéis visto al hombre que acaba de salir? pues bien: es Polignac haciendo el papel de Mirabeau, adorando lo que él ha quemado y quemando lo que él ha adorado; es el Sicambro de los irreconciliables, de la intransigencia.

—¿El Sicambro de los irreconciliables?—dijo uno de los comensales.—Esa frase no debe ser tuya, Dalerac.

—¡Ah!—insinuó Gontran de Vergennes.—¿Es que Miguel Berthier está amenazado de una caída ministerial?

—¿Por qué?—dijo Dalerac.

—¡Porque vos le atacáis!

XIII.

El Conde Francisco de Morangis había visto con una especie de desencanto y disgusto la conversión y el advenimiento de Miguel Berthier al poder: era hombre de honor que no admitía capitulaciones y rechazaba tales compromisos; pero con la facilidad casi cándida que tenía para creer en el bien, se preguntaba si Miguel había obedecido á una convicción íntima, por creer que sirviendo al Imperio era más útil á la libertad.

—Sí, porque tiene aspecto de hombre convencido—decía el Conde al doctor Loreau.

Y como las frases del boulevard y de la sala de los Pasos Perdidos no llegaban al retiro de su hotel, ignoraba en absoluto los comentarios públicos sobre la conducta política de Berthier.

Recordaba, es cierto, el eterno aforismo de Mr. de Sartines: *¡Buscad la mujer!* pero sonreía con incredulidad cuando llegó á sospechar que la mujer era Francina de Rives.

Tenía razón el doctor Loreau cuando llamaba al autor de la *Vida de convento en la Edad Media* un *ciego admirable*, porque hasta el día en que Paulina había reconcentrado en ella todo el amor de su padre, éste sólo miraba á lo alto, al cielo.

—Vuelve á leer á La Fontaine—le decía Edmundo Loreau—porque él ha descrito un astrónomo que se te parece.

—¡No es cierto!—contestaba el Conde.—El astrónomo de La Fontaine tropieza y cae porque mira á las estrellas creadas: yo miro al Creador.

—Resultado: dos caídas.

—¡Incrédulo! ¡tienes garras en los pies!

—Y tú, pobre Francisco, tienes alas en la espalda.

Y querellándose de esta suerte, sonriendo siem-

pre, el Conde participó al doctor sus vacilaciones, el cambio que la defección de Miguel Berthier podía introducir en sus proyectos.

—¿Qué cambio?—dijo Loreau.—Tu hija no se ocupa en la política, y parece que ama á ese caballero; luego estás en el caso de averiguar lo que te parece más temible: ó él, Miguel Berthier, ó el claustro. El dilema no cambia, siempre es el mismo, y lo importante es salvar á Paulina, conservarla, impedir que muera para tí....

—¡El claustro, el claustro!—exclamó el Conde de Morangis con acento de terror.—¡Ah! ¡nunca, nunca!

Y llamó para preguntar si la señorita estaba en sus habitaciones.

Paulina había salido para llevar á Clotilde Ballue dinero, medicinas y ropas.

Y era verdad que Miguel Berthier se había declarado al Conde, haciéndole entender que si su petición tuviese la suerte de ser bien recibida, él solicitaría con júbilo la mano de una señorita tan digna y virtuosa como Paulina de Morangis; respondiéndole el Conde francamente que ante todo era preciso consultar á su hija, y después él mismo se encargaría de decir á Miguel Berthier si el proyecto de matrimonio era viable.

Cuando Paulina regresó al hotel, su rostro aparecía más sonrosado, su mirada más viva, su sonrisa era sonrisa de felicidad.

—¿Estás alegre?—le dijo su padre—¡pues vienes de ejecutar alguna acción buena!

—Vengo de consolar á una desgraciada. ¡Es demasiado triste que haya en el mundo tantas miserias! Por eso debo agradecer á Miguel Berthier que me haya dado las señas del domicilio de Clotilde Ballue, porque sólo á él debo la satisfacción de haber llevado á esa desgraciada joven un poco de alegría.

El padre creyó oportuno hablar entonces á su hija de aquella especie de tratado que ambos habían hecho en tiempo ya lejano....

—¿Y qué?—le respondió Paulina.—Tengo un mes para reflexionar.

Pero el Conde de Morangis, persuadido de que podía decirlo todo sin temor, pronunció el nombre de Miguel Berthier, elogió vivamente al diputado, atreviéndose á manifestar á su hija los sentimientos de adhesión, respeto y amor que aquél le había expresado.

Paulina, ruborizándose, respondió que Berthier era hombre de talento y, según suponía, sin duda hombre de corazón; mas el Conde encontró resis-

tencia inesperada cuando, atreviéndose á dar un paso más, quiso obtener de Paulina autorización para responder categóricamente á la solicitud formulada por Berthier.

Paulina se estremeció; tuvo miedo de renunciar demasiado pronto á sus ensueños de anonadamiento cristiano, de romper para siempre á lo que había sido su consuelo y su deleite.

Y con voz firme, pero con sonrisa en los labios, repitió:

—Padre mío, dentro de un mes responderé.

—¡Un mes! es plazo largo.

—No—replicó la joven, besándole con ternura en ambas mejillas;—es bien corto.

La Baronesa de Rives, que fué á visitar al Conde de Morangis, no pudo menos de felicitarle por la alegría que observó en su rostro, y dijo con tono que parecía indiferente al fin de su visita:

—Vamos, primo, ¿será oportuno felicitaros por la alegría que revela vuestro semblante?

El Conde contestó dando á entender sencillamente á su prima que Paulina parecía mostrarse animada para emprender la vida ordinaria que tanto él ambicionaba.

—¡Ah! ¡pues ese mismo era mi pensamiento!—dijo la Baronesa con un ligero fruncimiento de cejas

que el Conde de Morangis no logró sorprender.

Y añadió luego:

—¡Querida Paulina! ¿Pero está visible?

—Sí—contestó el Conde.

—¡Bah! Pues entonces voy á darle los buenos días.

Y Francina presentó al Conde su diminuta mano enguantada, y pasó á la habitación particular de la señorita de Morangis.

La Baronesa estaba interesada vivamente en conocer todo lo que había ocurrido.

Sin embargo, adivinaba con exactitud, con intuición perfecta, el sentimiento que hacía palpar al corazón de Paulina, y experimentaba secreto despecho.

¡Cómo! ¿Acaso Miguel Berthier, aquel Berthier que ella subyugaba, había conseguido hacerse amar de una niña adorable que no había amado á nadie hasta entonces?

¡Imposible! ¡Oh! ¡Y si así fuera!....

Entró en el cuarto de Paulina, quien estaba ocupada en aquel momento en dar terroncitos de azúcar á varios guacamayos, cotorras y pájaros de la India que la joven guardaba en amplia jaula.

Besóla en la frente y la conversación principió.

La alegría del padre era menos viva en presen-

cia de su hija, y Francina de Rives, que lo conoció al punto, supo fingir hábilmente que no lo había observado.

Habló en primer lugar de cosas y de gentes que á ninguna de las tres personas interesaban; anunció que la señorita Nadeja Bourtibourg se casaba con un alto personaje de la comitiva del Emperador, lo que había causado la desolación del pobre Luis Dalerac, muchacho amable á quien Paulina debía conocer; insinuó luego algunas frases y apreciaciones sobre asuntos políticos, y ensalzó entonces á Miguel Berthier.....

Pero le ensalzó de tal manera, que el corazón de Paulina estaba como apretado en un estuche mientras ella hablaba.

La Baronesa, con doble perfidia de diplomática maliciosa y de mujer habilísima, hizo el elogio de Miguel Berthier, de aquel hombre de Estado que había sido entonces el único que tenía bastante valor para abandonar á sus antiguos correligionarios políticos y desafiar la impopularidad para llegar al triunfo de las ideas que él consideraba como justas.

Admiraba á aquel político que no tenía inconveniente en firmar órdenes de arresto contra un Pedro Menard, el antiguo amigo y compañero de su padre.

Pero ¡ahl él no había tenido la necesaria firmeza de voluntad para ponerlas en ejecución, porque al mismo tiempo que las firmaba hacía saber, por medio de su secretario particular, al estoico Pedro Menard, que debía huir, huir lejos de París, para no ser arrestado por la policía en virtud de orden expresa de Miguel Berthier, el hijo del proscrito Vicente Berthier.....

¿Qué importaba esa doblez? ¡Paciencia!

Y luego le declaraba digno del reconocimiento íntimo, de la eterna gratitud del país, por su oratoria fogosa é imponente; sí, Miguel Berthier era un orador, un orador poderoso y un hábil político, que conociendo impracticables sus ideas primitivas, había renegado de ellas noble y valerosamente, y proclamaba en público la teoría de la ligereza de los recuerdos.

Y concluyó con estas frases:

—¿Queréis que os diga la verdad? pues creo firmemente que Miguel Berthier es el único hombre de Estado que hay en el Ministerio, y tal vez en Francia.

Pero cuando la Baronesa se despidió, y besó en la frente á Paulina, ésta experimentó una sensación desconocida: aquel beso era frío como la piel de una culebra.

¿Pero qué significaban los elogios de aquella mujer, en los que había sarcasmo, crueldad, desprecio, ironía? ¿Y cómo se atrevía ella á despreciar al hombre que amaba Paulina de Morangis? Miguel Berthier había sido el jefe de la izquierda, un republicano irreconciliable, y ahora, renegando de su fe política, era el hombre más influyente del Ministerio.

Paulina sabía que el que abandona su fe es un renegado, y que el renegado es un cobarde. ¡Un renegado Miguel Berthier! ¿Era eso posible?

La cabeza de la desgraciada niña se extraviaba; surgía ante ella el fantasma de la duda más espantoso que otras veces.

—¡Dios mío!—exclamó;—¿no se hablaría así de un traidor á la patria?

¡Si el doctor Loreau estuviese allí, ya se hubiese dicho todo! ¡Era su palabra tan poderosa, tan clara, tan persuasiva!

—¡Qué sola estoy!—añadió llorando.

Y corrió á un reclinatorio, arrodillóse ante un tríptico de Filippo Lippi que había llevado de Florencia en uno de sus viajes á Italia, y oró.

El Conde de Morangis, que salió pocos momentos antes con la Baronesa, entró luego en el *boudoir* de Paulina y vió á ésta en el oratorio, con las ma-

nos cruzadas y la frente apoyada en la cabecera del reclinatorio: miróla con sobresalto, porque algunas palpitaciones nerviosas sacudían los hombros de la doncella, y hacían pasar á lo largo de su cuerpo los estremecimientos dolorosos del llanto.

Paulina oraba y lloraba.

—¡Oh, Dios mío!—pensó el Conde de Morangis, adivinando en aquel dolor profundo algo tremendo.—Francina la ha hablado..... ¿Qué le ha dicho esa mujer?

XIV.

Aquella misma noche el doctor Loreau, cuando volvió al hotel de Morangis, estaba pálido, conmovido, con visible mal humor, y como Paulina estuviese en la sala, rogóla dulcemente que le dejase solo con el Conde algunos instantes.

—Pero no ocurre nada—dijo sonriendo.—¡Un asunto particular!

Paulina se retiró con la certeza de que aquel asunto se refería á Miguel Berthier.

—¿Qué pasa?—preguntó el Conde á su amigo.

—Una cosa muy triste..... Escucha, que voy derecho al objeto, como si operase con el bisturí:

habíamos creído que Berthier era un hombre hábil, y es.....

—¿Miguel?

—Sí, Miguel; Miguel Berthier es un miserable.

El Conde miró aterrado á su amigo.

—Sí, ¡desgraciadamente sí!—continuó el doctor.—Escucha: estoy asistiendo á una pobre muchacha que se muere, y fué su antigua querida; cualquiera tiene queridas, pero nadie se conduce con ellas como se ha conducido Berthier con la suya: moral y físicamente la ha matado.

—¿Qué dices?

—¡Pardiez! No la ha estrangulado con sus manos, ni la enferma desgraciada me ha hecho uno de esos relatos siempre vanales que oímos á la cabecera de los enfermos en los hospitales, y que suelen ser la eterna historia vulgar de las mujeres caídas..... No, nada me ha dicho; pero yo lo he adivinado todo: era una doncella honrada cuando le amó, una virgen; y luego fué madre..... y él ni siquiera ha visto á su hijo, que ha muerto.

—¡Eso es horrible!

—Pues oye: ella se ha envenenado con láudano, como una modistilla que anhela salir de este mundo, y está agonizando como una mártir que rescata su vida pasada: muere de dolor, y ¡cosa extraña!

muere de amor por el hombre á quien aborrece.

—¿Y cómo sabes que ese hombre es *él*?—preguntó el Conde de Morangis.

—¡Ella no había pronunciado jamás ese nombre!..... Pero en un momento de mortal angustia me rogó que hiciese llegar á la persona que ella me indicaría, estas palabras: «Una mujer que se muere os llama.....» Y jurándola yo que lo haría, me reveló el nombre del miserable: *Miguel Berthier*. ¡No había que dudar!

—¡Oh! ¡Miguel Berthier!

—Corrí á su casa.....

—¿Tú?

—Yo, que se lo dije todo, todo. ¿Crees que experimentó algún movimiento de piedad por la desgraciada? ¡Ninguno, ninguno! Sólo sintió cólera porque ella había cometido la *indiscreción* de nombrarle..... ¡Ah, qué asco! Tengo dolor de cabeza y hasta náuseas, y estoy desolado y febril. Ahora, y esta es la cuestión, ¿qué va á ser de Paulina?

—¡Dios mío!

Y entre aquellos dos hombres se estableció un silencio lúgubre, y ambos quedaban frente á frente á los lados de la lámpara, agobiados por sus propios pensamientos, cuando entró en el gabinete

Paulina de Morangis, acercóse al doctor Loreau y le dijo con voz vibrante:

—Amigo mío, una pregunta, una sola, y prometedme responder francamente.

—Os lo prometo—dijo Loreau.

El Conde miraba á su hija, adivinando que en aquel instante se decidiría una existencia.

—¿Conocéis á Miguel Berthier, no es verdad?—dijo Paulina á Loreau.

—Sí, le conozco—respondió el doctor, que también adivinaba.

—Pues mi pregunta es ésta: ¿podéis jurarme que Miguel Berthier es no sólo un hombre honrado, sino *el hombre honrado* en el sentido absoluto de la frase?

El doctor se puso pálido y miró al Conde, que le dirigía una mirada suplicante, como pidiéndole una mentira, á él, que jamás había mentido.

Loreau se pasó la mano por la frente, y debió sufrir, durante un minuto, la tremenda vacilación del hombre que va á dictar una sentencia de muerte.

Mas en seguida, como un juez, respondió fríamente:

—Paulina, yo no puedo jurar eso.

—¡Ah!—gritó la niña con dolorido acento.—

¡Lo sabía! ¡Ella no me ha engañado!

—¡Miserable Francina!—murmuró el Conde de Morangis.

—Paulina—añadió el doctor Loreau,—el amor es sagrado; por el amor puede recobrar un hombre la plenitud de las virtudes.

—Paulina—exclamó el Conde,—hija mía, hija querida, él te ama, él te obedecerá, él te hará dichosa.

—¡Adiós, ensueño de amor!—contestó Paulina.—El hombre de mi amor no debe tener una mancha, ni una debilidad.

Y se alejaba tristemente.

—¿A dónde vais, hija?

—A orar.... y á llorar.

El Conde la besó en la frente.

—¿Y qué?—dijo Loreau con voz estridente.—

¿Qué son las lágrimas? Un poco de agua, un poco de sosa, un poco de fosfato de cal.... ¡Oh! la química, vista de cerca, es el gran consuelo de la humanidad.

Y sonreía con sonrisa nerviosa, sin consuelo y sin esperanza.

XV.

Miguel Berthier encontróse bien pronto con el Conde de Morangis en casa de Francina, y á las primeras palabras que le dirigió, contestadas de un modo evasivo, comprendió que el matrimonio había fracasado.

Cuando quedó solo con Francina, ésta se complacía con placer villano en hacer fulgurar ante los ojos del ambicioso los cinco millones de la señorita de Morangis, aquellos cinco millones que jamás alcanzaría Berthier.

— ¡Mi pobre Miguel! — murmuraba; — ¡qué desolada estoy por lo que os sucede! ¡qué dote y qué novia tan exquisita! ¡Es una lástima! Y lo más gracioso es que mi primo os habría dado su hija si vos no hubieseis aceptado el servicio al Imperio, y si no hubieseis abandonado á esa pobre Lía como cien mil estudiantes abandonan diariamente á cien mil grisetas..... ¿Qué tiene de particular que el camino más sencillo sea el más corto y el mejor?

Miguel hubiera querido contestar á aquella mujer con palabras defuror, de rabia.

Ella prosiguió:

— Pero yo creo que no se ha perdido todo; se trata sencillamente de que volváis á ver á Paulina, de hablarla..... ¿No la habéis precedido ya alguna vez en casa de Clotilde Ballue, á quien lleváis socorros para agradar á la señorita de Morangis? ¿Pues quién os impide encontraros con Paulina en la boardilla de la enferma?

Miguel miraba asombrado á la Baronesa.

— Y decid todavía, ingrato — añadió Francina con su famosa sonrisa, — que soy celosa y que no soy ya vuestra amiga, vuestra colaboradora!

Miguel salió de allí con la cabeza hecha un volcán, y en la escalera tropezó con un hombre que subía: era Dalerac.

— Mi querido ministro — dijo aquel hombre, — ¡qué linda frase haría en este momento, si yo fuese malicioso!

— ¿Cuál, cuál?

— Ésta: que yo subo y vos bajáis.

— Os engañáis, amigo — contestó Berthier, que comprendió la alusión de Dalerac; — yo no bajo, sino que me retiro.

Dirigióse hácia la calle Hauteville, á la casa que formaba ángulo con la calle de las Petites-Ecuries, y en la cual había dos establecimientos: una taberna y un despacho de carnes.

Y á los dueños de ambos y á la portera de la casa preguntóles á qué hora solía ir á visitar á Clotilde Ballue, que en aquella casa moraba, una señorita cuyas señas dió con exactitud.

Paulina de Morangis iba allí todas las mañanas, hacía ya ocho días, á llevar socorros y consuelos á la pobre enferma.

Berthier miró su reloj, que marcaba ya la hora de la sesión en la Cámara, y retiróse de aquel sitio, encargando á la portera que á nadie diese cuenta de su visita para adquirir informes, y prometiendo volver en el siguiente día.

¡Habíase fingido médico!

Era necesario apresurarse á llegar bruscamente al desenlace, para arrojarse á los pies de Paulina y obtener su consentimiento en una unión tan anhelada, que le aseguraría el porvenir.

¡Ah! Era que el terreno parlamentario se movía, en efecto, bajo sus pies; todos los que defendían la libertad le aborrecían ahora y le combatían sin tregua, y desde que circularon rumores de que el soberano mostraba pocas esperanzas en el nuevo ministro, los cortesanos que se doblaban ante la voluntad del amo también se mostraron notablemente fríos con Berthier.

Un pérfido folleto, que tuvo grandísimo éxito,

enumeraba las faltas cometidas por *Su Excelencia* Miguel Berthier, y las pesquisas de la policía, ordenadas por el ministro, dieron por resultado el descubrimiento de que el autor de tal libelo era Luis Dalerac.

—¡Hay aduladores—dijo Berthier cuando lo supo—cuya lengua desgarrá como la de los gatos!

Diríase que el talento—escribía uno de los adversarios de Berthier—tiene por tribunal á las convicciones. ¡Sin esta base firmísima todo se desploma!

—Si *Su Excelencia*—decía algunas veces monsieur Bourtibourg, que había adulado anteriormente á Miguel Berthier y luego le censuraba cruelmente,—asistiríamos al espectáculo que nos da la mujer de otro ministro, Su Excelencia Marniac..... Porque cuando Marniac hace un *fiasco* en la tribuna, su mujer se viste de negro de la cabeza á los pies. ¡Luto rigoroso!..... Si el discurso ha obtenido mediano éxito, la mujer del ministro hace sus visitas con *toilettes* de color violeta ó gris. ¡Luto de alivio!..... Si tiene gran éxito, la tornadiza señora se pone trajes azules, color de rosa, floreados con ramitos..... ¡y hay unas telas tan hermosas con esos matices!

—¡Oh, oh!—interrumpía Gastón Malurel (de Rouen)—dejad en paz á las telas, que todavía se os va á considerar como tapicero.

—¡Bah! Sí Mr. Bourtibourg no es uno de nuestros mejores tapiceros, confesámoslo paladinamente—añadía riéndose Mr. de Courbonne—es seguramente uno de nuestros más lindos *lâcheurs* (veletas).

—¿Un *lâcheur*? Pues no comprendo esa palabra.

—Quiere decir, caro colega, que sois de aquellos que despues de haber roto el incensario en la nariz de las gentes que están en el poder, acabáis por romperles la nariz con los pedazos del incensario roto. ¡Ah! ¡No quiero que eso sea un crimen! ¡Se hace tantas veces!

—Tanto peor para los que tienen nariz muy larga—contestó el diputado Malurel.

.....
Berthier miró su reloj; era la hora de sesión, y se dirigió en un carruaje al Cuerpo Legislativo.

Allí le esperaban las coaliciones, porque se había anunciado una interpelación gravísima con motivo de haberse declarado en huelga los mineros de Saint-Germain, seducidos é impulsados, se decía, por Pedro Menard.

—¡Menard fomentando una huelga!—murmuraba Miguel.—¡Es imposible!

Había allí para Miguel una nube que se agrandaba, un peligro que crecía, un *punto negro*, y circulaba el rumor de que el mismo prefecto de policía suministró informes exactos á los autores y firmantes de la interpelación anunciada, en vista de la actitud vacilante del Ministro.

La sala de sesiones estaba *au grand complet*; y la biblioteca, el salón de Conferencias, la sala de los Pasos Perdidos, el salon de la Paz, los pasillos, los alrededores del Palacio aparecían llenos de gente de todas las clases sociales; los periodistas tomaban notas, los diputados hablaban, en el ambiente resonaban sin cesar las palabras, pronunciadas por mil bocas, de *Miguel Berthier, interpelación, mayoría, crisis.....*

Cuando se abrió la sesión, duró largo rato el murmullo de la inmensa concurrencia, y luego reinó el mayor silencio.

La Baronesa de Rives estaba en una tribuna, y á su lado se veía á Luis Dalerac; en otra tribuna cercana había un joven elegante que miraba á la Asamblea con aire burlón, atusándose con la mano izquierda su larga barba rubia; decíase que era un alto personaje alemán, soldado y diplomático,

que se había distinguido mucho en la batalla de Koenisgrætz; observaba fríamente al ministro de la Guerra, escuchaba, estudiaba con ironía.

El presidente concedió la palabra á uno de los autores de la interpelación, hombre audaz, firme, violento, que expuso las quejas de las oposiciones contra Berthier con brutalidad poco parlamentaria, pero cuya franqueza debía desconcertar al ministro tan rudamente atacado, concluyendo con estas palabras: «¡Incapacidad, vanidad, inmoralidad! ¿Cómo el soberano ha de esperar apoyo de quien funda su poder en la apostasia?»

Miguel estaba pálido y nervioso; las derechas estallaron en aplausos y bravos; la izquierda aparecía impasible y severa; en los centros apenas quedaban unos cincuenta diputados fieles al ministro.

Miguel se levantó á contestar en el acto, violentamente conmovido: miró con altivez y cólera á los semblantes severos ó burlones que fijaban en él sus miradas, y á las tribunas llenas de gente, á los diputados y al pueblo, y pronunció un discurso admirable, magnífico, ponderando la alianza de un Gobierno fuerte con la libertad para la salvación de la patria.

Pero interrupciones sangrientas subían como una ola de aquella Asamblea irritada.

— ¿Dónde está el espectro de Diciembre?

— ¡A la cuestión! ¿Sois aliado de Pedro Menard?

— ¡Acordaos de Vicente Berthier!

— ¡Habéis dado orden de arrestar al amigo de vuestro padre!

Miguel creyó que esta última interrupción, lanzada desde la izquierda de la Cámara, le daría ocasión de un triunfo, y habló entonces de Vicente Berthier, de su abnegación por la causa de la libertad, «¡abnegación heroica — dijo — pero inútil!»

— ¡Cómico! — gritó una voz amarga y estridente. Miguel se irguió con aquella injuria, y juzgando que valía más anonadar á la vez el insulto y al que insultaba, exclamó con voz de trueno, echando hácia atrás su rubia cabellera:

— ¡Qué se levante el que quiera desafiarme!

Y otra voz gutural, juvenil, de sonoridad poderosa, le arrojó esta segunda palabra del Papa á su carcelero:

— ¡Trágico!

Los aplausos estallaron como un trueno.

Miguel Berthier estaba perdido.

— ¡Me parece ver á Robespierre en el 9 Thermidor! — decía Dalerac á la Baronesa.

—Sí, un Maximiliano..... menos la virtud —
contestóle Francina.

El alto personaje alemán, siempre atusándose la barba, inclinábase hácia un hombre serio, correcto, que parecía un oficial y estaba en pié detrás de él.

La interpelación fué votada y obtuvo una mayoría de 97 votos.

Miguel salió de la Cámara, no aterrado, sino furioso: vió la sonrisa pérfida de Francina y creyó escuchar esta frase de Dalerac:

—¡Difunto Mirabeau!

—¡La cox del asno!—se dijo Miguel.

*
*
*

Cuando entró en su gabinete de despacho, vió encima de la mesa una carta de rara forma, escrito el sobre con tinta blanquecina y original ortografía, de este modo: *Al señó Ministro Miguel Betié.*

Abrióla, y el nombre de Lía le impresionó vivamente.

La carta decía así:

«Señó: Esta es para decille que la probe señorita Lía Hermann se muere, y ella quiere veros antes. No la hagais esperar, y tendrá la probe una buena

hora. Os saluda con el mayo respeito, Viuda Delatre.»

—¡Lía!—exclamó Berthier con feroz egoísmo—
¡Lía! ¡Es mi juventud que muere el mismo día en que mueren también mi ambición y mis sueños!

Y arrojó á un lado la carta de la buena mujer Delatre, para escribir su dimisión y enviarla á las Tullerías.

Uno de sus secretarios entró en aquel momento y le presentó un despacho de Saint-Germain.

Berthier adivinó algo trágico: abrió el despacho y leyó:

«Piedras lanzadas contra la tropa. Marsellesa cantada. Estandarte negro enarbolado. Ha sido necesario cargar. Insurrección dominada. Tres soldados heridos. Entre los huelguistas muertos, que son ocho, está Pedro Menard. Éste había ventido para fomentar la huelga. Ocupo militarmente cuenca hullera.—V. DE LOIGNY.»

Al leer el nombre de Pedro Menard, sintió Berthier el corazón oprimido. ¡Menard muerto por orden suya! ¡El amigo de Vicente Berthier cayendo en una revuelta cuando era ministro el hijo del mismo Vicente Berthier!

—¡Si yo hubiese enviado ayer esta dimisión— murmuraba,—no tendría remordimientos para toda mi vida!

Y veía pasar ante él la imagen ensangrentada de Menard, el rostro cadavérico de Lía y el angelical semblante de Paulina de Morangis.....

¡El amor de esta mujer sería su revancha!

—Vamos—exclamó con rabia.—¡Es una partida perdida! ¡Á la otra!

XVI.

El doctor Loreau había calumniado á Miguel Berthier; éste, el amante de Lía, fué hasta la cabecera del lecho de la moribunda.

Lía le llamaba, sabiendo que estaba cercano su fin, ¡el fin de todo!

—¡Dormiré, dormiré eternamente!—exclamaba la infeliz, como si fuese el sueño eterno su dicha, su consuelo.

Entonces, en aquella hora suprema, era israelita de corazón; oraba y se apretaba los dedos con un cordón de cuero, y tenía á su lado el vestido que, como todas las judías alsacianas, debía llevar á la sinagoga en el día de su casamiento y en el de su entierro.

—¡Nunca hubiera estado más bella—decíase tristemente souriendo—que con este traje! Pero decid, señora Delatre—añadió en voz alta,—¿me reconocerá con ese vestido mi pequeño Daniel?

Y oraba con más fervor, y llamaba á los querubines y serafines, y recordaba sus días de felicidad, los días de luz y aire purísimo, los sauces que se doblaban sobre la corriente de los ríos, las golondrinas que tocaban el agua con sus alas, los cánticos de avecillas lejanas, olvidados hacía mucho tiempo.

Luego pensaba en su muerte próxima, en sus funerales, y regocijábese de pensar que tenía bastante dinero para que la compraran un sepulcro perpetuo.

—Sí—decía,—porque una tumba de dos metros cuadrados, á perpetuidad, cuesta quinientos francos..... ¡No es cara para dormir siempre!

Todos los días preguntaba al doctor Loreau si pensaba en que iría á verla Miguel.

—Cierto, querida niña—respondía el médico.

Y al día siguiente añadía la enferma:

—¡Un día menos de vida, doctor!..... ¡Y él no viene!.....

—¡Paciencia! Ya vendrá.

Sintiéndose morir, dijo:

—¡Si yo hubiese enviado ayer esta dimisión— murmuraba,—no tendría remordimientos para toda mi vida!

Y veía pasar ante él la imagen ensangrentada de Menard, el rostro cadavérico de Lía y el angelical semblante de Paulina de Morangis.....

¡El amor de esta mujer sería su revancha!

—Vamos—exclamó con rabia.—¡Es una partida perdida! ¡Á la otra!

XVI.

El doctor Loreau había calumniado á Miguel Berthier; éste, el amante de Lía, fué hasta la cabecera del lecho de la moribunda.

Lía le llamaba, sabiendo que estaba cercano su fin, ¡el fin de todo!

—¡Dormiré, dormiré eternamente!—exclamaba la infeliz, como si fuese el sueño eterno su dicha, su consuelo.

Entonces, en aquella hora suprema, era israelita de corazón; oraba y se apretaba los dedos con un cordón de cuero, y tenía á su lado el vestido que, como todas las judías alsacianas, debía llevar á la sinagoga en el día de su casamiento y en el de su entierro.

—¡Nunca hubiera estado más bella—decíase tristemente souriendo—que con este traje! Pero decid, señora Delatre—añadió en voz alta,—¿me reconocerá con ese vestido mi pequeño Daniel?

Y oraba con más fervor, y llamaba á los querubines y serafines, y recordaba sus días de felicidad, los días de luz y aire purísimo, los sauces que se doblaban sobre la corriente de los ríos, las golondrinas que tocaban el agua con sus alas, los cánticos de avecillas lejanas, olvidados hacía mucho tiempo.

Luego pensaba en su muerte próxima, en sus funerales, y regocijábese de pensar que tenía bastante dinero para que la compraran un sepulcro perpetuo.

—Sí—decía,—porque una tumba de dos metros cuadrados, á perpetuidad, cuesta quinientos francos..... ¡No es cara para dormir siempre!

Todos los días preguntaba al doctor Loreau si pensaba en que iría á verla Miguel.

—Cierto, querida niña—respondía el médico.

Y al día siguiente añadía la enferma:

—¡Un día menos de vida, doctor!..... ¡Y él no viene!.....

—¡Paciencia! Ya vendrá.

Sintiéndose morir, dijo:

—Esta noche todo habrá concluído, y él no viene. ¡Eso no está bien, no! ¡Jamás lo hubiera creído! Y nada le he hecho, nada; al contrario, tomé el antídoto para no morir en su casa..... En fin, paciencia; si no le veo á *él*, voy á ver á mi Daniel..... ¡Y ya veréis como él viene á mi entierro! ¡Oh! ¡no quisiera que me llevasen sola al cementerio!..... Vos iréis, señora Delatre, ¿no es verdad?

La pobre señora Delatre lloraba.

—¿Estáis loca, hija mía? ¿Por qué habéis de morir?

—Porque, porque..... vamos, ¿qué os importa eso? Juradme que me acompañaréis.

—Bueno..... pues lo juro.

La agonía comenzó aquella misma noche, y Lía, dulce en la hora de la muerte como en su vida, exhaló su último suspiro sonriendo y orando.

—Tú hieres—murmuró con voz débil poco antes de espirar;—¡tú hieres, Padre de las miserias, y tú curas!

Y en aquellos momentos supremos experimentó en su corazón viva alegría, un alivio infinito, dulcísimo: oyó que la puerta del cuarto se abría suavemente, y sintió que alguien entraba.

—¡Él! ¡es él!—exclamó con gozo, como si todo

su amor pasado afuyera á sus labios con el perdón para el ingrato.

—¡Miguel!—añadió temblorosa, cayendo sobre sus brazos descarnados al borde del lecho.

No era Miguel: era una mujer linda, pálida, vestida de negro, que avanzaba hacia ella lentamente, y la moribunda se preguntaba con terror si llegaba la muerte.

¿Por qué no era *él*? ¿Por qué era *ella* la que se le aparecía en sus postreros instantes?

Y Paulina de Morangis (era ella) se acercaba al lecho de la enferma, como poco antes se había acercado á la cabecera de Clotilde Ballue; y así como en la guardilla de la calle de Hauteféuille había visto sobre la cómoda de nogal y entre flores marchitas el retrato del oficial que había perdido á la pobre muchacha, encontró en el cuarto de Lía, piadosamente colocado al par de un gorro de niño, el retrato del *hombre*, el retrato del *padre*..... y aquel retrato era el de Miguel, el del retórico que hablaba con voz de lágrimas acerca de la triste suerte de las madres abandonadas.

Paulina sintió que toda su sangre la llenaba el pecho, y creyó desvanecerse: un anónimo, un billete de escritura contrahecha y desfigurada, que se parecía, no obstante, en sus principales rasgos

á la letra de Francina de Rives, la había dado el nombre y las señas de Lía, y la invitaba á preguntar á la moribunda el secreto del alma de Miguel Berthier.

Paulina sabía ya bastante, y la carta anónima no mentía; quiso entonces marcharse, deplorando haber pasado bajo los umbrales de aquella casa, como si alguna indiscreción sacrílega la hubiese impulsado hacia la desventurada que moría, y entonces la señora Delatre la preguntó:

—¿Qué queréis? ¿á quién buscáis?

Paulina balbuceó:

—Nada..... venía..... se me había dicho..... ¿Es aquí donde vive la señorita Hermann?

¡Parecía una culpable!

Se excusaba, como de un crimen, de haber querido sondear el crimen de otro.

Entonces salió del fondo de la sala una voz estridente que decía:

—¿La señorita Hermann? ¡soy yo! ¿quién os envía? ¿qué queréis? Nunca os he visto, pero os conozco: sois la mujer con quien *él* se casa, y por casarse con vos me ha abandonado..... ¿Gozáis tal vez con verme morir? ¿Queréis convenceros de que Lía ya no existe? ¡Oh! Lía no tiene que esperar mucho tiempo para librarse de él, de vos y del mundo.....

Y mientras Paulina se estremecía, abofeteada por las palabras de la mártir, Lía, como arrepintiéndose de aquel movimiento de cólera que la hubo acometido, continuó así:

—¡Daniel, querido Daniel, mi angelito rubio! ¡Oh! Pronto no estarás solo en tu sepulcro..... Ahí voy yo, tu mamá, que se llena de alegría al pensar en que va á encontrarte..... Estoy contenta, muy contenta..... Me burlo de ellos, de los otros, porque voy á buscarte, ¡Daniel mío!

Paulina miró otra vez á Lía, que con la cabeza inclinada sonreía al ser invisible á quien hablaba, y salió inmediatamente, asustada, trémula, bajando con lentitud la escalera.

Al llegar al portal retrocedió con viveza y quedó un instante indecisa: un hombre entraba, y le había conocido; era Miguel Berthier.

—¡Vos!—exclamó al verle, exhalando un grito.—¡Vos! ¡Venís á ver morir á vuestra querida!

Él estaba mudo de estupor, y se quitó maquinalmente el sombrero; buscaba una palabra, un grito del corazón, y no le hallaba; sólo tenía un pensamiento: ¡que Paulina no saliese de aquella casa sin haberle perdonado!

—Os suplico —dijo luego, recobrando su aplomo y serenidad de costumbre,—os suplico que me

escuchéis; no sé lo que se os ha dicho..... ¿qué se os ha dicho?

—Preguntádselo á la moribunda — contestó secamente Paulina, — y preguntádselo también al doctor Loreau, que no sabe mentir.

—¡Ah! ¡El doctor! — balbuceó Miguel, comprendiendo entonces la absoluta frialdad con que le recibían en casa del Conde de Morangis.

Y en el único instante que á la sazón le concedía el destino para tomar la revancha de su derrota en la política, intentaba reconquistar á Paulina con una palabra, con un grito.

—¡Paulina! — dijo así, aunque nunca hasta entonces la había llamado por su nombre, como si la dirigiese una súplica, un llamamiento desesperado. — Paulina, escuchadme: si otra cosa os han dicho, la verdad es que todo lo he sacrificado por vos, por vos sola, y lo que yo os he dicho, Paulina, era el secreto del que os ama, que os adora y que morirá si no le amáis.

La señorita de Morangis sintió en su corazón como un pinchazo de aguja: era entonces la vez primera que una voz humana la decía esas adorables palabras que parecen la síntesis de una vida de cariño, de un alma entera: *¡Yo os amo!*; y la voz que las pronunciaba era la voz del hombre

por quien una pobre mujer yacía moribunda.....

—¡Dejadme! — respondió Paulina con altivez, levantando la frente en presencia de aquel hombre que suplicaba. — Yo había jurado no escuchar esas palabras sino pronunciadas por los labios de mi prometido, y ahora.....

—¿Ahora, ahora?

—¡Ah! — exclamó Paulina con arranque de pasión desesperada. — Ahora no tengo más prometido que Dios; no tengo donde escoger: ¡el claustro!

—¿Qué decís, Paulina? ¿queréis morir para el mundo? ¿queréis que vuestro padre muera de pena?

—¿Mi padre? — replicó la señorita de Morangis. — Mi padre querrá mejor ver muerta á su hija, que casada con un miserable embustero.....

Berthier retrocedió anonadado, como si aquella injuria implacable hubiese sido un rayo.

—¿Habéis querido verme y hablarme? — añadió Paulina, descubriendo el secreto de su vida. — Pues oid, escuchad: os he amado, Mr. Berthier, y habéis sido el único hombre á quien yo creía adornado de bellas cualidades que soñaba para mi futuro esposo, no consagrándome á Dios; habéis sido el ideal de mi vida; creía en vos y tenía fe en

vuestra elocuente abnegación por el que sufre sin quejarse.... Pero no os conocía, y hoy habéis marchitado en mí toda esperanza; no me amáis ¡mentís! porque habéis dicho esas mismas palabras á otra mujer que se muere por haberos escuchado y creído. ¡Lía Hermann no tenía los millones que tiene la señorita de Morangis!.... Y habéis apartado de vos á esa pobre mujer que os dió su vida, porque no podía daros también riquezas.... ¡Hay entre nosotros dos ese rostro agonizante y esa infamia! ¡Dejadme pasar! Os he amado y os desprecio, ¡os aborrezco!.... porque habéis destruído todos los ideales que en mi alma se desenvolvían, las esperanzas y los dulces ensueños que arrullaban mi corazón dulcemente. Dejadme pasar, y no volváis á presentaros delante de mí. Quiero más el crimen que la vergüenza; más el convento que á un cobarde.

Miguel la vió alejarse lentamente, asombrado, vencido.

Y cuando volvió á recobrar el dominio de sí mismo, lanzóse detrás de Paulina.

¿Para qué? ¿Por qué? No lo sabía; tal vez para dar algún escándalo ó cometer alguna villanía.

¿Por qué no? ¡Una villanía que le hubiera unido forzosamente con aquella niña! Él todo lo había

olvidado, hasta su título de ministro, hasta su reputación y buen nombre: sólo veía á la señorita de Morangis, tan soberbia, tan pura, tan magníficamente bella en su cólera, que se alejaba de él para siempre y llevaba un dote de cinco millones en su mano derecha enguantada.

Pero cuando pudo ver á Paulina, la vió en su carruaje que se alejaba al galope de recios caballos, pálida como una muerta, casi desvanecida en los mullidos cojines del coche.

De toda su existencia de amor quedábale sólo Francina, cuya sonrisa burlona le parecía ver, cuya voz maligna le parecía oír en el aire. ¡Ah, miserable, miserable, cobarde, y desgraciado!

XVII.

El Conde de Morangis entró una mañana en el cuarto de su hija, con el rostro amarillento, los ojos hinchados y enrojecidos por una noche de insomnio.

Paulina estaba ya levantada y vestida de negro, como una viuda, y su padre, que la miró un instante, la dijo en voz baja:

—¿Has reflexionado ya? ¿Lo sabes todo?

—Sí.

—¿Miguel Berthier?....

Inexplicable expresión de disgusto reflejóse en el tranquilo rostro de Paulina, quien se encaminó á su librería, abrióla con lentitud, cogió una de las obras religiosas que su padre había escrito, y presentóse la al Conde de Morangis, diciendo:

—Tenéis razón, padre mío, la dicha está ahí.

—¡Hija!—exclamó el padre! dispuesto á sacrificarlo todo, hasta su desprecio á Miguel Berthier, en holocausto á la vida de Paulina.—¡Hija! ¿quieres morir?

Y ella respondió con exaltación impregnada de tristeza:

—Yo no quiero vivir la vida de infamia que había adivinado sin conocerla, y que aborrezco después de haberla conocido: la vida del mundo.... ¡Quiero vivir en la alegría y la felicidad del Señor!

Quería, casta y santa virgen, dar su juventud á la muerte, dar su belleza á la fría soledad del claustro.

La traición de Berthier, el secreto de la existencia de Lia, todo lo que llegó á saber en la terrible prueba de aquel día fatal, hirióla en el corazón y cortó los lazos que la unían con la vida del mun-

do: tenía ardiente anhelo de reposo, de voluntario aislamiento, de inmoción, de silencio.

—¡El que voy á amar, el que ahora amo, ese no cambia ni hace traición!

Y su corazón nobilísimo se levantaba hacia Jesucristo, con toda su ternura dolorosa, como en cánticos de amor.

Paulina de Morangis resplandecía de dicha la mañana en que entró en el convento de Hermanas de la Natividad, de Saint Germain, y aun tuvo para su padre un beso postrero, una última lágrima.

—Perdonadme—le dijo,—pues no os abandono por un hombre, sino por Dios.

Y el Conde, con el corazón traspasado por la pena, y la garganta desgarrada por los sollozos, quiso asistir, como á una agonía, á la toma de velo de su hija en la capilla, adornada de rosas, ¡rosas de una tumba!

Francisco de Morangis, después de una noche de insomnio, noche siniestra en la soledad de sus días, encontrábase desde muy temprano en la iglesia del convento, con la frente apoyada en un pilar, mirando con vaguedad sombría la suave luz del alba que penetraba por vidrios de colores azules ó rojos cual manchas de sangre.

Las religiosas se arrodillaban en el coro, y entre los espectadores atraídos por la novedad del espectáculo, el Conde creyó reconocer á la Baronesa de Rives, miserable mujer que iba allí como al estreno de un drama, con el apetito insaciable de nuevas emociones.

De repente apareció su hija, su Paulina, envuelta en rico traje de satín blanco, adornada de flores como una desposada, escultural, hermosa, y dirigida por la madre abadesa y la madre de novicias, como un ser lleno de vida á quien se conduce á la muerte.

Paulina no miraba á su padre. ¡Ya pertenecía á otro!

Luego un hombre, un clérigo que estaba en el púlpito, comenzó á pronunciar frases de sacrificio, de penosos deberes, de abnegación cristiana, de eterna despedida del mundo; y Paulina, con la mirada ardiente, con la sonrisa vaga de la neófita, respondía:

—¡Ya lo sé! ¡ya lo sé!..... y estoy dispuesta á pronunciar mis votos.

Eternidad de la muerte, aceptada, deseada, casi exigida por odio á las bajezas y miserias de la vida.

Y después una religiosa se acercó lentamente á

la novicia, la quitó la corona de flores, la cortó un rizo de sus sedosos cabellos..... y el hierro, el frío del hierro que produce en el condenado una impresión de muerte, Paulina le sintió deslizarse y correr por su piel sin estremecimientos dolorosos, con el íntimo consuelo que se experimenta cuando se pone una mano febril sobre un mármol pulimentado.

Francisco de Morangis había cerrado los ojos, y cuando volvió á abrirlos vió á su hija vestida de negro, con el luto de su juventud y su hermosura, que desaparecía con lentitud, rígida, altiva, en el interior del claustro.

Y parecíale que un vacío inmenso le rodeaba en la fría nave de la capilla.

Pero volvió á ver súbitamente á su Paulina cuando ella reapareció con sus negras hopalandas que la envolvían como en fúnebres pliegues; y en lo sombrío de aquel traje se destacaba la palidez del rostro de Paulina, semejante á esos bustos de mármol blanco que yacen bajo cogullas de mármol negro en las antiguas tumbas.

—¡Paulina, Paulina!—murmuraba Francisco de Morangis, apretando con sus dientes, para no gritar, los dedos que le ardían, y aun teniendo vivos deseos de exhalar un postrer llamamiento desesperado

y á la vez moribundo. — ¡Hija mía, hija mía!
¡Ah! ¡Cómo hubiera desgarrado, quemado y arrojado al viento las cenizas de sus libros, aquellos libros escritos por su mano, que habían ofrecido á su hija las perspectivas de beatitudes eternas más allá de este mundo!.....

Y él se maldecía, miserable padre á quien los hijos de su cerebro robaban y arrebataban la hija de su carne y de su sangre.

— ¡Paulina, Paulina, Paulina!

Y no era ya siquiera Paulina aquella mujer sepultada en tosco sayal negro hasta que estuviera envuelta en blanca mortaja; ya no era su hija aquella religiosa arrodillada ante el altar, bajo el ancho velo de muselina que extendían sobre ella cuatro *hermanas* suyas, compañeras futuras de su vida claustral; ya no era su hija aquella á quien se festejaba por sus votos con el cántico de los cánticos y con las armonías solemnes del órgano entre el vapor blanquecino del incienso: no era Paulina de Morangis, sino la *Hermana San Francisco*; no estaba ya enlazada con su padre sino por aquel nombre de religión que él tenía también y que había de escribirse, según sus deseos, sobre su sepulcro.

••

Y mientras en San Germán una reclusa decía adiós al mundo, un pequeño ataúd trasportaba hacia un rincón del cementerio Montmartre á la que había sido en la tierra Lía Hermann.

La señora Delatre y sus vecinas seguían el negro féretro de la bella judía, y también la acompañaba el doctor Loreau, el médico que vió morir á la pobre niña.

— Ya sé que esto no es costumbre—decía el buen doctor;—pero yo lo hago.

Y buscó alrededor del hoyo en que se depositaba el cadáver de Lía, al hombre que había herido de muerte á la desventurada muchacha; pero Miguel Berthier no estaba allí.

—Vamos—pensó el médico,—ha tenido el pudor de no venir.

Y mientras las monjas cantaban en el convento cánticos de alegría por la profesión de Paulina Morangis, el rabino en el cementerio israelita mascullaba con voz gangosa plegarias de guturales ecos que parecen salir del fondo de Oriente y del fondo de los siglos.

— ¡Dos muertas!—pensaba Edmundo Loreau. Volvió en la tarde al hotel Morangis, donde el Conde, encerrado en su gabinete, oía sin ce ar sonidos de campanas que le parecían clamores de

funeral y le atravesaban el corazón como con hierros candentes.

El hotel quedó así en lo sucesivo, cerrado, triste, sombrío; no resonaba en él rumor alguno; las puertas giraban como por sí solas en los goznes; los criados hablaban muy bajo.....

Se veía pasar, á través de la biblioteca y del gabinete de trabajo, una especie de hombre, andando lentamente sobre el tapiz que ahogaba el ruido de sus pasos: era el Conde de Morangis, tétrico, encorvado como un anciano, cuya larga barba y finos cabellos habían encanecido; no hablaba nunca; servíasele la comida en su mismo gabinete; salía poco; escribía mucho.....

Nadie llamaba á la puerta del hotel, denominado ya en el noble *faubourg*, por voz popular, *la tumba*, y el Conde se había separado en absoluto del mundo; una visita solía llegar casi todas las tardes á la casa, golpeaba en el colosal portón, que se abría á medias, atravesaba el patio, entraba al vestibulo y subía al primer piso, habitación del Conde de Morangis.

No se anunciaba jamás, porque el Conde sabía de antemano que aquella visita era el doctor Loreau: le daba la mano sin desplegar los labios, indicábale un asiento y á veces le invitaba á participar de su comida.

—Tengo mucha prisa—le contestaba invariablemente el doctor.—Mis visitas, mis consultas..... ¡Las enfermedades no me dejan descanso!

Y el doctor se sentaba y se informaba de cómo el Conde había pasado la noche; y hallándole casi siempre agitado y febril, le decía reprendiéndole:

—¡Has trabajado hasta el día!

—Sí, sí..... ¡he trabajado!—respondía el Conde con voz cavernosa, con acento de dolor.

—Pero ¿qué necesidad tienes de quemarte la sangre pasando las noches sobre el papel?

Y á esta pregunta el Conde de Morangis no respondía, no quería responder.

Una vez, sin embargo, se levantó erguido, acercóse con firme paso á su mesa, abrió un cajón, tomó un abultado manuscrito y se le presentó al doctor, diciendo con fría resolución:

—Toma: he ahí por qué velo; esto es lo que anhelo terminar antes de morir.

Loreau contempló al Conde como si adivinase el contenido de aquel manuscrito, y moviendo tristemente la cabeza, le dijo:

—Ya veo que tu razón lucha contra tu fe, y te lleva, te arrastra; ya sé que el padre se ha rebelado en tí contra el cristiano, y has quemado en tu alma lo que antes adorabas; ya conozco tus do-

lores, tus dudas, tus sufrimientos. ¡Ah, mi pobre amigo! Estas páginas que no he leído contienen, lo adivino, el testamento de tu conciencia sublevada contra tí mismo.....

—Sí, sí—contestó el Conde,—eso es, eso; y el libro que ha sido el trabajo de toda mi vida, que me ha costado tantas vigiliás y tantas satisfacciones, esa *Vida de convento en la Edad Media* que me ha robado á mi hija, que me ha robado la carne nacida de mi carne, ese libro le destruyo ahora con este manuscrito que se publicará después de mi muerte, y en el que el padre, como tú dices, se rebela contra el padre de todos, contra el Dios que nos arrebató nuestros hijos..... Se me llamará también renegado, como *al otro*..... ¿Qué importa? ¡Me vengo!..... y quisiera que mi primer libro no arrancase el corazón á otros hombres como me le ha arrancado á mí.

Y había un dolor tan grande y tan profundo en estas frases del Conde, semejantes á quejidos del alma, que el médico Loreau respondió al anciano abrazándole:

—¿Qué he de decirte, pobre amigo mío? Pero yo me felicitaría de que hubieses conservado la fe, para que ella te ayudase á sufrir tantas amarguras.

Y era conmovedor el espectáculo que ofrecían aquellos dos hombres, corazones sinceros, espíritus altivos; creyente el uno, que ahogaba en su alma toda esperanza, todos los recuerdos del pasado, complaciéndose en agrandar su herida y preguntando con qué derecho el poder de lo alto separa á los seres nacidos para amarse; sabio el otro, que había llegado, cual minero infatigable, á la meta de la ciencia, y olvidaba entonces sus teorías y firmes convicciones para desear á su amigo un poco de esperanza, un poco de fe.

La conversación concluyó, como otros días, con esta pregunta del Conde al doctor Loreau:

—¿Quieres acompañarme? Voy á ver á Paulina.

Y añadió suspirando:

—Verla á través de las rejas, sin poder abrazarla y besarla, es verla á través de la tumba. ¡Ah! Venga, venga la muerte para dejarnos libres, y.....

—¡Y para reunirnos!—añadió Loreau interrumpiéndole.—Sí, para reunirnos en el inmenso universo á donde todo vuelve, todo renace ó se transforma, todo palpita con eterna vida; y nada perece.....

XVIII.

Miguel Berthier se preguntaba cuál habría de ser su porvenir, su vida; ¡una vida y un porvenir frustrados!

Todo crujía alrededor de él, como un témpano en el periodo del deshielo: veía agigantarse, sentía subir la ola que amenazaba tragarse el Imperio.....

Y todo le faltaba: las amistades antiguas y las alianzas recientes.

Hizo lo que todos hacen cuando un derrumbamiento, un dolor profundo, un anhelo de olvido les arrojan fuera de sus costumbres ordinarias, fuera de las sendas holladas todos los días: viajar.

Y viajó mucho, á través de Suiza, de Italia, de Alemania, paseando por museos y palacios, á orillas del Léman, en las Cascinas y en el Prater, la cólera de su caída y la amargura de sus recuerdos.

La casualidad le hizo encontrarse un día en Florencia con el jóven Tancredo Bourtibourg, de quien intentó ocultarse, como si el frívolo mu-

chacho hubiese tenido conciencia de su caída; pero los asuntos políticos preocupaban muy poco al perfumado Tancredo, y además la opinión de éste acerca de Miguel Berthier consistía sencillamente en que el antiguo ministro era un mundano, y esto lo consideraba el hijo del diputado Bourtibourg como una virtud.

Tancredo comprendió que el disgusto, el fastidio dominaba á Miguel Berthier, y como preguntase á éste si pensaba continuar en la Cámara, le respondió Berthier:

—No, de ningún modo; ¡he caído de muy alto! Tengo presentada la dimisión de mi doble cargo de ministro y diputado.

Pronuncióse en la conversación el nombre de la Baronesa.

—Pero ¿no sabéis?—dijo Tancredo.—Ya no forma parte del *todo Paris*, no: desde sus últimas relaciones con Dalerac..... ya sabéis, Luis Dalerac, á quien ella despidió bien pronto; ¡un capricho de entreacto!..... desde entonces, digo, ¡eclipse total! La Baronesa de Rives habita en provincias, en el Berry, al lado de su esposo, quien la ha recogido, según parece, sin perdonarla..... Pero es bien digna de lástima, ¡oh! bien digna de lástima: aquella amosa sonrisa á lo..... ¿cómo deciais vos? á lo Vinci,

de la que estaba tan orgullosa, y aquella terrible mirada que era, según parece, un peligro..... ¿os acordáis, amigo mío?

—¿Y qué, qué?

—¡Se acabaron para siempre! Se acabó la sonrisa y se acabó la mirada; un ataque de viruelas lo ha destruído todo; tiene ahora la boca torcida y desdentada..... los ojos hinchados, saltones, encarnados..... ¡una ruina!

—¡Ah!—exclamó Berthier.

—Sí, amigo mío; absolutamente arruinada la Baronesa: encerrada en su Berry, si antes ha hecho ministros.....

Miguel palideció.

—Ahora hace y deshace consejeros municipales. Es una mujer que piensa como César: quiere ser la primera del pueblo..... Y bien hecho: que se esconda y se agite en aquel agujero de provincias, porque en París hasta el mismo Dalerac no la saludaba. Pero ¡qué truhán es el tal Dalerac! *Addio, caro.*

Y se separaron.

Entonces Miguel Berthier, volviendo lentamente á su hotel, pasaba revista á toda su vida. No había sino espectros alrededor de él: Lía muerta, Paulina desaparecida, la Baronesa oculta para siempre y perdida. Y ¡Pedro Menard!

Miguel se estremeció; Pedro Menard era como la mancha inmensa de su conciencia; parecía que tenía en la frente una salpicadura de la sangre de aquel hombre.

Y cuando se acordaba de su juventud, de sus ensueños de libertad, de progreso, de porvenir, de ciase, golpeándose en el pecho:

—Yo no era malo, no; yo quería sinceramente la dicha y la libertad de todos. ¿Qué me ha faltado? ¿Qué me ha perdido? ¡Ah! el egoísmo, sólo el egoísmo.

Después, exhalando aguda exclamación de dolor y violento coraje, exclamaba:

—¡Política, miserable política! Ella nos hace retorcernos como un sarmiento; ella es la que guía á los débiles y ambiciosos hasta las capitulaciones y las villanías. ¡Desde hace un siglo, Francia, la noble Francia, sólo vive de frases huecas! ¡Yo muero!

¿Morir? Sí, ¡había pensado en ello!

Se condenó á vivir, no obstante, á vivir para expiar y conducir á través del mundo sus remordimientos de vencido y sus amarguras de olvidado.

Se le vió el día de las Animas en el cementerio de Montmartre: tal vez deploraba en aquel instante

la flor de su juventud arrebatada como arista al empuje del viento.

Y envejeciendo rápidamente, ahora con los cabellos ya blancos, se le ha oído exclamar dolorosamente más de una vez:

—¡Ah! ¡Si yo pudiese volver á comenzar mi vida!

¡Oh ilusión! La vida no se rehace jamás, el destino sólo concede al hombre un minuto para escoger.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

